

**UNIVERSIDAD POLITÉCNICA SALESIANA  
SEDE QUITO**

**CARRERA: COMUNICACIÓN SOCIAL**

**Tesis previa a la obtención del título de: LICENCIADO EN  
COMUNICACIÓN SOCIAL CON ESPECIALIDAD EN DESARROLLO**

**TEMA:  
REDES COMUNICACIONALES INNOVADORAS DE LOS NUEVOS  
ACTORES SOCIALES QUE SURGEN ANTE LA DESLEGITIMACIÓN  
DE LA CLASE POLÍTICA DE QUITO**

**AUTOR:  
JUAN ALBERTO ARIAS LARCO**

**DIRECTOR:  
DIMITRI MADRID**

**Quito, mayo del 2013**

## **DECLARATORIA DE RESPONSABILIDAD**

Los conceptos aquí desarrollados, así como el análisis y las conclusiones del escrito, son de exclusiva responsabilidad del autor.

Quito, mayo del 2013

◆————◆

Juan Alberto Arias

CI.: 1713610275

## **DERECHOS DE AUTOR**

Autorizo hacer uso de la presente tesis con el tema: REDES COMUNICACIONALES INNOVADORAS DE LOS NUEVOS ACTORES SOCIALES QUE SURGEN ANTE LA DESLEGITIMACIÓN DE LA CLASE POLÍTICA DE QUITO, para uso exclusivamente académico, en la Biblioteca General de la Universidad Politécnica Salesiana.

## ÍNDICE

<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>1</b>
<b>CAPÍTULO 1</b>	
<b>MUNDIALIZACIÓN DE LA COMUNICACIÓN</b>	
1.1 Introducción	4
1.2 La comunicación	5
1.3 Sobre la política	7
1.4 La Comunicación Política	8
1.5 La integración mundial: Globalización	18
1.6 La idea de modernización	35
1.6.1 La aldea global	40
<b>CAPÍTULO 2</b>	
<b>ESTADO, PODER Y CONSTITUCIÓN DE LAS RESISTENCIAS SOCIALES</b>	
2.1 Introducción	46
2.2 El Estado	47
2.2.1 Los aparatos ideológicos del Estado	48
2.3 ¿Qué es el Poder?	51
2.3.1 El poder ideológico y el poder político	53
2.3.2 Estudio de caso sobre el poder político: La rebelión de los forajidos	58
2.4 Las organizaciones políticas	64
2.5 Las organizaciones no políticas	66
2.6 Constitución de la resistencia social	75
<b>CAPÍTULO 3</b>	
<b>REINTERPRETANDO EL DESARROLLO</b>	
3.1 Introducción	81

3.2 Acerca del “desarrollo”	82
3.3 Modelos de “desarrollo” latinoamericano	87
3.3.1 Modelos centrales	91
3.3.2 Modelos estatizantes	92
3.3.3 Modelo dependiente	94
3.3.4 Elementos negativos	97
3.3.5 Elementos positivos	101
3.3.6 Construcción del modelo	108
3.3.7 Tensiones estructurales	111
3.4 Un “desarrollo” difícil	112

## **CAPÍTULO 4**

### **REDES INNOVADORAS DE LOS NUEVOS ACTORES SOCIALES**

4.1 Introducción	117
4.2 El contexto de los Movimientos Sociales	118
4.3 La acción colectiva como táctica contestataria	121
4.4 La Red: Una plataforma de activismo descentralizado	128
4.5 Internet como escenario político de lucha	132
4.6 Perspectiva de un nuevo modelo social incluyente	135

<b>CONCLUSIONES</b>	141
---------------------	-----

<b>LISTA DE REFERENCIAS</b>	150
-----------------------------	-----

## ÍNDICE DE TABLAS

2.1 TABLA 1. Eje de dominación y poder social	62
2.2 TABLA 2. Eje de dominación	63
3.1 TABLA 3. Modelos de “desarrollo”	90
3.2 TABLA 4. Disyunción económica latinoamericana	99
3.3 TABLA 5. Evolución de la fuerza de trabajo en América Latina	102
3.4 TABLA 6. Inversión extranjera	106
3.5 TABLA 7. Elementos del modelo de “desarrollo” latinoamericano	110
3.6 TABLA 8. Proceso de “desarrollo” en Latinoamérica	114
4.1 TABLA 9. Uso de Internet por motivos políticos en Ecuador, 2007-2012	134
4.2 TABLA 10. Nuevo paradigma de los movimientos sociales en Internet	137

## RESUMEN

El presente estudio: Redes comunicacionales innovadoras que surgen ante la deslegitimación de la clase política de Quito; surge en un escenario de cambios sociales, de cambios culturales y de cambios ideológicos, que despiertan ese cambio de conciencia social en los pueblos de América Latina, y muy particularmente, en el Ecuador.

Es una recopilación de información de al menos 30 años en la Historia Política de Ecuador y cómo ha cambiado precisamente ese acontecer de hechos históricos que hoy conforman nuestra Patria.

Desde los trascendentales levantamientos populares convocados en las asambleas populares en contra de gobiernos hegemónicos, oligárquicos u opresores; hasta el uso actual de las nuevas Tecnologías de la Información y Comunicación (TIC), llámense éstas redes sociales, Internet, blogs, etc., desde los cuales se convocan, se informan y se replantean los nuevos actores sociales sobre el hecho de hacer gobierno *para* y *con* todos los ciudadanos y las ciudadanas del país, desde una sociedad mucho más comprometida y madura con lo que pasa en su entorno político.

Dichas reformas sociales surgen ante la pérdida de credibilidad, la falta de confianza y la no representación de los partidos tradicionales con respecto a la sociedad civil. De ahí que la política y los gobernantes como tales han sufrido una crisis de legitimidad que han tenido como desenlace el colapso de democracias y el cambio de poderes, incluso, en menos de un año.

Es un panorama que invita a la reflexión y al despertar de la memoria colectiva.

## **ABSTRACT**

The present study: Innovative communication networks that arise before the delegitimization of the political class in Quito; arises in a context of social, cultural changes and ideological shifts that awaken the social consciousness shift the peoples of Latin America, and particularly, in Ecuador.

It is a compilation of information from at least 30 years in the Political History of Ecuador and how it has changed precisely these events of historical facts that shaped our homeland

From the momentous uprisings in the popular assemblies convened against hegemonic governments, oligarchic or oppressors, to the present use of new Information Technology and Communication (ICT), call them these social networks, the Internet, blogs and more., from which are called, are reported and are rethinking the new actors to the fact government and all citizens and citizens of the country, from a society much more committed and mature with what happens in their political environment.

These social reforms arise due to the loss of credibility, lack of trust and non-traditional party representation regarding civil society. Hence the rulers political and as such have suffered a crisis of legitimacy of which has been the collapse of democracies outcome and change of power, even in less than a year.

It's a scenario that invites reflection and the awakening of the collective memory.



## INTRODUCCIÓN

En 2005 se llevó a cabo uno de los actos más relevantes en la Historia de Ecuador que ha sido objeto de análisis en el presente trabajo, no sólo por su importancia histórica, sino, también por su significado ideológico y su claro mensaje al mundo: el fin de la tolerancia a los grupos políticos o partidos tradicionales por parte de la sociedad civil, pues ya no representan a la mayoría del pueblo ni mucho menos los ideales de éste.

El abril de los forajidos no sólo que fue crónica periodística que relataba el derrumbe del régimen de Lucio Gutiérrez, también se estaba reescribiendo la forma de hacer política en Ecuador. Éste hecho marcaría precedentes en la forma de cómo la sociedad se comunica, se organiza, se articula y actúa ante una clase política deslegitimada, dando paso al surgimiento de nuevos actores sociales que cuestionan los modelos tradicionales de gobernar, haciendo uso de innovadoras formas de comunicarse a través de las redes sociales, blogs o el mismo Internet.

Conforme a lo expuesto, la primera parte del Capítulo 1 corresponde al análisis de la comunicación en términos de poder, ya que se trata de un empoderamiento de la ciudadanía con el propósito de fortalecer el desarrollo de la democracia a través de la configuración de los hechos sociales que cambian el modo de hacer política desde y con la ciudadanía. De ahí que es necesario determinar la relación entre gobernantes y gobernados desde el punto de vista de la comunicación política para la comprensión de los cambios en las relaciones de poder entre ambas partes.

Para entender la problemática de la disyunción entre gobernantes y gobernados en el Capítulo 2 se aborda cuestiones referentes al poder social, a lo que Marx (1987) llama la reproducción de sumisión a las reglas del orden establecido, es decir, una reproducción de sumisión a la ideología dominante: el capitalismo.

Para aclarar el panorama en torno al poder político se analiza un estudio de caso en particular, con el cual se inició esta introducción: La rebelión de los forajidos; para identificar el objetivo específico en términos de poder y el objetivo práctico como táctica.

Si bien es cierto, todo este proceso de lucha de las clases sociales son para determinado fin que es el *bien común* entendido como “desarrollo”, en el Capítulo 3 éste concepto pierde sentido o se lo configura de distinta manera, es decir, se desapropia al “desarrollo” en el modo en que fue concebido desde el discurso de los Estados Unidos, des de ser un modelo hegemónico -aunque para los pueblos de América Latina esto signifique lo contrario y se reduzca meramente hacer la voluntad de esos países prepotentes que saquean naciones en nombre del “desarrollo”-; y en contraste a tal concepción, se replantea un modelo de desarrollo *desde* nuestros pueblos *con* la gente y *para* la gente; develando, en este sentido que cada pueblo de la región posee sentido propio y un “modelo de desarrollo” basado en la identidad y la reapropiación cultural.

Ya en el Capítulo 4, cobrará fuerza el eje central del presente estudio, en lo concerniente a las redes comunicacionales innovadoras de los actores sociales y su nueva forma de replantear la política desde el Internet. Y es desde el apropiamiento de la información lo que permitirá generar una estructura descentralizada en red en el ámbito de la acción colectiva, partiendo de la premisa de crisis de legitimidad y representación política que afecta a la ciudadanía, hasta la convergencia de políticas alternativas, a veces en forma de movimientos sociales, otras en forma de política insurgente dentro del sistema político.

De esta manera inicia el análisis del tema: “Redes comunicacionales innovadoras de los nuevos actores sociales que surgen ante la deslegitimación de la clase política de Quito”, desde una teoría crítica que busca denunciar y dar armas, despertar y trazar estrategias para no perder de vista el carácter histórico y estructural de los procesos

sociales; sobre la base del método científico y el método teórico que permitan la abstracción, la deducción, la comparación y la síntesis para la explicación de los fenómenos concretos a los que este trabajo apunta.

# **CAPÍTULO 1**

## **MUNDIALIZACIÓN DE LA COMUNICACIÓN**

*La participación de la sociedad civil en la construcción de ciudadanías regionales es un desafío y una necesidad para la integración y la movilización de nuestras regiones.<sup>1</sup>*

### **1.1 Introducción**

Para la comprensión de este estudio se analizará el concepto sobre la comunicación en términos de *poder*, puesto que como eje transversal y campo interdisciplinario de las relaciones sociales proporciona un sentido-efecto sobre determinadas acciones de los diferentes campos de la coyuntura humana, en función de los procesos sociales que buscan cambiar la historia, resistir a la opresión política y generar un modelo de desarrollo equitativo.

Es en ese contexto donde se quieren evidenciar la vieja tesis propuesta por Martín Barbero (1978), de que es a través de la comunicación que se ejerce la opresión y la hegemonía (en vez de la liberación como se creía) y que dicha tesis va tomando cada vez mayor fuerza en los diferentes espacios, ya que se trata de un empoderamiento de la ciudadanía con el propósito de fortalecer el desarrollo de la democracia.

Por tanto, al referirse sobre comunicación y los procesos sociales para la integración, se abordará la cuestión política desde el punto de vista de la comunicación.

---

<sup>1</sup>Declaración de Medellín, suscrita por más de 300 comunicadores sociales y representantes de organizaciones de la sociedad civil de los 5 países andinos asistentes al Foro Comunicación, Integración y Desarrollo, realizado en la ciudad de Medellín, Colombia, los días 24 y 25 de abril del 2006.

En el ámbito social-cultural, se plantea cómo la comunicación se mundializa a través del paradigma de la modernización, impuesta principalmente por occidente, una visión del “primer mundo” de lo que ellos llaman “desarrollo”; acompañado por importantes transformaciones caracterizadas por la alta incidencia tecnológica de la información y la comunicación, que dan paso a la sociedad de la información y a la cultura multimedia: la globalización.

## **1.2 La comunicación**

La noción de comunicación, desde un acercamiento etimológico, proviene del latín *comunicare*, que significa hacer común, concepto coherente con la tradicional definición que aparece en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua cuando señala que “comunicar es hacer a otro partícipe de lo que uno tiene” y, en la misma dirección, dice que “la comunicación es acción y efecto de comunicar o comunicarse” (Española, 2009)

Pero, más que acción y efecto, según Barbero (1978) la comunicación implica intercambio de sentidos; es un campo interdisciplinario de encrucijadas:

“Pero decir comunicar es hablar de procesos cargados de sentidos profundamente antagónicos. Pues, de un lado, la comunicación significa hoy el espacio de punta de la modernización, el motor y las transformaciones culturales que nos hacen contemporáneos del futuro, ya que, asociada al desarrollo de las tecnologías de información, la comunicación nos proporciona la posibilidad de alcanzar al fin de la definitiva modernización industrial, de la eficacia administrativa, de las innovaciones educativas y hasta del avance democrático que entrañarían las virtualidades descentralizadoras de la informática”.

En las múltiples acepciones sobre comunicación existe un común denominador: su apuesta por lo humano.

Por ello, la comunicación no se puede asumir desde la concepción instrumental y positiva, influenciada por la teoría matemática y el racionalismo de operaciones y de sistemas que reduce el concepto a la transmisión de mensajes, es decir, al concepto de información (dar forma) y al esquema de transmitir señales, mediante un código común entre emisor y receptor. Tampoco se puede asimilar la comunicación como equivalente al concepto de redes en la llamada sociedad de la información.

Pese a todas estas definiciones y miradas, todas ellas apuntan al hecho de que para hablar de comunicación es necesario hablar de ética y democracia. Si la comunicación no contribuye a formar posiciones éticas frente al quehacer del ciudadano, y si aquélla no contribuye a la formación y consolidación de la democracia, entonces no se puede hablar de comunicación. Por ello, el acto de la comunicación, debido a su naturaleza y esencia, tiene una función que le es propia: lo político, que es público.

Comunicar, entonces, consiste en *comunicarse*. El proceso de la comunicación supone codificar y decodificar los signos, ciertamente. Pero va mucho más allá de eso: busca entablar una relación activa, interactiva, con el receptor. Intercambiar con él sus opiniones, sus valoraciones personales, sus *verdades*. En la coincidencia de significados y la diferencia de sentidos radica precisamente la enorme riqueza de la comunicación humana (López Vigil, 2000).

### 1.3 Sobre la política

La definición de política que aquí se adopta se apoya tanto en la historia de las palabras como en la historia de las ideas, se inspira ampliamente en las concepciones y el vocabulario actuales.

Según (Prélot, 2002), la palabra “política” se origina en las palabras griegas *polis* (ciudad, estado), *politeia* (constitución, ciudadanía), *política* (cosas políticas, cosas cívicas), *politiké* (el arte de la política).

Para los antiguos, la *política pragmateia* es el estudio o el conocimiento de “la vida en común de los hombres según la estructura esencial de esta vida, que es la constitución de la ciudad” (Weil, 1956)

Para Gallardo (1992) el término “política” posee su asociación más inmediata que es la que lo liga al *poder*. En política, la expresión “poder” señala una capacidad, la capacidad de un grupo o clase social para alcanzar sus intereses de grupo o clase movilizándolo tras ellos al conjunto de fuerzas sociales de una sociedad dada.

Esta capacidad de movilizar a otros, normalmente a la mayoría, en beneficio de algunos -la clase política, burgueses-, debe poseer no solo raíces objetivas -bases económicas-, sino, también, expresiones espirituales, culturales o ideológicas, que hagan que los movilizados consientan su movilización o la asuman como propia. A esta capacidad de movilizar a otros en beneficio de uno, pero logrando que los otros vean en ello un beneficio propio o de toda la sociedad, se la llama *hegemonía*.

La política se refiere a un espacio específico y sintetizador de las relaciones conflictivas entre grupos y clases sociales en cuanto ellos se orientan a la conquista o al mantenimiento del poder estatal y en cuanto este poder es decisivo para la reproducción o cancelación de un determinado orden social.

En el contexto de *polis*, la política tiene que ver con la capacidad humana, es decir, inteligencia, voluntad, medios materiales, instituciones histórico-sociales, etcétera, para crear comunidad, o sea para estructurar, organizar, ampliar y profundizar lo que es *común* a todos: la aspiración a la humanidad, la aspiración a la construcción humana, responsable, de una vida humana para todos.

La política en cuanto construcción de la sociabilidad, de la comunidad, es una aspiración fundamental de las aspiraciones humanas y constituye estrictamente la medida de su cultura, es decir, de la cohesión y consistencia entre la necesaria afirmación de su identidad y su apertura hacia los otros.

La expresión “política”, entonces, en cuanto se articula con sociabilidad, con comunidad, posee un sentido, una intencionalidad, cuya raíz y premisas se encuentran en las condiciones objetivas de existencia histórico-social de una agrupación humana determinada, pero cuyas aspiraciones se organizan y concentran en esa valoración específicamente humana, cultural, básica, que significa *aspiración a la comunidad*, construcción de la comunidad histórico-social, o sea, *construcción del pueblo* (Gallardo, 1992).

#### **1.4 La Comunicación Política**

La Comunicación Política es un intercambio de información entre los gobernantes y los gobernados, a través de canales de transmisión estructurales o informales.

Las relaciones entre gobernante y gobernados pueden revestir formas variadas: generalmente lingüísticas, también pueden ser gesticulares, aún a veces musicales. Así, por ejemplo, los discursos de un político radical, las alocuciones del Presidente



de la Quinta República, el saludo fascista, el lucir distintivos, los aires musicales africanos, las bandas dibujadas en China, constituyen variantes de la comunicación política.

Sin embargo, entre la comunicación verbal y la comunicación no verbal, solamente la primera de ellas ha comenzado a ser objeto de investigaciones sistémicas. En lo que hace a la segunda, resta aún por hacer un inventario amplio con el fin de elaborar una semiología política, en el sentido según el cual Ferdinand de Saussure lo entiende: un sistema de signos gracias al cual los hombres se comunican entre sí (Saussure, 1916)

Uno suele pensar, pues, que una recopilación de los gestos de los hombres políticos en los diversos países pondría en evidencia una gran semejanza en la forma y en el sentido atribuidos a dichos movimientos. Los brazos levantados, signo de una victoria ya adquirida o próxima, constituye el bosquejo de un lenguaje universal perceptible más allá de las fronteras nacionales.

Ése no es el caso del discurso político, cuya disposición de palabras escapa a veces tanto a quien lo dice como a quien lo recibe. Desde el punto de vista de la comunicabilidad, y contrariamente al lenguaje por gestos, que es más simple, más elemental y más universal, todo sistema estructurado por medio de signos vocales gráficamente transcritos resulta más rico, pero más ambiguo.

Si la comunicación se redujera a algunos gestos, el nivel de desarrollo de la sociedad sería, a su vez, tan poco elevado, que se volvería difícil cualificar la comunicación política. Por eso lo esencial de la comunicación política sigue siendo verbal.

La comunicación es política en función de las consecuencias directas o indirectas, mediatas o inmediatas, que puede tener para el sistema político.

Pero ¿qué se debe entender por sistema político? ¿Un conjunto de estructuras? ¿Una serie de funciones? Ciertamente, esta última hipótesis es la mejor. Conviene, sin embargo, precisar las funciones asignadas a los sistemas políticos. En esta óptica, existen dos definiciones que parecen tópicas. Para Easton, en primer término, los sistemas políticos no pueden subsistir si no cumplen con éxito dos funciones:

“Deben ser aptos para signar valores en una sociedad dada y capaces de mover a la mayor parte de sus miembros para que acepten esa asignación como autoritaria, o al menos para que lo hagan así la mayor parte del tiempo” (Easton, 1951).

Almond y Coleman atribuyen a su vez, con términos diferentes, funciones parecidas a los sistemas políticos:

“El sistema político es el sistema de interacciones existentes en todas las sociedades independientes, que cumple las funciones de integración y de adaptación (tanto en el interior de la propia sociedad como respecto de otras sociedades) mediante el recurso o la amenaza de recurrir a una coerción física más o menos legítima. El sistema político es el sistema legítimo para mantener el orden dentro de la sociedad o, al contrario, para transformarla” (Almond & Coleman, 1967).

Así para estos dos autores, en términos de objetivos, el sistema político debe asegurar el mantenimiento -es el caso más frecuente- o la transformación de la sociedad política. Esta finalidad del sistema implica ciertas exigencias: la aceptación del sistema mediante la adhesión a sus valores, o la legitimidad de quienes gobiernan. A su vez, quienes detentan el poder en el seno del sistema hacen aceptar sus decisiones de manera más o menos autoritaria, recurriendo si resulta necesario a la coerción física.

Esta doble exigencia se hace posible a través de la comunicación política. Si se toma el término “función” en su sentido más simple, significa la contribución aportada por un elemento al funcionamiento del conjunto del conjunto del sistema.

Por tanto, todo sistema político implica ciertas exigencias funcionales, que se supone que son “aquello que es necesario para el sistema con el fin de sobrevivir, adaptarse, alcanzar sus objetivos, no desnaturalizarse” (Lavau, 1969).

La Comunicación Política, por su parte, busca satisfacer lo esencial de estas exigencias, responder a una necesidad precisa: asegurar el acuerdo entre los gobernantes y los gobernados.

En efecto, todo gobernante busca la aceptación de sus decisiones, y cada gobernado trata de formular y hacer admitir sus necesidades. El acuerdo entre los dos términos no puede realizarse más que por la comunicación, es decir, el intercambio.

Pero el intercambio no puede efectuarse de otro modo que si los participantes en él actúan dentro del cuadro de un código común, que no es otra cosa que un acuerdo acerca de un conjunto de valores comunes, los cuales permiten a los participantes jugar el juego, para coexistir y, en una hipótesis mejor, vivir juntos. La comunicación es así un poner en común, en el sentido etimológico del término, los valores que permiten a los diferentes actores entenderse en el seno de la sociedad política.

Por lo tanto, *la Comunicación Política asegura adecuación entre los gobernantes y los gobernados, mediante un intercambio permanente de información: expresión de las decisiones soberanas de los gobernantes sobre los gobernados, asegura también la legitimación de la autoridad de los gobernantes por los gobernados.*

Las expresiones “gobernantes” y “gobernados” son tomadas en su aceptación más amplia, tal como la concebía Duguit (1943): los individuos que parecen mandar y que, en todo caso, cuentan con la posibilidad de forzar a otros para someterlos a su voluntad: éstos son los gobernantes.

Esta opción resulta aún mejor esquematizada por Burdeau (1979): “unos hombres que mandan, otros que obedecen; tal es, en su esencial desnudez, el esqueleto irreducible de la vida pública”.

Durante largo tiempo, la comunicación ha sido considerada como el medio ofrecido a los gobernantes para dar órdenes a los gobernados: éste es su aspecto coercitivo. Tal resulta ser el punto de vista adoptado por Cotteret (1971): “la comunicación política consiste en el pasaje voluntario de un mensaje político desde un emisor a un receptor, con la intención de arrastrar a quien lo recibe hacia una dirección determinada, de tal manera que no pueda encaminarse a otra”.

De hecho, la comunicación consiste también en la posibilidad, para quien ordena, de buscar previamente un asentimiento, es decir, que los demás hagan suyos los consejos que han recibido de él. No es por tanto, necesariamente, la búsqueda de una supremacía: puede darse simplemente un intercambio. Comunicar no implica siempre la prosecución de un control unilateral, sino más frecuentemente el suscitar una relación recíproca.

Una primera comprobación se impone entonces como hecho evidente: la comunicación es necesariamente para el funcionamiento del sistema político tal como se lo ha definido.

Queda pendiente, sin embargo, el interrogante acerca del lugar de la función de comunicación en el seno del sistema político. ¿Existe una función de comunicación que sea distinta de otras funciones, o no hay más que una serie de funciones en el seno de las cuales la comunicación interviene accesoriamamente?

La comunicación corresponde a una exigencia fundamental del sistema político. Esta afirmación se confirma en los estados modernos, donde el solo análisis de la comunicación permite frecuentemente caracterizarlos. Por consiguiente, si bien en una primera aproximación se puede precisar que la comunicación no es más que un subproducto de otras funciones, un análisis más profundo revela la especificidad de la Comunicación Política.

Se podría afirmar que la Comunicación Política es para el sistema político lo mismo que la circulación sanguínea para el cuerpo humano. Numerosos órganos tienen ciertamente funciones vitales, pero sin la irrigación sanguínea funcionarían mal. Lo cual significa, así mismo, que la circulación desempeña una función particular que contribuye a la vida. Otro tanto sucede con la Comunicación Política:

“Todas las funciones establecidas dentro del sistema político, socialización política y reclutamiento, articulación de los intereses, agregación de intereses, elaboración y uso de la ley, se cumplen a través de los medios de comunicación. Padres, profesores y sacerdotes, por ejemplo, realizan una socialización política a través de la comunicación.

Los representantes y líderes de grupos de intereses y los líderes de los partidos cumplen su función de articulación y agregación, comunicando las demandas y mediante una política de recomendaciones. El legislador dicta las leyes sobre la base de informaciones que le son comunicadas, comunicándolas, a su vez, a los diferentes elementos del sistema político.

En cumplimiento de sus funciones, los burócratas reciben y analizan la información que proviene de la sociedad y de los diferentes partidos políticos. En cumplimiento de sus funciones, los burócratas reciben y analizan la información que proviene de la sociedad y de los diferentes partidos de la comunidad” (Almond & Coleman, 1967).

El sistema político persigue en el seno de la sociedad objetivos precisos: mantener o modificar el orden social (Cotteret, 1971). La prosecución de estos objetivos lleva consigo para el sistema político la búsqueda de un cierto equilibrio.

Esta noción no debe ser interpretada con un sentido conservador o traducir una ideología hostil al cambio. Sólo significa que el sistema político pasa necesariamente por el punto obligado del equilibrio.

En realidad, cuando se habla de equilibrio de un sistema político, sería más exacto hablar de los equilibrios del sistema: equilibrio entre las solicitudes externas e internas, entre los subsistemas, etc. De hecho, existe un equilibrio central importante: el acuerdo entre los gobernantes y los gobernados.

En efecto, el sistema político -entre otros objetivos- debe asegurar un cierto orden social cuya dislocación arrastraría consigo la destrucción de la sociedad misma. El sistema político es garante del orden social.

Ahora bien, este sistema político es tributario, a la vez, no solo de la aceptación por los gobernados del régimen y de lo que éste encarna, sino también de la posibilidad para los gobernantes de imponer las decisiones que han adoptado. Éstos son los dos aspectos de la comunicación política.

La comunicación justifica la legitimidad del sistema político, permitiendo a los gobernantes y gobernados adherir, de manera explícita, a un conjunto de valores comunes o, de manera latente, a un sistema simbólico que es “de algún modo una traducción viviente de los valores comunes en el nivel afectivo” (Cotteret, 1971, pág. 142).

El acuerdo entre gobernantes y gobernados explica por qué las medidas adoptadas por el sistema político son representadas y admitidas por la sociedad; el sistema político desempeña el rol regulador de este orden social: su cohesión, tanto como su dislocación, constituyen el fruto del sistema político, que a su vez depende, en una gran medida, de la comunicación.

En efecto, todo ciudadano descontento del orden social debe actuar sobre el sistema político para obtener una modificación de este orden. Tal búsqueda de una nueva definición de un orden colectivo nuevo conlleva un desequilibrio en el seno de la sociedad, un periodo de transición en el cual los valores antiguos no han sido todavía olvidados, pero donde los nuevos se hallan aún mal definidos.

La comunicación debe permitir, en el seno del sistema político, asegurar la legitimidad de los valores nuevos, mediante la adhesión directa a estos valores, o bien estableciendo nuevos símbolos que, a través de la carga emocional que comportan, acudan a reforzar la adhesión directa.

Dicho de otra manera: en un momento dado, los valores de una sociedad expresados por el sistema político deben ser los deseados, admitidos y reconocidos por la sociedad. Este acuerdo resulta, principalmente, de un intercambio entre gobernantes y gobernados. En el caso contrario, los gobernados pueden rechazar al sistema político; en esta hipótesis, la comunicación ha funcionado mal, porque no ha permitido al sistema adaptarse a las necesidades de los gobernados.

Los gobernantes pueden también imponer decisiones por la fuerza, pero en tal caso otra vez la comunicación funciona mal, porque no permite que las decisiones sean aceptables. Queda aún la justificación mediante la propaganda; en esta hipótesis se da una hipertrofia de la comunicación, pero si las decisiones son finalmente aceptadas esto sucede porque hay un acuerdo implícito (o por lo menos una aceptación tácita) respecto de valores comunes.

Esta situación, según la buena lógica, es generalmente provisional, porque o bien los gobernados adhieren a los valores que son impuestos y entonces el sistema funciona, o bien los rechazan y recaemos así en la hipótesis precedente: la búsqueda de valores nuevos.

Así pues, la existencia de un *código común* permite la comunicación entre gobernantes y gobernados. Sin código no habría intercambio. Pues bien, este código se halla sometido tanto a leyes escritas cuanto a leyes no escritas, ya se trate de leyes manifiestas como de reglas implícitas vecinas de la convivencia. Si un sistema político se ajusta a los mismos valores vigentes en la sociedad donde se encuentra, funciona sin interferencias. En el caso contrario, existiría una disfunción. La función de la comunicación consiste en ajustar los diversos elementos del código. Toda otra relación, por más simple o fútil que sea, depende de este código.

De lo expuesto resulta que el sistema político capaz de asegurar la regulación del orden social depende, principalmente, de la función de comunicación.

Reducida a lo esencial, la comunicación política asegura así una *función de adecuación* entre el gobernante y el gobernado. En otros términos, los gobernantes deben corresponder a los deseos, demandas y exigencias de los gobernados, y estos últimos deben aceptar las decisiones constrictivas adoptadas por los gobernantes.



Este acercamiento se efectúa mediante un intercambio de mensajes de los gobernantes a los gobernados, pero también de los gobernados a los gobernantes. Ese intercambio se realiza según un código común, sin el cual no existiría comunicación. Dicho código se halla compuesto por un conjunto de valores comunes, a los cuales gobernantes y gobernados se refieren explícita o implícitamente.

Un valor “es una manera de ser o de obrar que una persona o una colectividad reconoce como ideal y que vuelve deseables o estimables los seres o las conductas a los cuales es atribuida” (Cotteret, 1971, pág. 162). Los valores constituyen el elemento esencial de lo que ya Comte llamaba el consenso social y que los sociólogos designan a veces como “la integración social” (Aron, 1983). Los valores del sistema político, por un lado, y los valores de la sociedad, por el otro, deben corresponderse.

Los valores del sistema político se hallan constituidos por lo que podría llamarse *valores intrínsecos* y *valores extrínsecos*. Los primeros están inscriptos en la constitución y en las reglas de juego político; los segundos son segregados por las instituciones y constituyen el conjunto de las decisiones políticas.

Los primeros corresponden al político; los segundos, a la política. Los valores de la sociedad son la resultante de diferentes variables sociales. Su evolución se halla en función del estado de la sociedad.

En Francia, actualmente, parece poco probable que una decisión entrañe la colectivización de los suelos o que un gobernado demande al Presidente de la República que le haga justicia. Así, la sola comunicación política asegura este acercamiento cuya finalidad ideal es la identificación, excepcionalmente realizada, entre gobernantes y gobernados.

En el nivel de intercambio, toda información que se sale del código de valores produce inmediatamente perturbaciones que tienen por consecuencia el rechazo de esa información. Fuera de un código determinado, toda comunicación se torna imposible.

El fenómeno nuevo, en las sociedades contemporáneas, es el desarrollo de los medios de comunicación. Esta extensión de la información produce, consecuentemente, una participación cada vez mayor del ciudadano en la política que le es aplicada.

### **1.5 La integración mundial: Globalización**

Una sencilla definición de globalización entiende que “es la expresión de las fuerzas del mercado, espacialmente a nivel mundial y profundizando en el dominio de la mercancía, operando sin los obstáculos que supone la intervención pública” (Etxezarreta, 2001).

Estos procesos se enmarcan en el “nuevo orden global” que viene siendo diseñado por los gobiernos de las grandes potencias bajo el liderazgo norteamericano, desde la situación preponderante que se reservan en las instancias económicas y financieras multilaterales (FMI, BM, OMC, etc.), en articulación con los *think tanks* sustentados por las fundaciones de las corporaciones transnacionales.

Su receta, centrada en la competitividad internacional, ha fijado como principales objetivos, además de la apertura externa, el ajuste macroeconómico del Estado, la privatización de los aparatos productivos y la flexibilización laboral, cuya principal consecuencia es una acelerada remercantilización de la vida social y cultural.

Para referirse a esta fase de integración mundial, iniciada en los años ochenta, ha brotado la noción de globalización, la cual trata de abarcar el proceso de unificación del campo económico, y, por extrapolación, la situación general del mundo.

Los primeros pasos de la globalización se dieron en la esfera de los intercambios financieros. Los marcos de los sistemas nacionales quedaron rotos. Los espacios financieros, antes reglamentados, compartimentados pasaron a integrarse a un mercado global, de total fluidez como consecuencia de la interconexión generalizada en tiempo real. Ésta esfera financiera imprimió su dinámica a una economía dominada por los movimientos especulativos de capitales que evolucionaban en una situación de recalentamiento permanente.

Con la aceleración de las actividades especulativas, la función financiera cobró autonomía con respecto a la economía denominada real, poniéndose por delante de la producción y la inversión industrial. Los efectos del menor paso en falso se propagan por todo el mundo, prefigurando las causas de crisis inherentes a la ausencia de mecanismos supranacionales de regulación.

La geofinanza y sus espacios abstractos y desterritorializados, que constituyen el primer sector de la cibereconomía en el que se ha realizado su integración, anuncian la dislocación general de la organización económica mundial con respecto al territorio sobre el que se asienta la soberanía nacional.

La globalización consiste, en primer lugar, en un modelo de gestión de la empresa que, como respuesta a la creciente complejidad del entorno competitivo, lleva a cabo la creación y fomento de competencias a escala mundial, con el fin de maximizar sus beneficios y consolidar sus cuotas de mercado.

La globalización es, en cierto modo, la forma de lectura propia de los especialistas del *management* y del marketing. Una consigna se alza sobre esta lógica empresarial: La integración. Ésta última palabra tiene la connotación de una visión cibernética de la organización funcional de las grandes unidades económicas. En inglés, el término global es sinónimo de *holistic*.

A diferencia de la palabra ‘mundialización’ y de sus formas en las diversas lenguas latinas, que se limitan a la dimensión geográfica del proceso, se trata de un término que se refiere explícitamente a una filosofía holística, esto es, a la idea de una unidad totalizadora o unidad sistémica. Una empresa global es una estructura orgánica en la que cada parte debe servir a la totalidad. Cualquier fallo en la ‘interoperabilidad’ entre las partes, cualquier obstáculo al libre intercambio de los flujos, trae el riesgo de colapsar el sistema. La comunicación ha de mantenerse omnipresente.

Integración de los espacios de diseño, de producción y de comercialización. Dos consecuencias importantes de ello son la implicación plena del empleado, convertido en su propio empresario, y la promoción del consumidor al rango de “coproductor”. Ahora bien, existe también la integración a escala, que anuncia un nuevo modo de relacionarse con el espacio-mundo. Las redes de información y de producción sobre las que se apoya la organización de la circulación interna y externa de una empresa global, convierten a ésta en una “empresa-red” o “empresa reticular”.

En el fordismo<sup>2</sup> la distribución jerárquica de tareas y poderes en la empresa correspondía una estratificación de espacios geográficos: lo local, lo nacional, lo internacional. Y estos se representaban como partes sin relación entre sí, compartimentadas. Mientras que la nueva concepción relacional de la empresa, y del mundo en el cual ésta opera (en cuanto red), supone una interacción entre los tres niveles.

---

<sup>2</sup>El término fordismo se refiere al modo de producción en cadena que llevó a la práctica Henry Ford; fabricante de automóviles de Estados Unidos.

Cualquier estrategia en el mercado mundializado debe ser al mismo tiempo global y local. Esto es así, salvo que se acepte la radical hipótesis, emitida en 1983, del director de la *Business Harvard Review*, Theodore Levitt, de una “estandarización universal” y de su corolario, la ‘homogeneización de las necesidades mundiales’ (Levitt, 1983).

Se trata de los dos términos de una relación dialéctica. La masificación alterna con la desmasificación. Ésta última contribuye, por otro lado, a que retrocedan los límites de la primera, a que se venzan las resistencias a la ‘estandarización universal’. Incluso las empresas etiquetadas como etnocéntricas aplican la receta: un posicionamiento en el marketing mundial que deje un margen de maniobra a las filiales.

El mundo ya no es exclusivamente un conjunto de naciones, sociedades nacionales, estados-naciones, en sus relaciones de interdependencia, dependencia, colonialismo, imperialismo, bilateralismo, multilateralismo. Simultáneamente, el centro del mundo ya no es principalmente el individuo, tomado singular y colectivamente, como pueblo, clase, grupo, minoría o mayoría, aunque la nación y, el individuo sigan siendo muy reales, incuestionables y estén presentes en todo el tiempo, en todo lugar, y, pueblen la reflexión y la imaginación, ya no son “hegemónicos”.

Han sido subsumidos formal o realmente por la sociedad global, por las configuraciones y los movimientos de la globalización. El mundo se ha mundializado, de tal manera que el globo ha dejado de ser una figura astronómica para adquirir más plenamente su significación histórica.

Desde que el capitalismo se desarrolló en Europa, siempre presentó connotaciones internacionales, multinacionales, transnacionales, mundiales, desarrolladas en el

interior de la acumulación originaria, del mercantilismo, el colonialismo, el imperialismo, la dependencia, la interdependencia. La contestación a este modelo viene dada por la puesta en conexión de las redes de descontentos, función en la que habrá que concederle especial relevancia a Internet.

Para Mattelart (1998) la aproximación unificada en el nivel estratégico se combina con las modalidades tácticas de una autonomía que permita adaptarse a las variaciones de los contextos específicos. Por una parte, la adaptación de los instrumentos de producción a las demandas particulares, gracias a las tecnologías flexibles, permite la producción de series más reducidas, y, por consiguiente, su diferenciación; y permite seguir su ciclo de vida, cada vez más corto.

Por otra parte, los gestores tienen en cuenta los “frenos culturales” a los logros de la empresa; y no disocian la tendencia a la globalización de sus condiciones de inserción nacionales y locales. Los especialistas de la comunicación intercultural aplicada a la gestión de empresas han introducido en su taxonomía la noción de “mestizaje” para poner de relieve la necesidad de evitar el choque frontal entre culturas en el interior de la empresa global.

El marketing y la publicidad segmentan los mercados y los objetivos, modulando las intervenciones con arreglo a las diferentes escalas, para poder aprovechar mejor las posibilidades de introducción de las redes, de los productos y de los servicios. El incremento de la optimización de la inversión publicitaria da lugar a una selección cada vez más precisa de los blancos de los mensajes. Son ejemplos de ello las aplicaciones de las nuevas tecnologías de la imagen virtual.

Mediante un programa de manipulación de imágenes se puede sustituir a la perfección los anuncios publicitarios presentes en el recinto donde tiene lugar un acontecimiento deportivo por otros que solo sean visibles por los telespectadores de un determinado país o región. La industria publicitaria, antes incluso de que hayan

sido promulgadas reglas de deontología al respecto, se presenta como terreno de experimentación de las nuevas tecnologías.

La creación de un mercado único de imágenes constituye un reto en la búsqueda de una cultura denominada global. Apenas se anunció el establecimiento de los grandes bloques comerciales, los grupos de comunicación y las cadenas planetarias (como la CNN), o regionales (panamericanas, panárabes panasiáticas o paneuropeas), se lanzaron en pos de los “universales culturales”. La tercera generación de redes publicitarias, las redes denominadas globales, favorecidas por la integración de las operaciones de comunicación, les siguieron los talones, respondiendo al movimiento de interconexión de los mercados.

Uno de los axiomas de la búsqueda de un común denominador mundial es la ‘convergencia cultural de los consumidores’, un producto de los elementos que han hecho calar la cultura de masas, con el transcurso de los años, en el imaginario de consumidores pertenecientes a distintas culturas. Las industrias culturales de los Estados Unidos, “soportes naturales de universalidad”, aparecen siempre estableciendo excesivamente los parámetros de la globalidad.

La construcción de estos grupos y redes de comunicación hizo necesaria una radical desregularización de los entornos comunicativos nacionales que afectó tanto a los sistemas de carácter público como a los regidos por criterios comerciales. Estos grupos y redes están establecidos generalmente en los grandes países postindustriales, pero también existen otros agentes que han ocupado un puesto en el mercado audiovisual.

Los dos ejemplos clásicos de ello son el grupo brasileño Globo y el mexicano Televisa. Pero el mayor acontecimiento lo representa, sin duda, la incorporación de las grandes zonas urbanas de China y de la India al espacio de los satélites de comunicación.

La globalización es una de esas palabras engañosas que forma parte de las nociones instrumentales que, bajo el efecto de las lógicas mercantiles y a espaldas de los ciudadanos, se han adaptado hasta el punto de hacerse indispensables para establecer la comunicación entre ciudadanos de culturas muy diferentes. Este lenguaje funcional refleja un ‘pensamiento único’ y constituye un verdadero *prêt-à-porter* ideológico que disimula los desórdenes del nuevo orden mundial.

En otros términos, se pretende abordar la nueva complejidad del globo con una ecuación de primer grado. Ha llegado entonces el momento de distinguir entre lo que corresponde a la mitología globalitaria y lo que incumbe a la realidad concreta en esta fase de la integración internacional.

En contraste con la visión economicista de un mundo cohesionado por el libre cambio, se muestra la fractura entre unos sistemas sociales específicos y un campo económico unificado, entre unas culturas particulares y las fuerzas centralizadoras de la “cultura global”. La integración de las economías y de los sistemas de comunicación da lugar a la creación de nuevas disparidades entre los países, o regiones, y entre los grupos sociales.

El concepto de “comunicación mundo” se propone dar cuenta de estas lógicas de exclusión. Este concepto, a la inversa de lo que se quiere hacer creer la representación igualitarista y globalizante del planeta, permite analizar el sistema en proceso de mundialización sin fetichismos, esto es, restituyéndole su concreción histórica. Enlaza con la historia de los intercambios mundiales y sus diferentes flujos asimétricos.

Este concepto, vinculado a la idea de “economía-mundo”, forjada por Fernand Braudel (1986), pone de manifiesto que las redes, con su imbricación en la división



internacional del trabajo jerarquizan el espacio y conducen a una polarización cada vez mayor entre centros y periferias. Por su parte, el investigador Immanuel Wallerstein (1979) prefiere la noción de “sistema-mundo”, focalizando sus estudios en la reescritura de la historia del capitalismo.

Por economía-mundo se entiende la economía del mundo globalmente considerado, “el mercado de todo el universo”. Una economía-mundo puede definirse como una triple realidad: ocupa un determinado espacio geográfico; por lo tanto tiene límites que la explican y que varían, aunque con bastante lentitud. Fue lo que sucedió después de los descubrimientos de finales de siglo XV. Y fue lo que sucedió en 1689, cuando Rusia, por merced de Pedro el Grande, se abrió a la economía europea.

Una economía-mundo se somete a un polo, a un centro, representado por una ciudad dominante, lo que antes era un Estado-ciudad, hoy una gran capital económica, Estados Unidos por ejemplo. Además, pueden existir, y hasta de forma prolongada, dos centros en una misma economía-mundo: Roma y Alejandría, en tiempos de Augusto y de Antonio y de Cleopatra, Venecia y Génova, en tiempos de la guerra por la posesión de la Chioggia en 1378 hasta 1381, Londres y Amsterdam en el siglo XVIII. Uno de los centros acaba siempre por ser eliminado. En 1929, el centro de del mundo pasó de este modo, vacilante pero inequívocamente, de Londres a Nueva York.

Para Braudel (1986), todas las economías-mundo se dividen en zonas sucesivas. Está el corazón, es decir, la zona que se extiende en torno al centro. Después vienen las zonas intermedias, en torno al eje central y, finalmente, surgen los márgenes vastísimos que, en la división del trabajo que caracteriza a una economía-mundo, más que participantes son subordinados y dependientes.

A partir de las expresiones de Wallerstein (1979, pág. 189), “un sistema-mundo es un sistema social, un sistema que posee límites, estructuras, grupos, miembros, reglas de legitimación y coherencia”.

Su vida resulta de las fuerzas conflictivas que lo mantienen unido por tensión y lo desagregan en la medida en que cada uno de los grupos busca eternamente remodelarlo en su beneficio. Tiene las características de un organismo, en cuanto a que tiene un tiempo de vida durante el cual sus características cambian en algunos de sus aspectos y permanecen estables en otros.

Hasta ahora sólo han existido dos variedades de tales sistemas mundiales: imperios-mundo, en los que existe un único sistema político sobre la mayor parte del área, por más atenuado que pueda estar su control efectivo, y aquellos sistemas en los que tal sistema político único no existe sobre toda o virtualmente sobre toda su extensión.

La peculiaridad del sistema mundial moderno es que una economía-mundo haya sobrevivido durante quinientos años y que aún no haya llegado a transformarse en un imperio-mundo, peculiaridad que es el secreto de su fortaleza. Esta peculiaridad es el aspecto político de la forma de organización económica llamada capitalismo. El capitalismo ha sido capaz de florecer precisamente porque la economía-mundo contiene dentro de sus límites, no uno, sino múltiples sistemas políticos.

Wallerstein se centra en las realidades económicas y políticas del capitalismo moderno, al que denomina capitalismo histórico, en el cual comprenden colonialismos, imperialismos, dependencias, interdependencias, hegemonías, tensiones y conflictos.

Es el contexto de las guerras y de las revoluciones, en los que se destacan los movimientos antisistémicos. La palabra movimiento implica algún impulso colectivo

de naturaleza algo más que momentánea. De hecho, en todos los sistemas históricos conocidos se han producido, por supuesto, protestas o levantamientos de algún modo espontáneos de los trabajadores que han servido como válvulas de seguridad para la ira contenida; o en ocasiones, de un modo algo más eficaz, como mecanismos que han puesto límites secundarios a procesos de explotación.

Pero en términos generales, la rebelión como técnica sólo ha funcionado en los márgenes de la autoridad central, en especial cuando las burocracias centrales estaban en fase de desintegración.

Uno de los puntos fuertes de los movimientos antisistémicos es que han llegado al poder en un gran número de estados. Pero este punto fuerte ha sido también su punto débil, dado que los llamados regímenes posrevolucionarios continúan funcionando como parte de la división social del trabajo del capitalismo histórico. Por lo tanto, han actuado bajo las implacables presiones de la tendencia a la acumulación incesante del capital.

Para Wallerstein, la economía-mundo está organizada con base en lo que el mismo denomina “capitalismo histórico” (1988), lo que Marx (1946) había denominado “capitalismo” o “modo capitalista de producción” y Weber (1978) denominara “capitalismo moderno”.

Una economía-mundo está constituida por una red de procesos productivos intervinculados, que podemos denominar ‘cadenas de mercancías’, de tal forma, que para cualquier proceso de producción en la cadena, hay cierto número de vínculos hacia adelante y hacia atrás, de los cuales dependen el proceso en cuestión y las personas en él involucradas. En esta cadena de mercancías, articulada por lazos que se cruzan, la producción está basada en el principio de maximización de la acumulación del capital (Wallerstein, 1979).

La historia moderna y contemporánea puede ser vista como una historia de sistemas coloniales, sistemas imperialistas, geoeconomías y geopolíticas. Éste es el escenario de la formación y expansión de los mercados, de la industrialización, de la urbanización y de la occidentalización, que envuelven naciones y nacionalidades, culturas y civilizaciones.

Es en la propia dinámica de las economías-mundo donde emergen y se desarrollan los procesos que configuran los ciclos geohistóricos de larga, media y corta duración.

La problemática de la globalización, en sus implicaciones empíricas y metodológicas, o históricas y teóricas, se puede plantear de modo innovador; propiamente heurístico, si aceptamos reflexionar sobre algunas metáforas producidas precisamente por la reflexión e imaginación desafiadas por la globalización. En la época de la globalización el mundo comenzó a ser taquigrafiado como ‘aldea global’, ‘fábrica global’, ‘tierra patria’, ‘nave espacial’, ‘nueva Babel’ y otras expresiones.

Estas formulaciones dicen algo respecto a las distintas posibilidades de proseguir las conquistas y los dilemas de la modernidad. Contemplan las controversias sobre la modernidad y la posmodernidad, y revelan que es sobre todo desde los horizontes de la modernidad como se puede imaginar las posibilidades y los callejones sin salida de la posmodernidad en el nuevo mapa del mundo.

La ‘aldea global’ sugiere que finalmente, se formó la comunidad mundial concretada en las realizaciones y las posibilidades de comunicación, información y fabulación abiertas por la electrónica. Sugiere que están en curso la armonización y la homogeneización progresivas. Se basa en la convicción de que la organización, el funcionamiento y el cambio de la vida social, en el sentido amplio, que comprende evidentemente la globalización, están ocasionados por la técnica y, en este caso, por la electrónica.

En poco tiempo, las provincias, naciones y regiones, así como las culturas y civilizaciones, son permeadas y articuladas por los sistemas de información, comunicación y fabulación agilizados por la electrónica.

En la aldea global, además de las mercancías convencionales en formas antiguas y actuales, se empaquetan y se venden las informaciones. Se fabrican informaciones como mercancías. Son fabricadas y comercializadas en escala mundial.

Las informaciones, los entretenimientos y las ideas son producidos, comercializados y consumidos como mercancías: de la producción de artículos empaquetados al empaquetamiento de las informaciones. Antes se invadía los mercados extranjeros con mercancías; hoy se invade culturas enteras con paquetes de informaciones, entretenimiento e ideas (McLuhan, 1973, pág. 563). Ante la instantaneidad de los nuevos medios de imagen y sonido, hasta el periódico es lento.

En este sentido, la aldea global implica la idea de comunidad global, mundo sin fronteras. *Shopping center global*, disneylandia universal. “En todos los lugares todo se parece cada vez más a todo y más a medida que la estructura de preferencias del mundo es presionada hacia un punto común homogeneizado” (Levitt, 1983). La aldea global, por la importancia de su connotación, hace que posteriormente a esta expresión se analice con mayor detalle.

Por otra parte, la “fábrica global” sugiere una transformación cuantitativa y cualitativa del capitalismo, más allá de las fronteras y subsumiendo formal o realmente todas las otras formas de organización social y técnica de trabajo, de la producción y la reproducción ampliada del capital. Toda economía nacional, sea cual sea, se vuelve provincia de la economía global.

El modo capitalista de producción entra en una época propiamente global, y no internacional o multinacional. Así, el mercado, las fuerzas productivas, la nueva división internacional del trabajo, la reproducción ampliada del capital, se desarrollan en escala mundial.

Una globalización que, progresiva y contradictoriamente, subsume real o formalmente otras y diversas formas de organización de las fuerzas productivas, y abarca la producción material y espiritual. Ya “es evidente que los países en desarrollo ahora están ofreciendo espacios para la manufactura lucrativa de productos industriales destinados al mercado mundial en escala creciente” (Frobel, 1980, pág. 13).

Esto se debe a varios factores: primero, una reserva de mano de obra prácticamente inagotable se volvió disponible en los países en desarrollo en los últimos siglos. Segundo, la división y subdivisión del proceso productivo están ahora tan avanzadas que la mayoría de estas operaciones fragmentadas pueden ser realizadas con un mínimo de cualificación profesional adquirida en poco tiempo. Tercero, el desarrollo de las técnicas de transporte y comunicaciones crea la posibilidad, en muchos casos, de producir mercancías completa o parcialmente en cualquier lugar del mundo; una posibilidad que ya no está influida por factores técnicos, de organización o de costos (Grunwald & Flamm, 1985, pág. 87).

La fábrica global se instala más allá de cualquier frontera: articula capital, tecnología, fuerza de trabajo, división del trabajo social y otras fuerzas productivas. Acompañadas por la publicidad, por los medios impresos y por la electrónica, la industria cultural mezclada en periódicos, revistas, libros, programas de radio, emisiones de televisión, videoclips, fax, redes de computadoras y otros medios de comunicación, información y fabulación, disuelve fronteras, agiliza los mercados, generaliza el consumismo. Provoca la desterritorialización y la reterritorialización de las cosas, gentes e ideas. Promueve el redimensionamiento de espacios y tiempos.

Se ve de inmediato que la fábrica global es tanto metáfora como realidad. En el ámbito de la globalización, a veces se revelan transparentes, e inexorables los procesos de concentración y centralización del capital, y se articulan empresas y mercados, fuerzas productivas y centros decisorios, alianzas estratégicas y planificación de corporaciones; así se configuran provincias, naciones y continentes, islas y archipiélagos, mares y océanos.

La “nave espacial” sugiere el viaje y la travesía, el lugar y la duración lo conocido y incógnito, lo destinado y lo descarriado, la aventura y la desventura. La magia de la nave espacial va junto con destino de lo desconocido. El deslumbramiento de la travesía trae consigo la tensión de lo que puede ser imposible.

Los habitantes de la nave pueden ser arrollados por una sucesión de perplejidades, y ser capaces, entonces, de conocer su imposibilidad de descubrir o de transformarse. “Organizar una entidad que abarca el planeta no es una empresa insignificante. Proponer una asamblea que represente a todos los hombres, sería como figurar el número exacto de los arquetipos platónicos, enigma que ha ocupado durante siglos la perplejidad de los pensadores” (Borges, 1981).

La metáfora de la nave espacial puede muy bien ser emblema de cómo la modernidad se desarrolla en el siglo XX, preanunciando el siglo XXI. Lleva consigo la dimensión pesimista introducida en la utopía-nostalgia escondida en la modernidad. Por lo tanto, puede ser el producto más acabado de la razón iluminista.

Después de sus desarrollos más notables, a través de los siglos XIX y XX, la razón iluminista parece haber alcanzado su momento negativo extremo: se niega de modo radical, nihilista; anula toda y cualquier utopía-nostalgia. Y esto alcanza el ataque en la disolución del individuo como sujeto de la razón y de la historia.

La crisis de la razón se manifiesta en la crisis del individuo por medio del cual se desarrolla. El individuo otrora concebía la razón como un instrumento suyo, exclusivamente. Hoy, experimenta el reverso, de esta deificación. La máquina expulsó al maquinista; está corriendo ciegamente por el espacio. En el momento de la consumación, la razón se volvió irracional y embrutecida. El tema de este tiempo es la autopreservación, aunque ya no exista un yo que deba ser preservado (Horkheimer, 1976, pág. 139).

Ésta es una connotación sorprendente de la modernidad en la época de la globalización: la decadencia del individuo. Él mismo, singular o colectivo, produce y reproduce las condiciones materiales y espirituales de su subordinación y eventual disolución.

La tecnificación de las relaciones sociales, en todos los niveles, se universaliza. En la misma proporción en que se da el desarrollo extensivo e intensivo del capitalismo en el mundo, se generaliza la racionalidad formal y real inherente al modo de operación del mercado, de la empresa, del aparato estatal, del capital, de la administración de las cosas, gentes e ideas, todo codificado en los principios del derecho.

Ahí se unen el derecho y la contabilidad, la lógica formal y la calculabilidad, la racionalidad y la productividad, de tal manera que en todos los grupos sociales e instituciones, en todas las acciones y relaciones sociales, tienden a predominar los fines y los valores constituidos en el ámbito del mercado, de la sociedad vista como un vasto y complejo espacio de intercambios.

Éste es el reino de la racionalidad instrumental, en el que también el individuo se revela adjetivo, subalterno. La razón universal supuestamente absoluta se rebajó a mera racionalidad funcional, al servicio del proceso de valorización del dinero, que no tiene sujeto, hasta la actual capitulación incondicional de las llamadas “ciencias



del espíritu”. El universalismo abstracto de la razón occidental se reveló como mero reflejo de la abstracción real objetiva del dinero (Kurtz, 1992, pág. 239).

En la metáfora de la nave espacial se esconde la de la “torre de Babel”. La nave puede ser babélica. Un espacio caótico, tan babélico que los individuos, singular y colectivamente, tienen dificultad para comprender que están extraviados, en decadencia, amenazados o sujetos a la disolución.

“En el inicio todo estaba en un orden razonable en la construcción de la torre de Babel; tal vez el orden fuese excesivo, se pensaba demasiado en señalizaciones, intérpretes, alojamientos de trabajadores y vías de comunicación, como si por delante hubiera siglos de libres posibilidades de trabajo.

Lo esencial de la empresa es la idea de construir una torre que llegue al cielo. Al lado de esto todo lo demás es secundario. Una vez captada en su grandeza esta idea ya no puede desaparecer; mientras existan hombres, también existirá el fuerte deseo de construir la torre hasta el fin.

Cada nacionalidad quería tener el alojamiento más bonito; de esto resultaron disputas que evolucionaron hasta luchas sangrientas. A esto se agregó que ya la segunda o tercera generación reconoció el sin sentido de la construcción de la torre del cielo, pero ya estaban todos muy ligados entre sí para abandonar la ciudad” (Kafka, 2010).

La Babel escondida en el emblema de la nave espacial puede revelar aún más claramente lo que hay, de trágico en el modo en que se da la globalización. A estas alturas de la historia, paradójicamente, todo se entiende. Hay incluso una lengua común, universal, que permite un mínimo de comunicación entre todos. A pesar de

las diversidades civilizatorias, culturales, religiosas, lingüísticas, históricas, filosóficas, científicas, artísticas u otras, el inglés ha sido adoptado como la vulgata de la globalización.

En los cuatro rincones del mundo, ese idioma está en el mercado y la mercancía, en la imprenta y la electrónica, en la práctica y el pensamiento, en la nostalgia y la utopía. Es el idioma del mercado universal, del intelectual cosmopolita, de la epistemología oculta en la computadora, del Prometeo electrónico. “El inglés ha sido promovido con éxito y ha sido ávidamente adoptado en el mercado lingüístico global. Un síntoma del impacto del inglés es el préstamo lingüístico. El inglés se impone a todas las lenguas con las que entra en contacto” (Phillipson, 1992, pág. 7).

De metáfora en metáfora se llega a la fantasía, que ayuda a volver a encantar al mundo para producir la utopía.

Éste es el horizonte en el que se forman y conforman las utopías que florecen en el ámbito de la sociedad global para comprenderla y exorcizarla. Pueden ser cibernéticas, sistémicas, electrónicas, pragmáticas, prosaicas o tecnocráticas. También pueden ser románticas, nostálgicas o desencantadas.

En general, la utopía y la nostalgia florecen en las épocas en que se acentúan los ritmos de las transformaciones sociales, cuando se multiplican los encuentros entre las más diversas esferas de la vida sociocultural, así como de las condiciones económicas y sociales. Son épocas en que los desencuentros entre lo contemporáneo y lo no contemporáneo se acentúan, se profundizan.

Ianni (1999) señala que éste es el contexto en el que la reflexión y la imaginación se ponen en juego en la construcción de utopías y nostalgias como una red de articulaciones que trazan la historia y la geografía, el mapa del mundo. Es como si

mucho de lo que es pasado adquiriese otro sentido, al mismo tiempo que mucho de lo que parece pasado adquiriese significado presente.

Realidades y significados que parecían irrelevantes, secundarios, olvidados o escondidos, reaparecen bajo una nueva luz. Y todo esto porque la ruptura geohistórica que devela la globalización del mundo, a finales del siglo XX, preanunciando configuraciones y movimientos del siglo XXI, se revela no sólo como un acontecimiento heurístico, sino como una ruptura epistemológica.

## **1.6 La idea de modernización**

Desde que la civilización occidental pasó a predominar en los cuatro rincones del mundo, la idea de modernización pasó a ser el emblema del desarrollo, del crecimiento, de la evolución o del progreso (Ianni, 1999, pág. 12).

La modernización del mundo implica la difusión y sedimentación de los patrones y valores socioculturales predominantes en Europa Occidental y en los Estados Unidos. Están en cuestión los principios de libertad e igualdad de propietarios articulados en el contrato jurídicamente establecidos. Están en cuestión los procesos de urbanización, de industrialización, mercantilización, secularización e individualización. En el ámbito del occidentalismo, predomina no solo la individualización, sino también, y sobre todo el individualismo.

No hay que olvidar que en el ideario de la teoría de modernización están presentes la democracia, los derechos de la ciudadanía; la institucionalización de las fuerzas sociales en conformidad con patrones jurídico-políticos de negociación y acomodación; el establecimiento de las condiciones y límites de los cambios sociales; las garantías contra las ideas revolucionarias traducidas en prácticas; la

precedencia de la libertad económica frente a la política, la primacía de la ciudadanía política frente a lo social y a la cultura (McClelland, 1976, pág. 139).

Se puede decir que la teoría de la modernidad tiene también por base el principio de la “mano invisible”, imaginado por primera vez por Adam Smith (1776). En la medida en que se desarrolla la división del trabajo social en escala nacional, regional, internacional y global, se promueve la difusión de los factores productivos, de las capacidades productivas, de los productos producidos y del bienestar en general.

El neoliberalismo de los tiempos de la globalización del capitalismo retoma y desarrolla los principios que se habían formulado y puesto en práctica con el liberalismo o la doctrina de la mano invisible a partir del siglo XVIII. Pero lo que distingue al neoliberalismo tal vez sea el hecho de que se refiere a la vigencia y la generalización de las fuerzas del mercado capitalista en el ámbito global.

Así nacen directrices relativas a la desestatización, desregulación, privatización, liberalización y regionalización. Son directrices que principalmente el FMI (Fondo Monetario Internacional) y el Banco Mundial (BM) se encargan de codificar, divulgar, poner en práctica y administrar; desplazando las posibilidades de soberanía a las organizaciones, corporaciones y otras entidades de ámbito global.

Estas élites forman tecnoestructuras armadas de recursos científicos y tecnológicos, en condiciones de producir informaciones, análisis, diagnósticos, pronósticos, directrices y prácticas relativas a los diferentes problemas y desafíos en escala mundial.

La idea de modernidad confiere un papel especial a las élites modernizantes y deliberantes, los mismos que pueden ser élites empresariales, intelectuales, religiosos, militares e incluso, los mismos grupos que se movilizan. Las masas, los

grupos y las clases sociales son inducidos a realizar las directrices establecidas por las élites modernizantes. Y el problema surge cuando no hay la presencia de un activo grupo de “empresarios” o élite capaz de ofrecer soluciones a la nueva serie de problemas (Eisenstadt, 1964, pág. 384).

En la época de la mundialización, se mundializan las instituciones más típicas y sedimentadas de las sociedades capitalistas dominantes. En este contexto, las cosas, las personas, las ideas son atravesadas por la desterritorialización, es decir, por otras modalidades de territorialización.

En la medida en que se desarrollan y generalizan, los procesos implicados en la modernización rebasan o disuelven fronteras de todo tipo, locales, nacionales, regionales, continentales; rebasan o disuelven las barreras culturales, lingüísticas, religiosas o civilizatorias. Pero sobre todo lo que es local y nacional, se desarrollan relaciones, procesos y estructuras dinamizadas por la modernización, en general traducida en técnicas sociales de producción y control.

Mucho de lo que se hace y se piensa en el mundo sigue la pauta de lo que es, parece o puede ser moderno. “La tecnología, como una forma de organizar la producción, como una totalidad de instrumentos, esquemas e inventos que caracterizan la era de la máquina y, al mismo tiempo, un modo de organizar o cambiar las relaciones sociales, las manifestaciones predominantes del pensamiento, los patrones de comportamiento, es un instrumento de control y dominación” (Marcuse, 1941).

Pero bajo el ideario de la modernización universal está presente la idea de evolución progresiva, diferenciación presente creciente, perfeccionamiento ilimitado. Según esta perspectiva, la mundialización sería un desdoblamiento posible, necesario e inevitable del proceso de modernización inherente al capitalismo, entendido como proceso civilizatorio destinado a realizar una especie de culminación de la historia de la humanidad.

Poco a poco, modernizar y evolucionar se vuelven recíprocamente referidos, intercambiables, correspondientes. En la estela de la modernización están la evolución y el crecimiento, el desarrollo y el progreso, siempre en el ámbito de la sociedad de mercado, del capitalismo.

En la época de la globalización del capitalismo entra en escena la ideología neoliberal como su ingrediente, producto y condición. Cuando se crean, fortalecen y generalizan las estructuras globales de poder sobre los estados nacionales, se crea la ilusión de que la época agitada del capitalismo alcanzó su límite, de que llegó el fin de la historia.

Se imagina “que la humanidad alcanzó el punto final de su evolución ideológica con el triunfo de la democracia liberal occidental sobre todos sus competidores del siglo XX” (Anderson, 1992, pág. 11). El fascismo fue categóricamente destruido en la segunda guerra mundial. El comunismo, el gran adversario de la posguerra, estaba en visible colapso, rindiéndose como sistema al capitalismo al que en otro tiempo había intentado derribar.

La victoria del capitalismo liberal se alcanzó no sólo en Europa, con la derrota del nazismo y la desintegración del stalinismo, sino también en el campo de batalla de Asia, con la transformación de Japón en la posguerra, la liberalización en curso de Corea del Sur y Taiwán, la creciente mercantilización de China.

Junto con la modernización en marcha con el capitalismo y el occidentalismo, se generaliza el predominio de las más diversas tecnologías de producción y control sociales. Toda tecnología, en la medida en que está inserta en la vida de la sociedad o en el juego de las formas sociales, se transforma en técnica social, y puede servir a distintas finalidades (Lerner, 1966, pág. 46).

Pero como técnica monopolizada o administrada por los que detentan el poder, en sociedades atravesadas por desigualdades sociales, económicas, políticas y culturales, es evidente que tiende a ser manipulada de modo que reitere y desarrolle las estructuras prevalecientes en sus diversidades y desigualdades. En este contexto, las tecnologías de la electrónica, entre otras, intensifican y generalizan la racionalización de las más diversas formas sociales de vida y trabajo, de los más diferentes modos de ser y pensar.

Aunque los procesos de globalización y de modernización se desenvuelven simultánea y recíprocamente por el mundo, también producen desarrollos desiguales, divergentes, contradictorios. En el mismo curso de la integración y la homogeneización se desarrolla la fragmentación y la contradicción. Al encontrar otras formas sociales de vida y trabajo, que incluyan culturas y civilizaciones, se constituyen las más sorprendentes diversidades.

El mismo vasto proceso de globalización del mundo es siempre un vasto proceso de pluralización de los mundos. Lo que crea la ilusión de integración u homogeneización es el hecho indiscutible de la fuerza del occidentalismo, conjugado con el capitalismo.

Ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo somos. Los entornos y las experiencias modernas atraviesan todas las fronteras de la geografía y la etnia, de la clase y la nacionalidad, de la religión y de la ideología.

En este sentido, la modernidad une a toda la humanidad. Pero es una unidad paradójica, la unidad de la desunión: nos arroja a todos a una vorágine de perpetua

desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia (Berman, 1988).

### **1.6.1 La aldea global**

Cuando el sistema mundial se pone en movimiento y se moderniza, entonces el mundo empieza a parecer una especie de aldea global. Poco a poco o de repente, según el caso, todo se articula en un vasto y complejo todo moderno, modernizante, modernizado. Y el signo por excelencia de la modernización parece ser la comunicación, la proliferación y generalización de los medios impresos y electrónicos de comunicación, articulados en tramas multimedia que llegan a todo el mundo.

Los medios de comunicación de masas, potenciados por esas tecnologías, rompen o rebasan fronteras, culturas, idiomas, religiones, regímenes políticos, diversidades y desigualdades socioeconómicas y jerarquías raciales, de sexo y edad.

En pocos años, en la segunda mitad del siglo XX, la industria cultural revoluciona el mundo de la cultura, transforma radicalmente el imaginario de todo el mundo. Son producciones musicales, cinematográficas, teatrales, literarias y otras, lanzadas directamente al mundo como signos mundiales o de la mundialización.

Más y más personas entrarán en el mercado de informaciones, perderán sus identidades privadas en ese proceso, pero surgirán con capacidad para interactuar con cualquier persona en la faz del globo. Referéndums electrónicos masivos y espontáneos atravesarán continentes.



El concepto de nacionalismo declinará y también los gobiernos regionales caerán como consecuencia política de la creación de un gobierno, mundial por satélite artificial. El satélite será usado como el instrumento mundial más importante de propaganda en la guerra por los corazones y mentes de los seres humanos (McLuhan, 1991).

En el ámbito de la aldea global, prevalecen los medios electrónicos como poderoso instrumento de comunicación, información, comprensión, explicación e imaginación de lo que sucede por el mundo.

Esta nueva cultura no depende en absoluto de palabras. De hecho, el lenguaje y el diálogo ya tomaron la forma de interacción entre todas las zonas del mundo. La computadora suprime el pasado humano, convirtiéndole por entero en presente (McLuhan, 1971).

Es evidente, por supuesto, que los medios de comunicación globales no son monolíticos. En algunos casos son sensibles a las reivindicaciones de diferentes grupos y clases sociales, movimientos sociales y partidos políticos, iglesias y gobiernos. Sin embargo, estos mismos medios operan en concordancia con otros centros de poder de alcance mundial.

De igual manera, la industria cultural también adquirió alcance mundial, pues se transforma en un poderoso sector de producción, en el aspecto de producción de mercancía, lucro o plusvalía. Hace uso de las mentes más intelectuales de distintos campos del conocimiento para incrementar el nivel productivo y, consecuentemente, aumentar el excedente, lucro o plusvalía. Simultáneamente, la industria cultural produce y reproduce signos, símbolos, imágenes, sonidos, formas, colores, movimientos, todo esto en las más innovadoras combinaciones, poblando el imaginario de muchos en todo el mundo (Ianni, 1999).

En este contexto, todo se globaliza y se virtualiza, como si la gente, las cosas e ideas se transfiguran por la magia de la electrónica. En este sentido asistimos a lo que (McLuhan, 1996) llama una extensión del cuerpo: “De la misma forma que la rueda es una extensión del pie, el telescopio una extensión del ojo, así, la red de comunicación es una extensión del sistema nervioso [...]. La televisión se volvió nuestros ojos, el teléfono nuestra boca y oídos. Nuestros cerebros son los de un sistema nervioso que se extienden por todo el mundo” (Wooley, 1992, pág. 124).

Tal como se muestra, la aldea global es diseñada por todo un complejo de elementos dispares, convergentes y contradictorios, nuevos o desconocidos que forman redes de signos, símbolos y lenguajes. En este horizonte se crea y generaliza la cultura de la mundialización, como producto y condición de esa misma mundialización.

Hay elementos referentes a un mismo lenguaje colectivo como la fórmula uno, la copa del mundo, las olimpiadas, los mercados de obras de arte y artistas, las manifestaciones de iglesias electrónicas, la mercadotecnia de mercancías mundiales, etc., que llevan consigo signos de la cultura de la mundialización, y que por supuesto, su principal propósito es el mercado; es decir, todo tiende a ser mercantilizado, producido, consumido como mercancía.

Sin embargo, cabe resaltar que la base de la aldea global es la informatización. Se trata de las tecnologías de la inteligencia y la imaginación, que caracterizan la era de la informática y permiten diseñar, tejer y movilizar la aldea global. Aquí nace un mundo digitalizado, virtual, instantáneo, unidimensional y multidimensional; un mundo concebido como un hipertexto solamente inteligible por las tecnologías de la electrónica informática cibernética universal.

Un hipertexto es un conjunto de nudos ligados por conexiones. Los nudos pueden ser palabras, páginas, imágenes, gráficas o partes de gráficas, secuencias sonoras,

documentos complejos que pueden a su vez ser hipertextos (Lévy, 1993, pág. 33). La informatización del mundo permite la transformación de hechos, incluyendo relaciones, procesos y estructuras, en un vasto hipertexto. De repente el caos se convierte en un sistema, las configuraciones y movimientos de la sociedad mundial en aldea global.

Sin embargo, los que piensan los medios y los modos de operación de todo, dentro de la dinámica de la aldea global, son los intelectuales. Éstos promueven la traducción de la organización y la dinámica de las fuerzas sociales, económicas, políticas y culturales que operan en el ámbito mundial, traspasando fronteras, regímenes políticos, idiomas, religiones, culturas y civilizaciones.

Se trata de personas “especialistas” denominados *think-tanks* que dominan los *medios* considerados relevantes para promover políticas. Dichos especialistas no sustituyen a los políticos sino que orientan a los mismos sobre cuestiones inesperadas que pueden surgir en su agenda cotidiana (Haas, 1997, pág. 49).

Por tanto, la globalización de los medios de comunicación lleva consigo la formación y la preeminencia de un intelectual orgánico de alcance mundial, articulado a redes electrónicas informáticas telemáticas *www World Wide Web* (Red Mundial Global). Son intelectuales que expresan las formas excepcionales adquiridas por la producción, reproducción y universalización de las culturas de masas, que subvierte radicalmente las condiciones de la vida política de los pueblos y que obtienen directamente las condiciones de producción y la vigencia de hegemonías políticas (Ianni, 1999, pág. 82).

En este contexto se da la metamorfosis de los medios de comunicación en medio de las estructuras de poder prevalecientes en el ámbito mundial, que traduce las imágenes de la realidad y las visiones del mundo en bloques de poder, composiciones de clases y grupos sociales que poseen medios y modos de organizar,

influir, inducir o dinamizar las estructuras de dominación política y apropiación económica prevalecientes en la sociedad global.

En la época de la guerra fría, a lo largo de los años 1946 a 1989, en franco proceso de globalización, los medios de comunicación construyeron una visión del mundo bipolarizada, maniquea. El capitalismo y el socialismo se contraponían en términos de “mundo libre y mundo totalitario”, “democracia y comunismo”, “sociedad abierta y sociedad cerrada”, “reino del bien y reino del mal”.

A partir de 1989, cuando los medios impresos y electrónicos globalizados invaden aún más todas las esferas de la vida social en todo el mundo, lo que prevalece es la idea de “nuevo orden económico mundial”, “fin de la historia”, “fin de la geografía”. Y así la metáfora de la “mano invisible”, idealizada por el liberalismo clásico en los horizontes del Estado-nación, resurge idealizada por el neoliberalismo en los horizontes de la globalización.

Poco a poco, las producciones y reproducciones de la cultura de masas, en escala mundial, crean la ilusión de una universalización de las condiciones y posibilidades del mercado y la democracia, del capital y la ciudadanía.

Tornados como el intelectual orgánico de la globalización, en condiciones de construir hegemonías de alcance mundial, los medios de comunicación se revelan como una nueva figuración del “príncipe” del que hablaron Maquiavelo y Gramsci.

En la época de la universalización de los medios de comunicación, cuando el discurso del poder pasa a ser formulado y divulgado por intermedio por medio de los medios impresos y electrónicos, algo esencial se ha modificado. Al lado del líder y del partido, o encima y más allá de ellos, se colocan los medios de comunicación,

entendidos como emblema de un intelectual colectivo de amplias proporciones, difundido por el mundo y que influye en mentes y corazones.

Vivimos un *cambio de época*, y los cambios que agreden al mundo alimentan la inseguridad, y exigen que los individuos revalúen y cambien sus actitudes para dominar los nuevos desafíos.

Los individuos ansían orientación e información, y para hacer frente a dichas exigencias, los medios de comunicación tienen responsabilidades especiales como viabilizar la comunicación para que la sociedad forme la opinión y el consenso democráticos. Hoy, la sociedad utiliza los medios de comunicación para ejercer una forma de autocontrol (Wossner, 1993, pág. 7).

## **CAPÍTULO 2**

### **ESTADO, PODER Y CONSTITUCIÓN DE LAS RESISTENCIAS SOCIALES**

#### **2.1 Introducción**

Este capítulo tiene por objeto analizar la concepción del *poder* desde el punto de vista político ligado a la cuestión económica y, a su vez, vislumbrar los procesos de formación social del poder comprendido en términos de movilización y desmovilización de clases y fuerzas sociales que se configuran en una sociedad dada en busca de un proyecto de vida digno, justo y solidario.

Desde finales del siglo XVIII hasta hoy, lo que para muchos constituye una utopía del “desarrollo para todos”, la lucha por los mejoramientos en las condiciones de vida humana continúa siendo un intento por volverlo realidad sobre la base de las luchas sociales y las organizaciones populares que pretenden declinar al sistema neoliberal y acabar con la explotación de la fuerza humana y la hegemonía de los grupos de poder.

Así tenemos que ésta utopía es planificada por los mismos grupos hegemónicos, los mismos que tratan de asegurar su poder sobre la clase dominada a través de explícitos aparatos de represión: el Estado.

Si hablamos que el poder político es una de las formas del poder social, entonces sugiere que existen otras formas de poder; estas formas de poder son: el poder económico y el poder ideológico, a lo que Marx (1987) llama la reproducción de sumisión a las reglas del orden establecido, es decir, una reproducción de sumisión a la ideología dominante: el capitalismo.

Por lo tanto, tras analizar la concepción sobre el poder y el Estado abordaremos cómo se ejecuta el mismo dentro de las organizaciones políticas y no políticas para puntualizar el rol de los conceptos (Estado, poder) y, a su vez, del papel fundamental que desempeña la comunicación para establecer un contacto permanente con la sociedad que sugiere, a quienes ostentan el poder, abandonar sus posiciones de tipo autoritario; esto, como paso a lo que se denomina la *resistencia social* y a la construcción de un proyecto político unificador para el *desarrollo*; considerando, precisamente, esta última palabra, *desarrollo*, para dar paso al punto clave de nuestro análisis que son las redes sociales o comunicacionales, que se trata en el Capítulo 4.

## **2.2 El Estado**

El Estado es una máquina de represión que permite a las clases dominantes asegurar su dominación sobre la clase obrera para someterla al proceso de extorsión de la plusvalía, es decir, a la explotación capitalista (Althusser, 1984, pág. 145).

El Estado es ante todo lo que los clásicos del marxismo han llamado el aparato de Estado. Se incluye en esta denominación no sólo al aparato especializado, cuya existencia y necesidad se conoce a partir de las exigencias de las prácticas jurídicas, a saber la policía y las prisiones, sino también el ejército, que interviene directamente como fuerza represiva de apoyo, cuando la policía y sus cuerpos auxiliares son “desbordados por los acontecimientos”, y, por encima de este conjunto, al Jefe de Estado, al Gobierno y la administración.

El aparato de Estado, que define a éste como fuerza de ejecución y de intervención represiva al servicio de las clases dominantes, en la lucha de clases librada por la burguesía y sus aliados contra el proletariado, es realmente el Estado y define perfectamente su “función fundamental”.

El Estado (y su existencia dentro de su aparato) sólo tiene sentido en función del poder de Estado. Toda la lucha política de las clases gira alrededor de la posesión, es decir, de la toma y la conservación del poder de Estado por cierta clase o por una alianza de clases o de fracciones de clases.

Se sabe que el aparato de Estado puede seguir en pie, como lo prueban las “revoluciones” de los distintos países, los golpes de estado, las conmociones de estado, el ascenso político de la pequeña burguesía, etc., sin que el aparato de Estado fuera afectado o modificado: puede seguir en pie bajo acontecimientos políticos que afecten a la posesión del poder de Estado.

Para resumir este aspecto de la “teoría marxista del Estado” podemos decir que los clásicos del marxismo siempre han afirmado que: **a)** el Estado es el aparato represivo de Estado; **b)** se debe distinguir entre el poder de Estado y el aparato de Estado; **c)** el objetivo de la lucha de clases concierne al poder de Estado y, en consecuencia, a la utilización del aparato de Estado por las clases (o alianza de clases o fracciones de clases) que tienen el poder de Estado en función de sus objetivos de clase y **d)** el proletariado debe tomar el poder de Estado para destruir el aparato burgués existente, reemplazarlo en una primera etapa por un aparato de Estado completamente diferente, proletario, y elaborar en las etapas posteriores un proceso radical, el de la destrucción del Estado (fin del poder de Estado y de todo aparato de Estado).

### **2.2.1 Los aparatos ideológicos del Estado**

Se designa como Aparatos Ideológicos de Estado (AIE), a cierto número de realidades que se presentan bajo la forma de instituciones distintas y especializadas: escolar, familiar, jurídico, político, sindical, de información, cultural, etc.



Es preciso recordar que en la teoría marxista el Aparato de Estado (AE) comprende: el gobierno, la administración, el ejército, la policía, los tribunales, las prisiones, etc., que constituyen lo que se denomina el aparato represivo de Estado.

La diferencia entre el AIE y el aparato (represivo) de Estado, es que el aparato represivo de Estado “funciona mediante la violencia”, en tanto que los AIE funcionan mediante la ideología.

Todo aparato de Estado, sea represivo o ideológico “funciona” a la vez mediante la violencia y la ideología, pero con una diferencia muy importante que impide confundir los AIE con el aparato (represivo) de Estado. Consiste en que el aparato (represivo) de Estado, por su cuenta, funciona masivamente con la represión (incluso física), como forma predominante, y sólo secundariamente con la ideología. No existen aparatos puramente represivos.

De la misma manera, pero a la inversa, los AIE funcionan masivamente con la ideología como forma predominante pero utilizan secundariamente, y en situaciones límite, una represión muy atenuada, disimulada, es decir simbólica. No existe un aparato puramente ideológico.

Así la escuela y las iglesias “adiestran” con métodos apropiados no solo a sus oficiantes sino a su grey. También la familia, también el AIE cultural, la censura por mencionar sólo una forma, etc.

¿Pero, cuál es exactamente la medida del rol de los aparatos ideológicos de Estado? ¿Cuál puede ser el fundamento de su importancia? En otras palabras, ¿a qué corresponde la “función” de esos aparatos ideológicos de Estado, que no funcionan con la represión sino con la ideología?

Para Althusser (1984), el aparato ideológico de Estado que ha sido colocado en posición dominante en las formaciones capitalistas maduras, como resultado de una violenta lucha de clase política e ideológica contra el antiguo aparato ideológico de Estado dominante, es el aparato ideológico escolar.

El aparato escolar toma a su cargo a los niños de todas las clases sociales desde el jardín de infantes, y desde ésta les inculcaron viejos y nuevos métodos, durante muchos años, precisamente aquellos en los que el niño, atrapado entre el aparato del Estado-familia y el aparato Estado-escuela, es mas vulnerable; “habilidades” recubiertas por la ideología dominante (el idioma, el cálculo, la historia natural, las ciencias, la literatura) o, mas directamente, la ideología dominante en estado puro (moral, instrucción cívica, filosofía).

Cada grupo ésta prácticamente provisto de la ideología que conviene al rol que debe cumplir en la sociedad de clases: rol de explotado, rol de agente de explotación, de agentes de la represión, o de profesionales de la ideología que saben tratar a las conciencias con el respeto, es decir el desprecio, el chantaje, la demagogia convenientes adaptados a los acentos de la Moral, la Virtud, la Trascendencia, etc.

Muchas de esas virtudes contrastadas (modestia, resignación, altivez, grandeza) se enseñan también en la familia, la iglesia, el ejército, en los buenos libros, en los filmes y hasta en los estadios. Pero ningún aparato ideológico de estado dispone durante tantos años de la audiencia obligatoria 5 a 6 días sobre 7 a razón de 8 horas diarias, de formación social capitalista.

Ahora bien, con el aprendizaje de algunas habilidades recubiertas en la inculcación masiva de la ideología de la clase dominante, se reproduce gran parte de las relaciones de producción de una formación social capitalista, es decir, las relaciones de explotados a explotadores y de explotadores a explotados.

Los mecanismos que reproducen este resultado vital para el régimen capitalista están recubiertos y disimulados por una ideología de la escuela universalmente reinante, pues ésta es una de las formas esenciales de la ideología burguesa dominante: una ideología que representa a la escuela como un medio neutro, desprovisto de ideología (puesto que es laico) en el que maestros respetuosos de la “conciencia” y la “libertad” de los niños que le son confiados por sus padres (propietarios de sus hijos) los encaminan hacia la libertad, la moralidad y la responsabilidad de adultos mediante su propio ejemplo, los conocimientos, la literatura y sus virtudes “liberadoras”.

En realidad, la iglesia es reemplazada hoy por la escuela en su rol de aparato ideológico de estado dominante. Está combinada con la familia como antes lo estuvo la iglesia. Se puede afirmar entonces que la crisis, de una profundidad sin precedentes, que en el mundo sacude el sistema escolar en tantos Estados, a menudo paralela a la crisis que conmueve al sistema familiar, tiene un sentido político si se considera que la escuela constituye el aparato ideológico de Estado dominante. Aparato que desempeña un rol determinante en la reproducción de las relaciones de producción de un modo de producción amenazado en su existencia por la lucha de clases mundial.

### **2.3 ¿Qué es el Poder?**

En la teoría del poder el concepto es uno de los más controvertidos, y se convierten en un problema en cuanto Marx, Engels, Lenin y Gramsci no produjeron teóricamente un concepto como tal.

El concepto de poder tiene como lugar de constitución *el campo de las prácticas de clase* (Poulantzas, 1978). Siempre que Marx o Engels se refieren a los conceptos de

poder o de autoridad, así como a los conceptos afines, como el de dominio, etc., los sitúan en el campo de las relaciones de clase: el caso es aún más claro en Lenin, para quien el campo de la “acción de las fuerzas sociales”, de las “relaciones de fuerza” o de las relaciones de poder, está circunscrito como campo de la lucha de clases.

En efecto, las relaciones de las clases son relaciones de poder. Los conceptos de clase y de poder son afines, en la medida en que tienen como lugar de constitución el campo circunscrito por las relaciones sociales.

Es preciso resaltar que las relaciones de clase no son la base de las relaciones de poder, así como las relaciones de poder no lo son de las relaciones de clase. El concepto de poder indica los efectos de la estructura sobre las relaciones conflictivas de las prácticas de las diversas clases en “lucha”; es decir, el poder no está situado en los niveles de las estructuras, es un efecto del conjunto de esos niveles, y, sin embargo, caracteriza a cada uno de los niveles de la lucha de clase.

El concepto de poder no puede aplicarse a un nivel de la estructura: cuando se habla, por ejemplo, de *poder del Estado*, no puede indicarse con eso el modo de articulación y de intervención del Estado en otros niveles de la estructura, sino el poder de una clase determinada a cuyos intereses corresponde el Estado, sobre otras clases sociales.

Las relaciones de clase son *relaciones de poder*, y éstas parecerían fundadas sobre las relaciones de producción consideradas directamente como relaciones de poder. Esto quiere decir que las relaciones de producción son el fundamento exclusivo de las clases sociales, y que los otros niveles de la lucha de clases, por ejemplo el poder político o el poder ideológico, no son más que el simple fenómeno de lo económico.

En consecuencia, las relaciones de producción, como caso especial de las relaciones de poder, no se percibirían como formas de combinación entre agentes de producción y medios de producción, sino como relaciones de poder entre “capitalistas”, que imponen, por un “control” exclusivo de esos medios, sus “decisiones” a los “obreros”, tanto en el marco de cada unidad de producción como a escala nacional.

Puede intentarse, partiendo de estas observaciones, proponer un concepto de poder, por lo cual se designará por poder: *la capacidad de una clase social para realizar sus intereses objetivos específicos* (Poulantzas, 1978).

Por lo tanto, el poder se sitúa en las diversas prácticas de clase, en la medida en que existen intereses de clase concernientes a lo económico, lo político y lo ideológico. De tal manera que las relaciones de poder son determinadas, en última instancia, por el poder económico.

### **2.3.1 El poder ideológico y el poder político**

Decía Marx que aún un niño sabe que una formación social que no reproduzca las condiciones de producción al mismo tiempo que produce, no sobrevivirá siquiera un año (Marx, 1868). Por lo tanto, la condición final de la producción es la reproducción de las condiciones de producción.

¿Qué es pues la reproducción de los medios de producción? Cualquier economista sabe que todos los años es necesario prever la reposición de lo que se agota o gasta en la producción: materia prima, instalaciones fijas (edificios), instrumentos de producción (máquinas), etc.

Se dice: *un economista cualquiera = un capitalista cualquiera*, en cuanto ambos expresan el punto de vista de la empresa y se contentan con comentar los términos de la práctica contable de la empresa. Pero sabemos, según los estudios de Marx, que la reproducción de las condiciones materiales de la producción no puede ser pensada a nivel de la empresa, pues no es allí donde se da en sus condiciones reales, ya que aquí sólo es un efecto que da la idea de la necesidad de la reproducción de los medios materiales pero que no permite pensar las condiciones y los mecanismos de la misma.

Basta reflexionar un instante: el señor X, capitalista, que produce telas de lana en su hilandería, debe “reproducir” su materia prima, sus máquinas, etc., pero quien las produce para su producción no es él sino otros capitalistas: el señor Y, un criador de ovejas, y el señor Z, un industrial metalúrgico, productor de máquinas y herramientas, quienes, para producir esos productos que condicionan la reproducción de las condiciones de producción del señor X, deben a su vez reproducir las condiciones de su propia producción, y así hasta el infinito: todo ello en tales proporciones que en el mercado nacional pueda ser satisfecha por la oferta.

Si bien la observación de lo que sucede en la empresa, especialmente el examen de la práctica financiera contable de las previsiones de amortización-inversión, podría darnos una idea aproximada de la existencia del proceso material de la reproducción, se ingresa ahora en un terreno en el cual la observación de lo que pasa en la empresa es casi enteramente ineficaz, y esto por una sencilla razón: la reproducción de la fuerza de trabajo se opera, en lo esencial, fuera de la empresa.

¿Cómo se asegura la reproducción de la fuerza de trabajo? Dándole a la fuerza de trabajo el medio material para que se reproduzca: el salario. El salario figura en la contabilidad de la empresa, pero no como condición de la reproducción material de la fuerza de trabajo, sino como *capital de mano de obra* (Marx, 1987, pág. 141).

Recordemos que el valor (el salario) necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo no está determinado solamente por las necesidades de un salario mínimo “biológico”, sino también por las necesidades de un mínimo histórico (Marx señalaba que los obreros ingleses necesitaban cerveza y los franceses vino) y, por lo tanto, históricamente variable.

Sin embargo, no es suficiente con asegurar a la fuerza de trabajo las condiciones materiales de su reproducción para que se reproduzca como tal, sino, que la fuerza de trabajo disponible debe también ser “competente”, es decir, apta para ser utilizada en el sistema del proceso de producción. El desarrollo de las fuerzas productivas determina que la fuerza de trabajo, en cierto momento, debe ser calificada y, por lo tanto, reproducida como tal según las exigencias de la división social técnica del trabajo en sus distintos empleos.

La pregunta es ¿cómo se asegura esta reproducción de la calificación de la fuerza de trabajo en el régimen capitalista? Por medio del sistema educativo capitalista y de otras instancias e instituciones. En la escuela se aprende a leer, escribir, contar, es decir, algunas técnicas y elementos de cultura científica aplicables a los puestos de la producción; en otras palabras, en la escuela se aprenden “habilidades”.

Pero al mismo tiempo, y junto a esas habilidades, en la escuela se aprenden *reglas* del buen uso, es decir, de las conveniencias que debe observar todo agente de la división del trabajo según el puesto que ocupe su obrero. Son reglas del orden establecido por la dominación de clase (futuros capitalistas y sus servidores) para saber “dar órdenes” o “saber dirigirse” a sus obreros.

En otros términos, la reproducción de la fuerza de trabajo no solo exige una reproducción de su calificación sino, al mismo tiempo, la reproducción de su sumisión a las reglas del orden establecido, es decir, una reproducción de su sumisión a la ideología dominante por parte de los obreros y una reproducción de la

capacidad de buen manejo de la ideología dominante por parte de los agentes de explotación y de la represión, a fin de que aseguren también “por la palabra” el predominio de la clase dominante.

En definitiva, la escuela enseña “habilidades” bajo formas que aseguran el sometimiento a la ideología dominante o el dominio de su ‘práctica’. Todos los agentes de la producción, de la explotación y de la represión, deben estar “compenetrados” con esta ideología para cumplir “concienzudamente” con sus tareas, sea de explotados (los proletarios), de explotadores (los capitalistas), etc.

La condición de la reproducción de la fuerza de trabajo no solo radica en la reproducción de su calificación, sino también, en la reproducción de su sometimiento a la ideología dominante, o de la ‘práctica’ de esta ideología; pues la reproducción de la calificación de la fuerza de trabajo se asegura en y bajo las formas de sometimiento ideológico, con lo que se reconoce la presencia eficaz de una nueva realidad: la ideología.

El poder ideológico es la capacidad de un grupo o clase o clases sociales para producir representaciones y valores socialmente legitimados. Lo específico del poder ideológico consiste en la sistémica capacidad de un grupo para proyectar, introyectar e imponer formas-contenidos de pensamiento y valoración propios de una determinada etapa del desarrollo histórico y propios de una determinada clase social de esa etapa del desarrollo como si fuesen formas-representaciones y formas valores necesarios, universalmente válidos y útiles o beneficiosos para los hombres o para el Hombre (Gallardo, 1992, pág. 63).

La capacidad ideológica no puede concretarse sino mediante sistemas y mecanismos de comunicación y el ‘efecto’ de comunicación descansa, en último término, en los receptores que luchan por la libertad, la justicia o la dignidad del ser humano. Básicamente esto quiere decir que la práctica y el discurso ideológicos exigen



“públicos” pre-formados para alcanzar su mayor efectividad. Se puede decir que este es el contexto de la lucha ideológica, función de la reproducción o de la cancelación de un determinado sistema de vida.

El poder ideológico es, por tanto, la capacidad de un grupo o clase social para tornar su sensibilidad de grupo en la sensibilidad de la mayoría social de modo que se haga posible la movilización política. Éste es el corazón del problema de la *hegemonía*.

Para nuestras sociedades de clases, las clases o fracciones de clases que detentan el poder económico y el poder ideológico ejercen un *efecto de dominación* sobre el resto de la sociedad, es decir establecen una dinámica asimétrica entre su grupo, el dominante, y los grupos dominados, entre su grupo, el explotador y las clases, capas y categorías explotadas de la población, o sea del pueblo.

El *eje de dominación* posee raíces económicas (medios de producción) y una configuración ideológica (regulación de la educación y la enseñanza). Interesa, ahora, determinar las características del poder político al interior de este sistema de dominación.

El poder político consiste en la capacidad de un grupo o clase social para movilizar fuerzas sociales o desmovilizarlas y neutralizarlas en términos de sus intereses de grupo o de clase. El campo de la política está constituido por las acciones y desplazamientos conflictivos entre fuerzas sociales. Llamamos “fuerza social” a una clase o fracción de clase, capa o categoría social que se activa políticamente, que se propone metas políticas y se organiza para alcanzar esas metas.

### **2.3.2 Estudio de caso sobre el poder político:**

#### **La rebelión de los forajidos (Merino, 2005)**

El hartazgo, la frustración y el desencanto, se enfrentan a la búsqueda incesante, conflictiva de nuevas formas de convivencia social y política. Detrás de la inestabilidad, una constante. Se trata, en efecto, de la política en las calles, de las movilizaciones que han precedido a cada destitución y que sirvieron para legitimar los relevos presidenciales.

Los movimientos sociales, en este sentido construyen estrategias como entiende (De Certeau, 1999), organizadas por principios de poder.

El comienzo del fin del Gobierno de Lucio Gutiérrez se inició un lunes 31 de agosto del 2004, a medianoche, en el noveno piso del Hotel Cesar Park, en Panamá. Luego de la reunión que sostuvo Gutiérrez con Abdalá Bucaram, éste último celebraría lo que fue el pacto para su retorno al Ecuador, a través de la llamada ‘Pichicorte’, y el detonante para la caída del periodo gutierrista.

El miércoles 13 de abril de 2005 comenzó un paro de 24 horas en contra del régimen de Gutiérrez en Pichincha, Chimborazo y Azuay, que incluyó el cierre de las principales carreteras. A través de los micrófonos abiertos de Radio La Luna, los ciudadanos se autoconvocaron para desafiar las declaraciones autoritarias del Gobierno de Gutiérrez, en el sentido de que el paro provincial de Pichincha aquel 13 de abril había fracasado.

Frente a dicha la movilización, Gutiérrez previó todos los factores de poder menos uno: el pueblo. Ya nadie se acuerda exactamente quién lanzó la idea: “hagamos un cacerolazo” (Hoy, 2005). Eran las 19:00, y en dos horas, vía

celular y por esa radio, se organizó una marcha espontánea en la avenida De los Shyris, al norte de Quito, que congregó alrededor de 5 000 personas.

El director de Radio La Luna, Paco Velasco, explica que había una sensación de fracaso en la ciudadanía, como al filo de la derrota. Según Velasco, la gente decía “siempre pasa lo mismo, no pasa nada. Hasta Lucio se ufana de que el paro fue un fracaso y cuando llegó esa llamada, nos contagiamos y se produjo la convocatoria” (Velasco, 2005).

Velasco reconoce que “todos los medios tienen un poder precioso, oculto, misterioso, escondido”. Pone el ejemplo de los mensajes por celular cuando el 11 Marzo tumbó a José Aznar en Madrid - España. “La radio descubre ese poder, pero que no está en la frecuencia ni en los transmisores. Solo tiene sentido cuando está en la gente y descubre que las herramientas tienen que ponerse a su servicio y se produce la convocatoria colectiva”, explica.

Con el paso de los días, el pedido inicial de la remoción de los magistrados de la Corte Suprema se fue convirtiendo, en las calles del Ecuador, en el grito uniforme de “fuera, Lucio”.

A más de tomarse los espacios donde está el poder, las muchedumbres atacaron las instituciones que reflejaron la politiquería de la época de Gutiérrez. Es así que se rompieron los vidrios de los edificios donde sesionó el entonces Congreso, se atacaron y golpearon a algunos diputados y, sobre todo, se quemó el Ministerio de Bienestar Social. Este se convirtió en el símbolo de lo que María Paula Romo, de Ruptura 25, llamó las afrentas de Gutiérrez y de sus colaboradores.

El uso de los bienes públicos para las políticas de patronazgo y clientelares del Gobierno transformó al Ministro de Bienestar Social en el mayor símbolo del gutierrismo. Se utilizó el fuego para erradicar lo que muchos vieron como la podredumbre del Ministerio y del régimen, para, a la vez, purificarlo, por lo que la gente respondió eufórica cuando un ciudadano destrozó un retrato del presidente Gutiérrez a la vista de todos.

Durante estos episodios se activaron las formas de protesta que la gente normalmente utiliza. Los pitazos, por ejemplo, sirvieron para que la gente empezara a manifestar su repudio al autoritarismo de Gutiérrez frente a la Corte Suprema, o para que las Ciudadanas por la Democracia protestaran frente a la Cancillería.

A través de Radio La Luna se organizó la resistencia de Quito para cerrar el paso a los autobuses que venían para defender al Gobierno. Pero estas formas pacíficas fueron desbordadas tanto por el afán de llegar al militarizado Palacio de Gobierno, como por las piedras de los estudiantes que provocaron en muchos casos la lluvia desmedida de gases lacrimógenos.

Otras formas novedosas y pacíficas fueron articuladas a través de las llamadas telefónicas a la línea abierta de la mencionada radio. Esta emisora se transformó en el centro desde donde personas comunes y corrientes propusieron formas ingeniosas de resistencia al Gobierno, tales como los “cacerolazos”, el “tablazo” y el “mochilazo”.

La rabia y la torpeza política del primer mandatario también contribuyeron a que las manifestaciones en su contra encontraran cada vez más adeptos. Luego de que un grupo de personas fueran a su residencia privada la noche del 13 de abril, el presidente perdió la cabeza y los insultó y descalificó como “oligarcas” y “forajidos”.

Esta palabra marcó el inicio del fin del presidente, pues cada vez más sectores se autocalificaron como forajidos en las protestas nocturnas, y las líneas de Radio la Luna fueron copadas por las llamadas y las visitas de “forajidos” que daban su nombre y cédula de identidad para sumarse al rechazo al Gobierno.

Es así que la segunda fase de las protestas que arrancaron el 13 de abril y culminaron con la caída de Gutiérrez fue calificada por muchos de los partícipes y por los medios como: la rebelión de los forajidos.

Elementos del análisis y comprensión de lo político y la política aparecen aquí claramente identificados, en especial la distinción entre objetivo estratégico (la toma del poder, es decir la destrucción del sistema de dominación imperante) y objetivos y prácticas *tácticas* realizadas en función del objetivo estratégico y que constituye el lugar de inserción de la organización con la realidad de su pueblo, el punto de partida de acumulación de fuerzas.

En último término, el poder político consiste en la capacidad de *usar la fuerza*, la violencia, en contra de la acumulación y movilización de fuerzas que se consideran rivales o antagónicas. Este uso de la fuerza se considera *legal o legítimo* en cuanto los grupos de que ejercen esta violencia lo hacen tras un proceso mediante el cual han *monopolizado* la posesión y el uso de los medios con los cuales es posible ejercer la coacción física.

El poder político es, en su instancia decisiva, la capacidad de un grupo o clase social para monopolizar “legítimamente” el uso de la fuerza y recurrir, en última instancia, a este monopolio para asegurar la continuidad de su proyecto político.

Sintetizando, el examen de la noción de *poder social* nos permite esbozar el siguiente esquema:

**TABLA 1. Eje de dominación y Poder Social**

---

<b>PODER SOCIAL</b>	
<b>CAPACIDAD</b>	<b>PROCEDIMIENTO</b>
Poder Económico	Concentración y monopolio de medios de producción.
Poder Político	Monopolio del uso de la fuerza
Poder Ideológico	Monopolio de la producción cultural

*sistema de dominación*

---

**Fuente:** ACOSTA, L., *Penetración Cultural del imperialismo*, 1976.

Estamos en presencia del *ejede dominación* de una sociedad dada, eje que en última instancia se centra en la capacidad de los grupos o clases sociales para emplear la violencia legal en contra de sus adversarios potenciales o reales. Desde el punto de vista de la dominación, es decir de las relaciones de asimetría, el esquema se presenta así:

**TABLA 2. Eje de dominación**

<u><i>Dominación</i></u>	<u><i>Asimetrías</i></u>
<div style="display: flex; align-items: center;"> <div style="margin-right: 10px;"> ↑ ↓ </div> <div> <p>Económica: explotadores<sup>+</sup> ricos<sup>+</sup> economías centrales<sup>+</sup></p> <p>Política: gobernantes<sup>+</sup> dirigentes<sup>+</sup> fuertes<sup>+</sup> Estados Centrales<sup>+</sup></p> <p>Ideología: sabios<sup>+</sup> emisores<sup>+</sup> élite<sup>+</sup> culturas centrales<sup>+</sup></p> </div> </div>	<div> <p>↔ explotados<sup>-</sup> ↔ pobres<sup>-</sup> ↔ economías dependientes<sup>-</sup></p> <p>↔ gobernados<sup>-</sup> ↔ dirigidos<sup>-</sup> ↔ débiles<sup>-</sup> ↔ Estados Dependientes<sup>-</sup></p> <p>↔ ignorantes<sup>-</sup> ↔ receptores<sup>-</sup> ↔ masa<sup>-</sup> ↔ culturas dependientes<sup>-</sup></p> </div>
<div style="display: flex; justify-content: space-around; align-items: center;"> <div> <p><b>superiores</b></p> </div> <div> <p>↔</p> </div> <div> <p><b>inferiores</b></p> </div> </div>	

**Fuente:** ACOSTA, L., *Penetración Cultural del imperialismo*, 1976.

Cuando decimos en América Latina que el pueblo se moviliza o debe movilizarse para eliminar toda asimetría y ser sujeto de su historia, lo decimos refiriéndonos a este eje de dominación; la activación, organización y movilización del pueblo comprende, por tanto, luchas económicas, sociales, nacionales, culturales, étnicas, sexo-genéricas, etc., articuladas respecto de metas políticas que conduzcan a la conquista del poder político por y para la mayoría social.

En las sociedades del capitalismo dependiente esto implica que el pueblo se activa, organiza y moviliza tras metas nacionales (entendidas como integración), democráticas (entendidas como participación) y socialistas (entendidas como la liquidación de la explotación del trabajo humano). Estas metas definen

históricamente las fuerzas rivales: el pueblo se moviliza tras metas antiimperialistas, antioligárquicas y antiburguesas.

Resumiendo las características asignadas al poder social, lo que determina el sentido final del enfrentamiento político en las sociedades latinoamericanas (y, desde luego, el sentido o *su* sentido del orden y de la autoridad) es la opción por el interés de vida de las minorías, que se ejerce contra las mayorías, o el interés de vida de las mayorías, o sea del pueblo, que se ejerce o deberá ejercerse en beneficio de todos (Gallardo, 1992, pág. 82).

#### **2.4. Las organizaciones políticas**

Si se considera a los partidos políticos desde el ángulo de las funciones que deben asumir en el seno del sistema político, las “exigencias funcionales” como lo ha mostrado Lavau (1969), son múltiples. Pues en las democracias de tipo liberal, el partido asegura tradicionalmente la representación de una sociedad en el seno de la cual el dominio político se halla restringido y la participación de los ciudadanos es débil.

Estos partidos de representación, retomando una clasificación de Sigmund Neuman (1956, pág. 43), cuya “función esencial consiste en la selección de representantes que, una vez elegidos, son provistos de un *cheque en blanco* y no son responsables a todos los respectos más que ante su propia conciencia”, no pueden ya desempeñar este rol en los “regímenes políticos de participación”.

A estos partidos que funcionan con eclipses, los substituyen otros partidos que asumen mejor la función de comunicación o de vínculo entre los gobernantes y los gobernados. Por tanto, parece necesario precisar en qué medida los partidos políticos constituyen medios de comunicación en el interior del sistema político.



Esta comunicación mediante los partidos políticos depende de su lugar con relación al ejercicio del poder político, y del número de partidos en el seno del sistema.

El partido o los partidos que detentan el poder constituyen el soporte ideal para justificar el conjunto de las decisiones dispuestas por los gobernantes. Estos últimos, si no se esfuerzan en mantener o mejorar sus posiciones, son rechazados fuera del sistema. A través de su red de intercomunicaciones territoriales, el partido que detenta el poder refuerza la difusión de la información ya efectuada por los *media*.

A esa función “justificante” del partido mayoritario, se opone la función de “reivindicación” de los partidos de la oposición. Se invierte el sentido de intercambio, que iba de la cúspide a la base; la información se dirige ahora desde la base media hacia la cúspide. El partido o los partidos de oposición sirven de vehículo a las necesidades de una gran parte de la sociedad, aquella que rechaza las decisiones que le son impuestas.

El número de los partidos, considerado siempre desde el ángulo de la comunicación, afecta el funcionamiento del sistema político en su totalidad. Así, en los regímenes de partido único, este último puede constituir a veces el medio de comunicación exclusivo entre los gobernantes y los gobernados (Neuman, 1956).

Teóricamente, tal como sucede en el caso de los partidos comunistas, el intercambio debe efectuarse con un doble sentido, pero el aspecto de justificación se impone sobre las posibilidades de oposición. Éste no es el caso de los partidos únicos en los países en vía de desarrollo.

En efecto, estos partidos sin una estructura afirmada constituyen un inesperado receptáculo para el lenguaje hablado, forma de comunicación que puede ser rudimentaria, pero es indiscutible. Se asiste entonces a un intercambio auténtico, tanto para justificar como para oponerse a una decisión. Pero la presión del tiempo es casi ignorada. Así como los regímenes democráticos de tipo tradicional constituyen un lujo que los países llamados subdesarrollados no pueden permitirse, la palabra hablada implica una pérdida de tiempo que los países industrializados no pueden pagarse.

El multipartidismo conlleva una heterogeneidad muy grande de puntos de vista dentro de la óptica de la justificación política y tiene por consecuencia una difícil aceptación de las decisiones propuestas; en sentido inverso, la pluralidad de partidos, por su falta de cohesión, dificulta -aquí también por falta de cohesión- la multiplicidad de las necesidades que desearían expresarse.

Solamente el sistema bipartidario, integrado por el dúo mayoría-oposición, parece el más apto para asegurar una verdadera función de comunicación, la cual es condición de un intercambio auténtico y de un funcionamiento satisfactorio del sistema político. Así se explica también que surjan esos partidos de unificación que representan a un tiempo a todos y a nadie, pero cuya preocupación por comunicar, unida a una voluntad de participar, asegurará quizás un porvenir nuevo de partidos.

## **2.5 Las organizaciones no políticas**

Por su parte, Merton (1985) ha demostrado, en el caso del sistema político norteamericano, que la estructura política oficial conduce a numerosas disfunciones; estas últimas son compensadas mediante la existencia de una estructura paralela que asume entonces las funciones faltantes. En cambio, se puede retener la idea de que los grupos de presión, organizaciones no políticas, cumplen un proceso de comunicación política.

Lester Milbrath cita el caso de un miembro del congreso que define la actividad de las antecámaras parlamentarias “como la suma de todas las influencias ejercidas sobre el legislador con referencia a la confección de las leyes”. Y agrega:

“Habiendo sido desde hace 36 años blanco de estos mensajes, los considero como el movimiento vital del proceso democrático y la condición *sine qua non* de toda legislación eficaz. Es verdad que estos mensajes nos llegan bajo todas las formas posibles e imaginables [...]. Pero creo que para nosotros la diferencia entre la buena y la mala actividad de las antecámaras parlamentarias no reside en el hecho de que los fines de la persuasión sean personales o altruistas, liberales o conservadores, favorables al trabajo o al capital, sino simplemente en que el mensaje transmitido sea inteligible, exacto, instructivo o confuso, engañoso y oscuro” (Milbrath, 1963).

Esta larga cita ilustra el lugar que ocupan los grupos de presión como medios de comunicación. Por razones diversas -dispersión del poder político, heterogeneidad de intereses de la sociedad, disfunciones de los partidos-, las organizaciones no políticas aseguran la relación entre uno u otro grupo cualquiera y los gobernantes. Así considerados, desde el ángulo de la comunicación, los grupos de presión no sufren el oprobio público.

A partir de este punto de vista, la cuestión no se formula en términos de representación: ¿a qué intereses más o menos ocultos representa el grupo de presión, y de qué manera puede concurrir al interés general? Más simplemente, el grupo de presión se ve llevado a formular las necesidades de tal o cual grupo de la sociedad, cuya situación no es confortable y que parece dejado de lado por las instancias tradicionales.

El rol del grupo de presión consiste entonces en informar a los gobernantes y a la opinión, con el fin de que se encuentre una solución satisfactoria para todos. Así los grupos de presión sustituyen a los partidos políticos cuando éstos son deficientes en sus funciones de comunicación. Al igual que los partidos, revelan ser medios de comunicación eficaces dentro del sistema político.

Por otro lado, la comunicación política tiene efectos sobre la sociedad y sobre el funcionamiento de las entidades del Estado; el cual, a partir de la década de los ochenta comenzó a evidenciar síntomas de decadencia. El mundo empezó a transitar por un proceso ininterrumpido de cambios profundos.

El surgimiento de una economía global postindustrial basada en el conocimiento, como la de los noventa, evidencia una enorme presión competitiva sobre las instituciones que deben adaptarse rápidamente a las nuevas pautas organizativas de fines de siglo. El Estado no escapa a estas necesidades de transformación.

La crítica al modelo de bienestar social surgió a partir de un movimiento neoliberal de creciente influencia. Esa tendencia conduce a un rediseño del Estado: no es el Estado de Derecho Liberal o “gendarme” del siglo XIX ni tampoco la mera continuación del Estado de Bienestar Social. Se plantea una nueva división del trabajo entre las funciones del Estado y de la sociedad. Su proceso de interpenetración comienza gradualmente a retroceder, separándose nuevamente la esfera de lo estatal de la esfera de lo social.

En esta nueva concepción, el Estado ha sido denominado de distintas formas, por lo que bien podría denominarse *Estado timón*, ya que el objetivo es llevar el timón antes que remar, dejando que otros remen (Osborne & Gaebler, 1996). Esta nueva concepción, que se está imponiendo a escala global, con diferentes matices según las características particulares de cada caso, permite al Gobierno concentrarse en la toma de decisión y en la dirección, y no en las tareas operativas.

Un cambio de tal magnitud, lleva necesariamente a replantear una serie de cuestiones que se van actualizando desde el origen mismo de la institución estatal. Entre ellas se destaca la cuestión de los límites cambiantes entre la esfera pública y la esfera privada, así como la relación entre el poder regulador del Estado y el ámbito de la libertad individual, que cobra nuevamente preponderancia.

Estos cambios se hacen visibles inmediatamente en el campo de la comunicación política, que vuelve a reasumir a un papel fundamental de mediación entre ambas esferas.

Al mismo tiempo, el desarrollo de cambios tecnológicos también impactan profundamente en el ámbito de la comunicación política: el desarrollo de los medios de comunicación y la revisión del concepto de opinión pública por el perfeccionamiento de las investigaciones de sondeo.

Las causas que han contribuido a este cambio de orientación de los medios de comunicación pueden resumirse de la siguiente manera: en primer lugar, las transformaciones sufridas en el sistema comunicativo, consolidando la televisión como el medio de comunicación preponderante. En segundo lugar las transformaciones sufridas en el sistema político y en la población, afectando a las relaciones de comunicación política entre gobernantes y gobernados. Los medios se han convertido en un actor influyente de manera decisiva en el sistema político como en el cuerpo de ciudadanos.

El resultado de esta escenificación mediática de la comunicación política es que la pantalla deja de ser instrumento de difusión del contenido de debates ocurridos en otros ámbitos, para pasar a ser el lugar mismo donde ocurren. Más aún, el sistema político se observa a sí mismo reflejado en los medios.

La presencia en la pantalla no es la única manifestación de poder, pero es una prima de creciente trascendencia. Disponer de la misma presupone tener capacidad de escenificación política, y por ende capacidad de Comunicación Política.

El problema se plantea cuando comienza a desdibujarse la noción de que los medios y la política son ámbitos que funcionan siguiendo lógicas diferentes. Este punto es fundamental porque hace referencia, en última instancia, a los principios de legitimidad diferentes que los sustentan: la elección para los políticos y la información para los periodistas.

Es necesaria, para el “Estado timón”, una política democrática que se extienda más allá de una faz mediática; hace falta además demostrar conducción política interna y externa, coraje para abrir nuevos caminos, firmeza en las decisiones, aún cuando éstas sean contrarias a la opinión pública en los medios.

A pesar de que nadie cuestione la garantía de los procedimientos que proviene del Estado de Derecho, como aspecto esencial de todo orden constitucional, asistimos a un desplazamiento del centro de gravedad que se aleja de la política institucional y se aproxima a la esfera medial.

Sin duda, este engranaje político medial conduce a una pérdida de institucionalidad a favor de los medios, y es válido preguntarse si se está operando en la sociedad postindustrial un cambio en la noción misma de democracia.

Así, podemos ver que el tema de la Comunicación Política en la actualidad es una problemática correlativa a la crisis de la representación política. Los políticos se

ocupan cada vez más por su imagen y por la comunicación de sus mensajes, en la medida en que van perdiendo conexión directa con la ciudadanía.

La representatividad de los elegidos fue un elemento fundamental de la democracia moderna. Se apoyaba en la prioridad de los problemas sociales sobre las respuestas políticas. Sin embargo, los fundamentos mismos de la política representativa se hallan socavados.

Pero el fundamento más importante es el nuevo proceso de disociación entre el Estado y la sociedad civil, inaugurando en el siglo XVIII y concretado actualmente con la redefinición del rol del Estado y el afianzamiento de la sociedad civil como entidad independiente.

Es este nuevo marco, la comunicación política cobra nuevamente gran importancia como mediadora de la interacción entre Estado y sociedad, función que había perdido desde principios de siglo con la interpenetración de ambas esferas.

La importancia creciente de la Comunicación Política, como espacio de contactos entre demandas contradictorias, podría significar una realidad donde las demandas sociales son cada vez más independientes de la política, y los intereses del Estado frente a la competencia extranjera y los avances tecnológicos, son cada más la acción de estadísticas y dirigentes económicos que de políticos.

Entonces, se puede llegar a afirmar que lo propio de la democracia de fines de siglo XX es la debilidad de su clase política. La reapertura del espacio público, como resultado de la suma de personas privadas, supone el debilitamiento del lazo que une la opinión pública, con la gestión del Estado.

Inferimos, por consiguiente, que se asiste a una diferenciación creciente entre los diversos elementos de la vida pública: el Estado, el sistema político, la opinión pública y las demandas sociales segmentarias.

La importancia del tema de la Comunicación Política, a fines de este siglo, proviene del hecho de que manifiesta la desaparición de las ideologías políticas y la decadencia de la capacidad de representación del conjunto de la vida social por parte de los actores políticos tradicionales.

¿Se está operando en la sociedad postindustrial un cambio en la noción de democracia?, ¿estamos transitando de una democracia representativa, basada en el sistema de partidos, hacia una democracia focalizada cada vez más en los medios?

Aún sin poder hacer pronósticos detallados, es ciertamente indiscutible que en el marco de los cambios que sufre la sociedad, el actual procedimiento de ejercer la política se torna más sensible a la legitimación. Los sistemas democráticos dependen cada vez más de la comunicación, y por consiguiente, la política se vuelve más proclive a las escenificaciones mediáticas.

Esto no implica automáticamente una menor calidad democrática, como tampoco el proceso mediático constituye en sí mismo una enajenación del sistema democrático representativo.

La Comunicación Política, como espacio de resolución de los conflictos sociales entre los últimos actores: Estado, partidos políticos, medios de comunicación y opinión pública, implica transitar por el estrecho sendero que conduce entre la adecuada transmisión de la realidad y una realidad medial construida.



Por lo tanto, se requiere de la identidad diferenciada y fortalecida de cada uno de estos actores, sustentada en su principio de legitimidad respectiva, para la adecuada gestión de los medios como ámbito vital de la competencia política.

Tal vez sea prudente rescatar la propuesta que hace Alain Touraine (1995), de que no existe evolución general de la representación hacia la Comunicación Política o viceversa, sino una discontinuidad en los procesos de representación política y, por consiguiente, una alternancia entre formas de vida política dominadas por el tema de la representación y otras, dominadas por el tema de la comunicación.

Hemos pasado de la comunicación del poder al poder de la comunicación. Desde esa perspectiva, la Comunicación Política contribuye a construir el poder, permite que los gobernantes y los gobernados adquieran un contacto más próximo, que los medios de comunicación jueguen un rol protagónico y posibilita a la vez, una opinión pública consciente y participativa. La democracia directa es una tendencia de la realidad política de nuestros tiempos.

La construcción del poder y la consolidación de las democracias obligan a los candidatos y a los gobernantes a establecer una comunicación constante con la sociedad y a abandonar relaciones de tipo jerárquico o autoritario.

En las actuales circunstancias es evidente el agotamiento del modelo político democrático y su impacto sobre la estructura de poder dominante. Por otra parte, han emergido nuevos actores sociales y los partidos políticos experimentan la pérdida de sus puntos de anclaje, interlocución e interacción social.

Las viejas formas orgánicas de representación revelan una sensible brecha entre los ciudadanos y las instituciones políticas provocando la apertura de nuevos canales de participación ciudadana y la repotenciación de la Sociedad Civil, permitiendo que los

medios de comunicación se conviertan en un factor determinante en la estructuración del espacio público moderno.

Masificar el acceso a la información y a los procesos comunicacionales hace permeable la pluralidad de las opiniones, pero también propicia la democracia mediática que desplaza de su rol tradicional a los partidos políticos. La politización de la sociedad y la construcción de ciudadanía están influenciadas por la acción de los medios de comunicación, cuya incidencia es determinante en las instituciones, en los ciudadanos y en las formas de relacionarse con, desde y hacia el poder.

La revolución tecnológica ofrece inesperadas posibilidades a las democracias. Es factible tener sociedades mejor informadas, pero también puede contribuir a frivolizar o a trivializar la política y, en algunos casos, a desinformar o a subinformar.

La Comunicación Política implica el conocimiento y dominio de técnicas de investigación, de planificación, el diseño y ejecución de acciones estratégicas que tiene por objeto llegar de forma eficiente a los públicos; implica cambio y difusión eficiente de mensajes.

Entre las disciplinas de la ciencia de la comunicación, la comunicación política es, probablemente, una de las ramas más interesantes, controvertida y extremadamente rica en métodos y técnicas. La mayor ambición de la comunicación política es la de desentrañar, bajo control, el conjunto de conexiones que vinculan a los públicos con los candidatos y los planes de gobierno.

Estos objetivos son particularmente ambiciosos por muchas razones. Se trata, ante todo que los candidatos conozcan los mecanismos por los cuales pueden identificar

los requerimientos e intereses de los públicos, para luego ser capaces de presentar un plan o proyecto conforme a las necesidades de las comunidades.

## **2.6 Constitución de la resistencia social**

Las tendencias progresistas en auge en América Latina ofrecen una diversidad de esquemas de articulación entre las corrientes sociales y sus expresiones políticas, en el marco de un período de transición de nuestras sociedades y en donde reina la incertidumbre sobre el desenlace del neoliberalismo.

Viejos partidos populistas que se renuevan, partidos de izquierda que se socialdemocratizan y socialdemócratas que se liberalizan, gremios y corporaciones que se radicalizan ante la ausencia del Estado benefactor, masas pobres que se buscan resarcirse de los golpes del neoliberalismo y buscan incidir de cualquier manera en el escenario político, nuevas identidades étnicas y territoriales que surgen con fuerza y sectores medios e intelectuales, que se renuevan pero en condiciones de dispersión social y política, sin los viejos alineamientos ideológicos del pasado.

En Brasil, por ejemplo, el Partido de los Trabajadores ganó nuevamente las elecciones con Lula, contando con una base leal en una clase obrera “acomodada”, pero sobretudo con los votos de los pobres, especialmente del noreste brasileño y las barriadas, que con la política social de Lula mejoraron su situación con los bonos de la Pobreza y la “Bolsa Escolar”.

Sin embargo, los sectores sociales más radicales, los campesinos del MST, los intelectuales de izquierda y las organizaciones de base surgidas de la Iglesia y la educación popular, que aspiraban a un giro en la política económica, tienen hoy un comportamiento más o menos pragmático, expresando un apoyo crítico a Lula en las ultimas elecciones, con una postura que busca resistir el avance de la derecha.

Producto de este proceso el “modelo político brasileño” muestra una relación entre un partido político institucionalizado que gira en torno a un líder carismático, sindicatos que apoyan a cambio de ciertas prebendas y una miríada de sectores excluidos, que provienen tanto de los procesos de organización popular como de los grupos se cuelgan de los programas sociales del Estado para sobrevivir.

En Argentina Cristina Fernández de Kichner orientó al peronismo del Partido Justicialista (PJ) a posturas progresistas, desmarcándose de las posiciones neoliberales de Menem, consiguiendo una alta popularidad y proyectándose a la reelección en las elecciones del 2008.

Su gobierno maneja una política económica favorable al desarrollo del capital, confiado en los ingresos que le proveen las exportaciones de granos y carne, con una fuerte política social que se orienta a mejorar la educación y los programas sociales para los pobres, con ciertas actitudes de defensa de los derechos humanos, que le ha permitido conquistar a sectores de intelectuales y activistas de los movimientos sociales.

El modelo político y organizativo del PJ de Kichner tiene un esquema diferente al brasileño. En este caso el modelo argentino combina las estructuras del PJ y su tradicional influencia en gremios y corporaciones, con redes clientelares aceitadas en los recursos de los programas sociales y una alianza con grupos piqueteros que apoyan al régimen. Se trata de una “refundación” del populismo, en una transacción entre el viejo corporativismo y las redes clientelares, con apertura a las nuevas organizaciones surgidas de la crisis y la lucha por los derechos humanos.

En Bolivia se da un esquema diferente al de los anteriores. Allí la movilización indígena y popular constituye una “Arca de Noé” que es conducida por un MAS en

el gobierno, que mas que un partido sólido es un eje articulador de fuerzas sociales, campesinas e indígenas, con un gran protagonismo popular.

Allí la dinámica viene desde abajo, los pobres están organizados en base a una fuerte cohesión étnica y popular, y con una dirección política e intelectual que debe moverse en medio de las aguas turbulentas, buscando refundar el Estado, con banderas nacionalistas y antineoliberales.

En Venezuela la articulación en torno al liderazgo radical de Hugo Chávez y su movimiento político, expresan una doble dinámica, la una que viene desde arriba con el apoyo de las Fuerzas Armadas y el mesiánico comandante, y la otra que viene desde abajo con la organización creciente de los pobres.

Este proceso se ve favorecido por el control de los recursos petroleros del “Estado Mágico”, que se redistribuyen a través de sus programas sociales y las Misiones, reorientando la vieja institucionalidad al servicio de los pobres, dejando atrás el sistema en ruinas de los partidos anteriormente hegemónicos y la estructura corporativa que les sustentó.

Las formas político partidarias anteriores, que tendían una clara división de funciones entre políticos que actuaban en el parlamento y los gremios que luchaban en las calles, tienden a diluirse. Ahora se constituyen movimientos políticos contruidos en base a la movilización popular, en torno a líderes carismáticos con gran peso político. La característica central de estos movimientos es de carácter plebiscitario y participacionista, desbordando el molde de los partidos y la democracia representativa.

Y esta es precisamente otra de las características del proceso actual que surge en medio de un contexto de desprestigio de los partidos políticos. Dos décadas después

de la transición democrática en América Latina se hundió dicho sistema o se reconfiguró profundamente.

En el caso concreto del Ecuador el proceso se mueve en un contexto de transformación neoliberal y de inestabilidad política. Esta particularidad se debe a desacuerdos entre las elites dominantes y una fuerte resistencia de un arco de fuerzas heterogéneo que involucra a militares, movimientos ciudadanos e indígenas. A pesar de su poder contestatario, ese arco de fuerzas no logró constituir un movimiento democrático y nacionalista, como en los países anteriormente examinados.

Los sectores pobres de la población, jornaleros temporales, informales y marginados de las ciudades, sectores obreros y medios empobrecidos, hundidos en la lucha por la sobrevivencia se expresaron con movilizaciones espontáneas y coyunturales en diversos momentos mediante paros locales, luchas urbanas y participación eventual en los levantamientos.

De esta manera, los movimientos sociales en el Ecuador buscan constituirse en un espacio confrontativo al sistema hegemónico dominante, y alternativo en la construcción de una nueva propuesta política que democratice la sociedad y les permita participar de manera real.

En este contexto surgen nuevos actores sociales (jóvenes, mujeres, ecologistas y organizaciones indígenas), que sustentan su organización en elementos identitarios sectoriales que sin alejarse de las confrontaciones por transformar la estructura de la sociedad, establecen su ámbito de lucha a partir de la identidad.

La cultura así “es el nuevo dispositivo que promueve la resistencia” por los derechos al reconocimiento de las identidades grupales (Gómez, 2003). Pero el reconocimiento no se queda únicamente en la aceptación sino en la exigencia a

construir espacios de participación y a la búsqueda del reparto equitativo de la riqueza. Dentro de estos nuevos actores el movimiento indígena se convierte en el nuevo protagonista del proceso.

Los movimientos sociales se constituyen también a partir de exigencias materiales y exigencias de participación política expresadas en el campo de las relaciones sociales que a su vez, redefinen estos espacios.

Los movimientos sociales buscan mostrar que sus luchas están conformadas por gente pobre y marginal y su principal objetivo es la lucha por instituir un nuevo tipo de derechos con dignidad y una nueva forma de entender la ciudadanía, a partir de este proceso construyen o entretejen el nuevo sentido de lo cultural y la política.

Para los movimientos sociales la construcción de identidades nuevas y de resistencia es necesaria en la lucha política para transformar la sociedad. Los movimientos de jóvenes, organizaciones indígenas y de mujeres ponen en acción fuerzas culturales en su accionar contra los sectores dominantes. Estos actores populares se movilizan colectivamente a partir de conjuntos muy diferentes de significados e intereses pero, logran cohesionarlos en una propuesta política colectiva.

Estas acciones protagonizadas contra el modelo y las estructuras económicas predominantes, deben ser entendidas como acciones colectivas “la acción colectiva entendida como acción estratégica [...], y cálculos de intereses grupales, producidas en torno a específicas relaciones de poder” (Barrera, 2002).

Las acciones conjuntas de esta red de actores permiten el surgimiento de interacciones estratégicas cuyo sentido no debe detenerse en la conquista de intereses específicos, sino, que entre sus objetivos deben constar la construcción de nuevos códigos culturales y simbólicos que definen la identidad colectiva de los sujetos, al

interrelacionarse y crear propuestas colectivas, que implican al conjunto de la sociedad y dan el salto en la constitución de movimientos sociales o sujetos políticos que articulan el pasado con el presente.

Para Touraine, los actores sociales se convierten en movimientos sociales cuando cuestionan las orientaciones generales de la sociedad o de manera más clara, las orientaciones de los grupos que controlan el poder de la sociedad ya establecida “un movimiento social, es mucho más que un grupo de interés o un instrumento de presión política; pone en cuestión el modo de utilización social de recursos y los modelos culturales” (1995, pág. 46).

En este contexto, los movimientos sociales deben convertirse en los gestores de la nueva democracia, que obliga a superar la noción de gobernabilidad entendida como la ingeniería institucional que busca afianzar la democracia representativa y olvidarse de cambiar las verdaderas estructuras de poder establecidas, que no permiten una adecuada repartición de la riqueza y se excluye a la mayoría de la población.

La lucha política de estos sectores debe romper el autoritarismo social, el racismo establecido y la injusta distribución de la riqueza. Su lucha es por el derecho a tener derechos, es constituir una cultura política desde la acción social, desde la participación, es pensar en una nueva forma de entender la ciudadanía, como una categoría que implique igualdad en la diversidad.

Construir un nuevo poder es pensar que “el otro es el origen de mi responsabilidad” (Derrida, 1998). Así, construir un proceso hegemónico entre los sectores sociales es pensar en la relación entre lo político, la política, lo económico y la producción simbólica. Solo a partir de pensar en estos elementos se puede decir que se construye un nuevo sentido de poder.



## **CAPÍTULO 3**

### **REINTERPRETANDO EL DESARROLLO**

#### **3.1 Introducción**

Este capítulo aborda una de las concepciones más complejas y confusas en la historia de la humanidad, la idea de “desarrollo”; pues, como originalmente fue concebida para “ayudar” al más necesitado por parte de los más poderosos, hoy se muestra como arma que asegurará los intereses económicos del país “benefactor”, del país desde donde fue concebida dicha idea: Estados Unidos.

Desde 1492 los países de todo el mundo experimentaron un proceso de transformación, especialmente los países de América Latina, con la irrupción de un modelo social económico en expansión, el capitalismo.

Se revisará cuán efectiva ha sido la aplicación del modelo “superior”, es decir, el sistema hegemónico occidental aplicado a los países “menos favorecidos”, y también se analiza los resultados conseguidos en nombre del desarrollo a través de distintos modelos.

Antes de construir un modelo de “desarrollo” que se adapte a las necesidades de los pueblos, se considerará los elementos negativos y positivos que mantiene como legado el discurso hegemónico. Pues en determinada época el sistema “superior” parece arrojar resultados favorables para algunos países, sin embargo, el modelo capitalista parece sufrir una crisis que lo llevará a replantear su política de dominio universal.

A medida que se avanza en el análisis de este trabajo se develará que el discurso del “desarrollo” de occidente connota un doble sentido con fines de sumisión aplicados a los países que han sido “favorecidos” por la “generosidad” del modelo capitalista.

Se trata de la dicotomía arriba-abajo, superior-inferior, desarrollado-subdesarrollado, pues el verbo desarrollar sustituye aquí al verbo “civilizar”, ya que la modernidad considera a los países latinoamericanos como “primitivos”, pero el significado continúa siendo el mismo: dominación para la explotación.

Con esto se obtendrá elementos de juicio para determinar con qué fin fue creado el “desarrollo”, cómo se practica el desarrollo en los países “sin oportunidades” y desde dónde se practica dicho “desarrollo” en los pueblos que lo necesitan, y a su vez descubrir qué es lo que verdaderamente buscan los llamados países “desarrollados” en los países “subdesarrollados”.

Por tal motivo, éste capítulo se titula “Reinterpretando el Desarrollo”, ya que permitirá develar el sentido verdadero del llamado “desarrollo” pero desde las propias sociedades, especialmente de América Latina; un modelo conjunto *con* y *desde* las sociedades con identidad propia.

### **3.2. Acerca del “desarrollo”**

Desde 1492, el “desarrollo” ha sido la más atractiva y ambigua idea galvanizando la atención de gobiernos, líderes y sociedades, independiente de raza, religión e ideología. Su promesa de un “progreso” positivo, gradual, lineal y acumulativo se transformó en la fuente de esperanza de la humanidad en los últimos cinco siglos.

Irónicamente, a pesar de que las promesas hechas en su nombre nunca son cumplidas, los valores, conceptos, premisas, etcétera, creados para sostener dicha idea, todavía dominan el imaginario social de los pueblos, el repertorio semántico de los expertos y las estrategias retóricas de los discursos oficiales y alternativos en el Norte, Sur, Este y Oeste del mundo.

Los modos de interpretación e intervención han sido contruidos bajo la influencia de la “idea de desarrollo”. Las formas de mirar al mundo y de actuar en él han sido igualmente creadas a partir de dicha idea, a lo largo de nuestra existencia, a través de la tradición, religión, educación y ciencia.

Así, muchas de nuestras iniciativas de innovación han sido pensados para contribuir: al “desarrollo” de una familia, comunidad, grupo social, sociedad; “desarrollo” de un sector o actividad, como la agricultura, la educación, la salud, la industria, el transporte, la comunicación; o al “desarrollo” de una organización, municipio, provincia, país y hasta un continente, como se habla hoy del “desarrollo” de África.

Los actores más poderosos anuncian el “imperativo moral” de los más “favorecidos” de “ayudar” a los menos “favorecidos”, mientras los subalternos anuncian su “derecho al desarrollo”, aún cuando no está claro lo que eso significa. Eso ocurrió durante el colonialismo, cuando los civilizados prometieron “civilizar” a los primitivos, y ocurre en el neocolonialismo actual, cuando los desarrollados prometen “desarrollar” a los subdesarrollados.

El verbo desarrollar sustituye al verbo civilizar, pero el significado -de dominación para la explotación- continúa siendo el mismo, ambiguamente camuflado en la “dicotomía superior-inferior” que legitima relaciones asimétricas de poder en el mundo de la “innovación para el desarrollo”. Irónicamente, esta confusa idea -sobre cuyo significado nunca ha existido consenso- ha significado la gran fuente de

inspiración, legitimación, orientación, cambio o aborto de iniciativas de innovación tecnológica e institucional (De Souza, 2004).

Con la consolidación de la ciencia moderna, construida a partir de los siglos XVI y XVII, surgió el “modo clásico” de innovación, cuyas principales características incluyen: (a) la universalidad de la “idea de desarrollo” y de los modelos para su transferencia y adopción; (b) la visión mecánica de la realidad, donde la metáfora de una máquina sirve para comprender el funcionamiento del mundo; y (c) la neutralidad del proceso de desarrollo, a partir de la creencia de que el método científico mantiene alejados los valores e intereses humanos. El “progreso”-material y tecnológico- pasa a ser el objetivo superior al que los líderes y gobiernos del mundo deben aspirar para sus sociedades.

Los menos favorecidos cuentan con la “ayuda” de los más favorecidos, que deciden contribuir a la “innovación para el desarrollo” de los primeros. Pero todo eso está bajo cuestionamiento, y crecen las protestas y las iniciativas para transformar el sistema de verdades que ha prevalecido en los últimos cinco siglos. La “idea de desarrollo” ha perdido su *glamour*: ya no se habla de “compartir sus beneficios” en el presente, sino sólo de “protegernos de los riesgos” futuros.

Si bien nunca hubo, no hay ni habrá consenso sobre la respuesta a la pregunta más repetida pero poco contestada, y cuya respuesta nunca es comprendida; la tesis es que la “idea de desarrollo”, como originalmente fue impuesta, no pasa de una invención epistémico-ideológica históricamente concebida con fines de dominación (De Souza, Cheaz, Santamaría, Mato Bode, & Valle Lima, 2005).

Pero las voces oficiales de la globalización neoliberal promueven dicha idea como sinónimo de crecimiento económico inevitable, natural y terriblemente exigente para permitir acceso sus beneficios.

En América Latina, esta mentira ha sido cultivada desde 1492, cuando la “invasión” de nuestro continente fue eufemísticamente nombrada “descubrimiento”, como iniciativa generosa de los imperios Europeos que tenían el imperativo moral de “civilizar” -¿conquista?- a los primitivos.

Los cambios necesarios en el “desarrollo” integran al llamado desarrollo internacional, que no es sino una farsa para ocultar la verdadera agenda de la potencia hegemónica y sus aliados: construir mercados cautivos y acceder a materia prima abundante, mano de obra barata, mentes obedientes y cuerpos disciplinados. Por lo tanto, tiene mucho sentido la resistencia a estos cambios.

Los creadores de la “idea de desarrollo” en el pasado y sus guardianes en el presente han sido los mismos creadores de las Teorías Oficiales que, históricamente, en vano intentan explicar lo qué es y cómo lograr el “desarrollo”.

Por alguna razón ellos se preocupan de cultivar dicha idea, inclusive incorporándole los adjetivos de sus críticos, llámense a éstos: desarrollo integral, armónico, participativo, a escala humana, ecodesarrollo, sostenible, local, etc.

La razón reside en la ambigüedad de la idea, que facilita crear un misterio alrededor de un objetivo trascendente al que todos deben aspirar, como la salvación eterna que sólo puede ser realizada en la próxima vida y no en esta. Solamente los actores con intereses globales y ambición expansionista podrían concebir dicha idea, para facilitar sus sueños de conquista y dominación.

Y precisamente, para fines de dominación, la “idea de desarrollo” ha sido disfrazada con varios nombres (progreso, modernización), oculta bajo muchos rostros (civilización, desarrollo), adornada con lindas promesas (paz, bienestar), que

aseguran resolver problemas sociales mundiales (hambre, pobreza), usando fuerzas neutrales (ciencia, tecnología), además de reglas globales (TLC, Tratado de Libre Comercio) mientras lo que realmente promueve, a cualquier costo, es el crecimiento económico para el beneficio del más fuerte.

Bajo esta perspectiva, el pretendido “desarrollo” practicado en nuestra América Latina fue una especie de desarrollo en nuestros territorios y para nosotros, pero no con nosotros, y mucho menos desde nosotros. ¿Por qué América Latina es actualmente la región más desigual del mundo, cuando ha sido la más agraciada por la “generosidad” de los Estados Unidos, principalmente después de la Segunda Guerra Mundial?

No es necesario hacer un plan estratégico sino apenas pensar estratégicamente para concluir que eso se debe a que el “desarrollo” practicado aquí fue derivado de modelos universales contruidos lejos de nuestro contexto y sin compromiso con nuestro futuro.

Bajo el enfoque del desarrollo *en*, que percibe la región apenas como un lugar geográfico con factores eco-ambientales favorables a ser explotados, y como una reserva de mercado, materia prima abundante, mano de obra barata, mentes obedientes y cuerpos disciplinados, este fue anunciado como un desarrollo *para* América Latina, pero fue concebido *sin* ella e impuesto sin su anuencia.

Nunca existió la práctica del enfoque del desarrollo *de*, que incluye el desarrollo humano y social de su gente, lo que implica aplicar el “principio del bienestar inclusivo”, que ante opciones en conflicto decide a favor de aquella que beneficia la mayor número de individuos, familias, comunidades, grupos sociales, sociedades y/o formas y modos de vida.

El último sería un desarrollo *de, desde* y, por lo tanto, *con* América Latina, que tendría autonomía y soberanía relativas para influenciar el futuro que le interesa. El enfoque del desarrollo *en, para, sin*, es la marca registrada de los que tienen una “agenda oculta” de dominación para la explotación, que se queda camuflada en los discursos públicos bajo la legitimidad de la Teoría Oficial.

Donde hay dominación hay ejercicio de poder para controlar factores materiales y simbólicos estratégicos, y un discurso para justificar la dominación, como si ésta fuera el orden natural de las cosas, viabilizando una “agenda oculta” que es el blanco del poder hegemónico ejercido a través de relaciones que ocultan el mismo poder. Así, la trama de relaciones dentro y entre sociedades es rica en discursos -y contra-discursos- que la constituyen y son por ella influenciados (Escobar, 1998).

### **3.3 Modelos de “desarrollo” latinoamericano**

Un modelo de “desarrollo” se define en primer lugar por la naturaleza de la *élite* que dirige el proceso de transformación histórica, en este caso de industrialización. Esta elite puede ser una clase dirigente, nacional o extranjera, o un Estado, nacional o extranjero.

Pero en todos los casos, la élite no es solamente un grupo social o económico; controla y orienta el poder estatal porque se trata del funcionamiento de un sistema societal, sino, por el contrario, de la transformación de un tipo societal por otro, lo que puede realizarse solamente a través del actor central y permanente que es el Estado, mientras una clase social pertenece a un sistema societal.

No son los capitalistas industriales quienes pueden crear el capitalismo industrial. Se necesita un Estado que tenga la capacidad en particular de imponer, dentro de sociedad nacional o fuera de ella, mecanismos de acumulación y de transformación.

Si la élite que dirige el proceso de transformación histórica estatal, los actores del desarrollo parecen ser separados de los actores de clase, que corresponden a un tipo de organización económica y social; si esta elite es una “burguesía nacional”, esta distancia entre actores de un tipo de sociedad y actores del desarrollo es mucho más reducida. Pero la separación nunca es completa y tampoco la identificación.

De tal manera que un modelo de desarrollo combina de manera específica la acción de los actores sociales, agentes “sincrónicos” de un tipo de sociedad, por ejemplo, agrario, mercante o industrial.

Además, estos actores del proceso *histórico* y estos actores *sociales* no pueden ser separados de cambios *culturales*. Si bien es cierto que se ha exagerado a menudo la autonomía de los cambios culturales frente a los conflictos sociales y nacionales, es imposible definir el proceso de cambio histórico sin ninguna referencia a la noción general de *modernización*.

A pesar de la importancia de las especificidades culturales de cada país o región, la “densidad” de los intercambios sociales, la difusión de la enseñanza básica, la cantidad de energía disponible por habitante o la esperanza de vida representan índices, no siempre paralelos pero casi siempre correlacionados, de modernización.

Por eso, un modelo de “desarrollo” tiene que tomar en cuenta y combinar tres tipos de variables: 1) *cambios culturales o modernización*, 2) *relaciones estructurales entre actores sociales y en particular de clase, sea en una sociedad rural o en una sociedad urbano-industrial*; 3) *naturaleza de la elite dirigente, es decir, del grupo que controla el Estado*.



A estas tres dimensiones de la situación corresponden los aspectos económicos, políticos e ideológicos de la acción social. Los aspectos *económicos* corresponden a la intervención de los actores sociales y en particular de las clases, actores básicamente económicos.

El aspecto *político-cívico* corresponde al grado de *modernización*, como se observa en todas partes: una sociedad poco modernizada es, por lo tanto, poco integrada aunque pueda tener un poder político central fuerte y autocrático, porque la vida local y privada mantiene una fuerte autonomía.

En todas partes, la modernización económica ha sido acompañada por el *movimiento de las nacionalidades*, como se decía en Europa central en el siglo pasado, expresión que corresponde también a la problemática latinoamericana del siglo XX.

Los aspectos *ideológicos* están más vinculados al problema del *Estado*, es decir, de la independencia e *identidad nacional* frente a una dominación extranjera o, por el contrario, como expresión de la posición dominante o hegemónica de un país.

*La naturaleza de la élite que dirige el desarrollo determina el modelo de relaciones entre modernización, actores sociales y Estado nacional.* Si la élite es una burguesía nacional, como en el caso inglés o norteamericano, eso significa que la modernización, según la visión de la sociología clásica, es básicamente *endógena* y progresiva, de tal manera que la acción de la burguesía se apoya en cambios culturales anteriores.

Por el contrario, si un Estado voluntarista toma la dirección del proceso de cambio la naturaleza del poder político y de la relación de los ciudadanos con el Estado y con el sistema internacional juegan el papel central en la definición del proceso de desarrollo.

Finalmente, si la élite dirigente es una burguesía extranjera, es decir, una dominación económica externa, los actores sociales -clases, partidos, movimientos- tienen una importancia más central que en el modelo “materialista” occidental o en el modelo voluntarista.

Esta situación, que corresponde a gran parte del llamado Tercer Mundo, crea una fuerte movilización sociopolítica, que contrasta con la hegemonía del Estado autoritario-desarrollista, por un lado, y con el racionalismo “económico” de los países “centrales”, por el otro.

Cada uno de estos tres tipos principales se divide en dos modelos según la importancia relativa de los demás componentes del proceso. Esto permite construir una tipología general de los modelos de “desarrollo”.

**TABLA 3. Modelos de “desarrollo”**

	<b>6</b>	<b>5</b>	<b>1</b>	<b>2</b>	<b>3</b>	<b>4</b>
<b>Factores</b>	<b>Post-colonial</b>	<b>Dependiente</b>	<b>Central</b>	<b>Jacobino</b>	<b>Bismarckiano</b>	<b>Post-Revolucionario</b>
<b>Dominante</b>	Actores Sociales	Actores Sociales	Moder-nización	Moder-Nización	Estado	Estado
<b>Intermedio</b>	Estado	Moder-Nización	Actores sociales	Estado	Actores sociales	Moder-Nización
<b>Subordinado</b>	Moder-nización	Estado	Estado	Actores Sociales	Moder-nización	Actores Sociales
<b>ELITE:</b>	<b>EXTRANJERA</b>		<b>CIVIL NACIONAL</b>		<b>ESTATAL NACIONAL</b>	

**Fuente:** Investigación propia, *Modelos de desarrollo*, 1987.

Se trata de tipos, no de casos históricos concretos. Si bien es cierto que cada modelo tiene una coherencia, ello no significa que un país corresponda totalmente y de manera permanente a un solo modelo. Sin embargo, la presencia de dos modelos en la misma unidad histórica se manifiesta por contradicciones y crisis estructurales.

### **3.3.1 Modelos centrales**

La primera industrialización en algunos países de Europa Occidental, y antes de todo con Gran Bretaña, se realiza mediante un proceso básicamente endógeno y civil. El modelo europeo es materialista, identifica modernización y triunfo de la razón, de la ciencia y de las leyes de la evolución histórica.

La modernización cultural, expresada en términos de movilización, apertura, destrucción de barreras y obstáculos tradicionales, constituye el factor principal de la modernización dentro de la cual se desarrollan conflictos sociales de apropiación de la modernidad, conflictos a la vez abiertos y fácilmente institucionalizados.

El Estado está en gran parte identificado con la clase dirigente y a las instituciones representativas, pero también juega un papel autónomo como agente de hegemonía externa. Los Estados Unidos son la expresión actual más conocida del *modelo 1*, país con fronteras abiertas y de empresarios, sociedad con instituciones políticas y jurídicas que definen y controlan las reglas del juego social.

El *modelo 2* se diferencia del primero en cuanto el Estado ocupa en él un papel más importante. Esto corresponde al caso *francés*, en el cual todavía domina el proceso de modernización como factor central, pero donde los conflictos políticos -en relación con un Estado identificado con la razón y la modernidad- tienen más trascendencia que los conflictos sociales, lo que se observa comparando las fuerzas de los partidos

obreros, demócratas, socialistas, comunistas en Francia, con la debilidad relativa de los sindicatos.

La característica principal del modelo central es la identificación casi total del análisis sincrónico con el análisis diacrónico. Desarrollo y sociedad moderna son sinónimos; capitalismo, en el pensamiento según (Weber, 1978), significa modernidad y racionalización más que clase dominante.

La referencia a este modelo tiene mucha importancia en América Latina por la situación dominante de los países que le corresponden. Esta influencia del modelo central es visible en el terreno ideológico, donde la idea de que el Estado representa a la clase dirigente y asegura el poder del bloque hegemónico ha sido aceptada por amplios sectores.

### **3.3.2 Modelos estatizantes**

En los países donde el cambio social no puede ser endógeno, el Estado tiene que transformarse de un instrumento de reproducción de un orden cultural y social arcaico en agente de cambio voluntarista, por razones antes de todo nacionales.

En el *modelo 3* el Estado ayuda a la creación de una clase dirigente modernizados que puede ser la continuación de una antigua clase dirigente (Junkers en Alemania, Daimyos y Samurai en el Japón) de tal manera que la modernización es el resultado y no la condición de la industrialización. Alemania, Italia, Japón son los ejemplos más importantes de este modelo en el cual participó también Turquía en el período postrevolucionario.

Si la resistencia a la descomposición del "antiguo régimen" es demasiado acentuada, la industrialización tiene que ser impuesta por el Estado, como en el despotismo ilustrado. Los actores sociales, y en particular las clases, tienen en este modelo un papel secundario.

En Rusia, ejemplo central del *modelo 4*, la Revolución soviética fue la victoria de una vanguardia revolucionaria sobre un Estado en descomposición mucho más que el resultado de un movimiento obrero, que tenía otras perspectivas, o de un movimiento campesino muy reducido.

Estos modelos -el 4 más que el 3- ponen un énfasis tan fuerte sobre el papel del Estado, que reemplazan el universalismo de tipo inglés por el culturalismo de tipo alemán y subordinan la sociedad civil al Estado.

Mientras en el modelo central, europeo y norteamericano los elementos del proceso se mantienen separados, en los modelos estatizantes están fusionados: un caso conocido es la organización de la empresa en el Japón o en la Unión Soviética. En ambos casos, aunque de maneras muy distintas, la empresa es un sistema político y cultural más que un actor económico.

De igual modo, el Estado se identifica mucho más con una comunidad histórica que con intereses sociales específicos. Las ideologías y la cultura nacional determinan la forma de organización social, mientras que en el modelo europeo la referencia a la ciencia y a la racionalidad es siempre central.

### 3.3.3 Modelo dependiente

A diferencia de países que son industrializados por su propia burguesía y de aquellos donde el Estado dirige directamente la industrialización, existen países en los cuales las transformaciones económicas mayores fueron inducidas sea por una burguesía extranjera, sea por un Estado extranjero. El primer caso es el de las sociedades *dependientes*; el segundo corresponde a las sociedades colonizadas o *postcoloniales*.

Las sociedades dependientes tienen independencia política, de tal manera que la dependencia hacia el exterior es más bien económica que política; situación opuesta la de las sociedades coloniales, en las cuales los países colonizadores siempre ejercieron una dominación política y cultural directa a través de un ejército, de funcionarios, maestros y misioneros.

En estas sociedades coloniales, los actores, defensores de una cultura nacional o regional y de sus intereses económicos y sociales, intervienen pero más en relación con el Estado, la liberación nacional y un proceso de cambio histórico exógeno que como actores de la modernización.

Se mezclan en estos países movimientos modernizadores o antimodernizadores (como los mesianismos congoleños o los movimientos antioccidentales en la China de la segunda mitad del siglo XIX o los fundamentalismos islámicos), luchas socioeconómicas y nacionalismos.

Movimientos proféticos, políticos o religiosos, luchas de defensa de una comunidad y reivindicaciones de tipo sindical actúan en niveles tan distintos de la vida social en estos países, de tal manera que la unificación del campo político no puede ser realizada sino desde arriba, por el Estado, el que también tiene que superar sus

propias limitaciones en países que a menudo no son naciones y donde nunca existió - salvo algunas excepciones como Egipto- un Estado nacional.

Esta desvinculación es más limitada en sociedades dependientes, en las cuales se hablará más de *desarticulación*. Existe una fuerte desvinculación de la economía y de la política. La política no es “representativa” de intereses sociales y las ideologías no corresponden directamente ni a clases sociales ni a fuerzas o partidos políticos.

La imagen europea de la sociedad, de tipo arquitectónico, en la cual las fuerzas productivas o las ideas constituyen una infraestructura, no es válida en este tipo de sociedades donde economía, política e ideología son como placas tectónicas que se deslizan constantemente una sobre la otra.

La fórmula de las sociedades dependientes -actores = modernización (o tradición) = Estado- se separa de las sociedades colonizadas: actores = Estado = modernización por el papel diferente del Estado.

Las sociedades dependientes son sociedades civiles y uno de los procesos más complicados que se desarrollan en estas sociedades es la formación de un Estado nacional, mientras que las sociedades postcoloniales son dominadas por la oposición directa de la dominación externa y del Estado nacional, aunque éste tenga muchas dificultades en construirse.

En las sociedades dependientes de América Latina existen desde el comienzo del siglo pasado Estados independientes, pero el proceso de cambio histórico es dominado a la vez por la penetración del capital extranjero, por la influencia y poder de oligarquías locales y por cierto universalismo.

En conclusión, el carácter común de las sociedades dependientes y colonizadas es la desarticulación o desvinculación parcial de la modernización, de las luchas sociales y del papel del Estado o, en términos más analíticos, de los sistemas económico -que corresponde a las luchas sociales-, político -que corresponde a la modernización, es decir, a la integración social y nacional- e ideológico, organizado alrededor de la defensa de la identidad nacional o territorial contra la dominación extranjera.

América Latina en su conjunto puede ser considerada como un ejemplo central de sociedad dependiente. Sin embargo, países muy diversos no pueden ser constantemente identificados con un solo modelo de desarrollo.

Si la referencia a los modelos central y jacobino parece artificial, salvo hasta cierto punto en los países de La Plata al comienzo del siglo XX; si el modelo revolucionario parece marginal en un continente con poca tradición autocrática, el modelo dependiente puede transformarse en el modelo postcolonial o, de manera opuesta, en el modelo bismarquiano.

La primera tendencia es más visible en América Central y en el Caribe, zona de fuerte penetración colonial; la segunda se hace presente en México y más aún en Brasil, país donde existió desde el comienzo del período postcolonial un Estado nacional fuerte.

Esta diversidad económica y política del continente tiene que ser reconocida, pero la debilidad de los “antiguos regímenes” y del Estado autocrático, la secularización realizada ya en parte en el período colonial y la penetración extensa del capital extranjero indican el papel central del modelo dependiente en el análisis de los países latinoamericanos (Sheahan, 1990).



### 3.3.4 Elementos negativos

La imagen más difundida de una sociedad dependiente es la combinación de tres fuerzas centrífugas.

La fuerza centrífuga más visible es la dependencia económica hacia el exterior. El tema ha sido muy seriamente documentado, en especial, por los economistas de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, CEPAL. Por una parte, durante largos períodos se observa un flujo neto de capitales fuertemente negativo (Griffin, 1971, pág. 243).

La importancia actual de la deuda externa representa para muchos países amenaza permanente de exportación masiva de capitales.

Por otro lado, la incorporación dependiente al mundo industrializado capitalista significa la introducción de industrias capital-intensivas que crean pocos empleos, que acompañan una alta concentración de los ingresos y desarrollan moldes imitativos de consumo. A nivel cultural se ha mencionado la desnacionalización de los programas escolares y de los *mass media*. Así se crea un *capitalismo limitado y dependiente* (Sheahan, 1990, pág. 425), ampliamente analizado en trabajos clásicos.

La segunda característica de las sociedades dependientes es la fuerza de resistencia e inercia de la sociedad tradicional, de los sectores no incorporados a la producción moderna y de productividad muy baja. Víctor Tokman (2000), ha demostrado que si el sector informal en los Estados Unidos al final del siglo XX era comparable con lo que fue en América Latina en el período 1950- 1980, la integración del sector informal al sector formal en la industria fue mucho más rápida en los Estados Unidos y en el Japón que en América Latina.

De manera paralela, Norberto García (1982) ha demostrado la persistencia de un subempleo masivo a pesar de la capacidad de absorción del mercado de trabajo. La participación de la Población Económicamente Activa (PEA) “formal” en la PEA no agrícola total aumenta de manera muy lenta entre 1950 y 1980.

La previsión de un retroceso muy rápido de la pequeña explotación agrícola ha resultado falsa en gran número de países (García & Tokman, 1982). Paralelamente, mientras en Europa al comienzo de la industrialización la alfabetización ya estaba muy bien encaminada, en el caso de Francia, el analfabetismo se mantiene muy fuerte. La alfabetización resulta más que de la intervención política del Estado que de un proceso global de modernización.

Más ampliamente, la sociedad latinoamericana conoce una extrema, concentración de los ingresos, que limita al mercado interno de muchos productos manufacturados y encierra en la pobreza gran parte de la población. Esta concentración aumenta en muchos países, en particular en Brasil y en México.

**TABLA 4. Disyunción económica latinoamericana**

<b>País</b>	<b>Año</b>	<b>40% más pobres</b>	<b>10% más ricos</b>	<b>10% más ricos</b>
Bolivia	1968 (H)	17.7		35.7
Bolivia	1975 (H)	14	41.7	-
Brasil	1950	13.1	45.5	35.1
Brasil	1963	10.5	41.6	28.6
Brasil	1970	11.8	39.2	27.7
Brasil	1977	11.0	38.0	25.5
Perú	1961 (E)	8	49.2	39.0
Perú	1972 (H)	7	42.9	-
Cuba (E)	1953	6.2	38.5	28.0
Cuba	1962	17.2	23.0	12.7
Cuba	1973	20.3	19.9	9.5
México	1950	13.3	49	40.2
México	1958	12.1	49.3	38.6
México	1963	11.2	49.9	38.3
H = Hogares		E = Población económicamente activa		

**Fuente:** Investigación propia, *Disyunción económica latinoamericana*, 1980.

Con la notable excepción de Cuba, los pobres reciben a fines de los años 70 una parte menor del ingreso nacional que 20 años antes. Los ricos no invierten de manera productiva sus riquezas. Las inversiones en viviendas privadas representan 23.3 por ciento de la inversión total. La construcción en general representa 62.6 por ciento del total.

En las ciudades latinoamericanas han crecido los barrios ricos y la urbanización se ha adaptado a lo que los economistas llaman el complejo “urbo automovilístico”. La compra de terrenos y casas en barrios nuevos y socialmente homogéneos es una forma de especulación que da tasas de ganancias más altas que las inversiones productivas.

“En muchos países [...] la tasa de ganancia en el sector productivo descendió por debajo del interés del dinero; los capitalistas retiraron su dinero de ese sector para

colocarlo en otros rubros, produciéndose de ese modo un aplazamiento de la reinversión y generándose una crisis del sector productivo” (Cardoso, 1977, pág. 142). Predominancia del sector financiero agravada por la baja participación del costo salarial en los precios del sector industrial: 15 por ciento para ocho países.

La lógica industrial, con la importancia de las inversiones productivas y del costo salarial, está entonces limitada en América Latina por una lógica financiera y especuladora.

La combinación de la dependencia y del tradicionalismo puede tomar la forma geográfica de la *dualización* entre un enclave y un “interior”, entre la Costa y la Sierra como sucede en el caso peruano (en realidad más complejo a medida que se desarrolla un sector industrial dentro de la oligarquía de la Costa y de los gamonales de la Sierra que transforman sus latifundios para la exportación de productos pecuarios).

La combinación de estas dos limitaciones de la industrialización crea, por oposición, un nacionalismo definido centralmente por su meta de integración social y nacional y que puede convertirse en obstáculo a la industrialización; por ejemplo, en el caso del nacionalismo y “populismo” oligárquico, que tuvo mucha importancia en el Perú, en Venezuela, Colombia y, de manera aún más importante, un nacionalismo tan importante como el peronismo en el cual, a pesar de la alianza con la Confederación General Económica (CGE), organismo patronal, y la Confederación General del Trabajo (CGT) sindicato obrero, actores sociales representativos de un proceso de industrialización, no se creó una infraestructura industrial comparable, por ejemplo, a la que estaba construyéndose en Brasil.

### **3.3.5 Elementos positivos**

La crítica a esta presentación ha sido más empírica que teórica. Parece difícil entonces afirmar que la lógica del sistema capitalista mundial sea una concentración creciente de los recursos en el centro, cuando se observan tasas de crecimiento del PIB más fuertes en América Latina que el conjunto de los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE).

La crisis que empieza en 1982, por grave que sea, no justifica la afirmación de una tendencia fuerte y constante hacia un subdesarrollo relativo creciente. Durante 30 años América Latina alcanzó una tasa de crecimiento de 6.7 por ciento anual, mientras el mundo entero llegaba solamente al 5.9 por ciento. Durante el mismo período, la industria latinoamericana pasó de 4 por ciento a 5 por ciento de la producción mundial.

Mientras se observaba una caída de la población activa industrial durante el período 1940-1960 hubo un crecimiento notable en este sector en la década siguiente y, si se agrega a la población obrera la clase media técnica y administrativa vinculada a la producción moderna de bienes y servicios, el proceso de modernización económico, de industrialización, en el sentido amplio de la palabra, es innegable (Sheahan, 1990, pág. 241).

La población activa agrícola disminuye de manera tan rápida que la imagen tradicional de un continente rural ya parece muy lejana a la realidad en la mayoría de los países de América del Sur y México.

**TABLA 5. Evolución de la fuerza de trabajo en América Latina**

<b>EVOLUCIÓN DE LA FUERZA DE TRABAJO EN AMÉRICA LATINA</b>	
<b>Sectores de Crecimiento</b>	<b>% Anual</b>
Población	2.8%
Fuerza de trabajo	2.5%
Fuerza de trabajo agrícola	4.0%
No agrícolas modernos	4.1%
Manufacturero	3.5%
Participación de la fuerza de trabajo no agrícola	67.1%

**Fuente:** Investigación propia, *Evolución de la fuerza de trabajo en América Latina*, 1950-1980, 1985.

Según un informe del Programa Regional del Empleo para América Latina y el Caribe, PREALC, sobre la situación laboral en América Latina, la participación del empleo urbano moderno en el empleo total aumenta rápidamente de 1970 a 1980. (La única excepción es Argentina, mucho más “modernizada” que los demás países en 1970 y que, como Chile, soporta las consecuencias de una política desindustrializadora después de 1976) (PREALC, 1985).

El empleo agrícola en 1980 es muy bajo en Argentina (13); Uruguay (11); Chile (20); bajo en Colombia (27); Costa Rica (30); México (37); Perú (38); Panamá, Nicaragua y Brasil (40); se mantiene alto en Bolivia; Paraguay y República Dominicana (50); en Ecuador (52); en El Salvador (51); Guatemala (56); Honduras (63) y Haití (74) por ciento.

La producción manufacturera, a pesar de una progresión relativa lenta, representa una parte importante del PIB en algunos países. En 1979 - 1980: 27.4 en Argentina, 31 en Brasil, 25.9 en Uruguay, 22.3 en México. En países centroamericanos, a pesar

de su nivel todavía bajo, ha progresado rápidamente de 1950 a 1980: de 11.8 a 23.1 en Nicaragua, de 15.6 a 21.4 en Panamá, de 10.5 a 16.9 por ciento en Costa Rica.

La, imagen tradicional de América Central, región campesina y en la mayor parte de los países de comunidades indígenas, no corresponde más a la realidad y la violencia política en esos países no puede ser entendida sin referencia a su rápida transformación económica.

El mercado común centroamericano explica en parte el fuerte aumento de las inversiones y el pasaje de la dominación de los cultivos de exportación al crecimiento industrial y, recientemente, al papel más y más importante del gasto y empleos públicos.

Es cierto que gran parte del crecimiento de la producción está absorbida por el crecimiento de la población. Pero el continente ha entrado en una fase de “modernización” demográfica. Por un lado, la tasa bruta de natalidad disminuye fuertemente en países como Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Venezuela, Cuba.

Por otro lado, la mortalidad infantil disminuye. En 1980 algunos países han alcanzado tasas bajas: Cuba 19, Panamá 22, Costa Rica 24, República Dominicana 31, Uruguay 34, Chile 38 (20 en 1985), pero los países más pobres todavía mantienen tasas muy altas: 151 en Bolivia, 149 en Haití, 117 en Honduras, 102 en Nicaragua, 100 por ciento en el Perú.

Los progresos realizados se explican en gran parte por un mejor abastecimiento en agua potable, la construcción de alcantarillados y una mejor organización de los servicios de salud pública, especialmente en Cuba y en Chile.

No se trata de sustituir una imagen optimista de la evolución histórica por la antigua imagen pesimista, lo que sería inaceptable si uno toma en cuenta la masa enorme de subempleo, pobreza y miseria que existe en el continente, sino más bien de reconocer que existen aspectos positivos en el proceso.

Si se consideran solamente las tendencias hasta entonces presentadas puede imponerse la imagen de un Estado nacional débil, con pocas posibilidades de integrar fuerzas centrífugas y más, encerrado en su esfera propia que actuando como agente de integración y transformación social y económica. Si bien es cierto que tendremos que modificar esta primera imagen, vale la pena destacarla como expresión central de esta primera fase de construcción del modelo latinoamericano de desarrollo.

Dominado por intereses extranjeros, debilitado por el caciquismo o coronelismo interno, aislado de las realidades económicas y sociales por una extrema ideologización que puede ser personalista, el Estado tiene poca capacidad de combinar o limitar tendencias sociales, económicas o culturales que tienden constantemente a desarticularse.

Esta primera fase de construcción del modelo presenta un conjunto de obstáculos al desarrollo. Esta visión corresponde, en particular, a los análisis que se elaboraron en el momento de crisis de la sustitución de importaciones, definidos por el estancamiento económico y la disminución de la capacidad de integración política y económica latinoamericana de cambio. A los factores negativos muy presentes y activos se agregan otros factores que actúan en un sentido opuesto.

La dependencia económica significa también *inversión* extranjera y transferencia de tecnologías que no siempre son negativas. Las empresas multinacionales se dedicaron primero a la exportación de productos agrícolas o mineros hacia los mercados centrales, pero muchas en un período posterior instalaron fábricas.



La política proteccionista de los gobiernos, el bajo costo de la mano de obra y el desarrollo rápido de los mercados nacionales contribuyeron a la inversión de capitales extranjeros en actividades productivas como, por ejemplo, en el Brasil.

La inversión extranjera representa un porcentaje muy limitado de la inversión total - alrededor del 10 por ciento- pero si uno elimina la construcción de viviendas en la que el papel del Estado y del capital privado nacional es dominante y que representa más de la mitad de la inversión total, la importancia de esta inversión en la producción de bienes durables y la creación de nuevas exportaciones es mucho más grande, lo que no significa que tenga consecuencias solamente positivas (Reyes Mata, 1989, pág. 93).

La inversión total aumenta entre 1950 y 1980 en la gran mayoría de los países. Colombia, Chile, Perú, Uruguay son las principales excepciones. El caso de Venezuela es especial porque los recursos petroleros permiten a este país una tasa de inversión excepcionalmente alta. Conviene destacar el progreso importante de la tasa de inversión en varios países de América Central, en Ecuador y en Bolivia.

**TABLA 6. Inversión extranjera**

	1950-54	1955-59	1960-64	1965-69	1970-74	1975-79
México	17.6	17.8	18.7	21.0	21.3	22.2
Panamá	14.0	16.6	17.9	21.6	27.5	22.4
Costa Rica	17.4	18.8	18.6	20.2	22.1	26.5
Venezuela	47.0	42.9	26.1	26.8	30.6	41.4
Brasil	23.9	22.8	21.9	22.7	26.8	29.8
Colombia	24.2	24.2	21,5	20.5	20.5	19.1
Guatemala	10.2	15.6	11.3	12.8	13.1	16.5
Perú	24.2	22.6	19.6	18.4	15.6	15.4
Ecuador	11.3	13.6	12.6	12.5	21.4	22.8
Bolivia	10.1	13.4	14.2	17.3	17.7	20.5
El Salvador	11.3	12.2	14.7	15.4	15.6	15.9
Argentina	15.2	14.8	18.7	17.9	20.2	20.6
Chile	15.1	14.4	15.4	15.1	13.1	10.1
Uruguay	17.5	13.3	12.5	9.8	11.0	14.8

**Fuente:** García y Tokman, *Inversión extranjera de los países latinoamericanos*, 1985.

América Latina se industrializó, en parte, a través de un endeudamiento externo que durante el último decenio no fue pagado con una proporción creciente de las exportaciones, sino, como observa Enrique Iglesias (1983), con nuevos préstamos en un período de extrema liquidez internacional. Este sistema ya alcanzó sus límites extremos y desembocó en una crisis aguda, pero durante años ha permitido un desarrollo “fácil” en el sentido de que hubo gran abundancia de capitales.

El endeudamiento externo de América Latina puede ser considerado como un proceso costoso, mal dirigido, pero masivo de transferencia de recursos de los países centrales a nuevos países industriales, mayormente a través de los eurodólares acumulados por el alza del precio del petróleo.

Una observación paralela puede ser introducida a propósito del sector tradicional, cuya sobrevivencia no es solamente un factor negativo en la industrialización. A

pesar de la caída relativa de la PEA agrícola en la PEA total esta población se mantiene constante en términos absolutos.

Entre 1950 y 1970 las variaciones extremas anuales son 0.8 por ciento en Argentina y 2,1 por ciento en El Salvador y en Paraguay. En total se observa un crecimiento negativo en cuatro países (Argentina, Bolivia, Cuba y Chile) y un crecimiento positivo en todos los demás.

Esta autonomía resulta en la reducción de la presión efectuada por esta reserva de mano de obra sobre el mercado de trabajo urbano. El énfasis puesto sobre las migraciones internas puede conducir a conclusiones erróneas.

En países donde la población agrícola -casi toda pobre- representa más de la mitad y a veces los dos tercios de la PEA, el problema mayor es virtualmente, frente a la notable superioridad de los ingresos urbanos, un alud humano que pudiera destruir cualquier posibilidad de desarrollo económico urbano, hipótesis muy cercana a la realidad en algunos casos y especialmente en el Perú contemporáneo, donde el crecimiento de Lima absorbe una proporción enorme de los recursos de la nación en gastos necesarios a la sobrevivencia, a nivel muy bajo, de una enorme aglomeración.

La lenta desagregación del sistema latifundio-minifundio y los esfuerzos de los minifundistas aislados para sobrevivir o, incluso, para crear nuevas zonas de colonización, como en la Amazonia brasileña o en el Petén y en la franja transversal del Norte guatemaltecos, indican, por el contrario, el papel positivo de la *capacidad de resistencia* de la estructura agraria tradicional, lo que también significa que el costo principal de la acumulación capitalista es pagado por los campesinos pobres y no por los obreros industriales, lo que limita, en consecuencia, el alcance de las luchas de clases modernas.

Factores positivos y negativos pueden combinarse. Se observa, en particular, que gran parte de los capitales extranjeros no fueron aprovechados en la creación de actividades productivas, sino que en consumo ostentatorio de los ricos, exportación de capitales y privados y armamentismo.

Sin embargo, los obstáculos a la industrialización casi siempre se combinan con una tasa elevada de inversión, facilitada por la intervención del Estado y de los capitales extranjeros y por una alta tasa de ganancia de las empresas, que en lugar de reducir los precios de venta al público cuando bajan los costos de producción, aumentan su tasa de ganancia y su capacidad a la vez que en gastos suntuarios y de inversión.

### **3.3.6 Construcción del modelo**

Factores negativos y positivos se combinan para producir un capitalismo limitado y dependiente, con una extrema y muchas veces creciente concentración de los ingresos, y con desequilibrios profundos creados por la dependencia frente al capital extranjero (Aguilar, 1991, pág. 116).

Al nivel social, muchas de las tendencias descritas se combinan para *impedir la formación de actores de clase*. La oposición del sector moderno y del sector tradicional, de los intereses nacionales y extranjeros, la referencia constante al Estado y a actores propiamente políticos o ideológicos, obstaculizan la formación de actores de clase, ya sean de clase dirigente o de clase obrera o campesina.

Las categorías sociales más activas no se identifican con movimientos sociales, con actores de clase, porque son actores del desarrollo, a la vez nacionalistas y comunitarios, más que actores de un tipo de organización económico-social.

Esta es una de las características más visibles del continente latinoamericano. En estas tierras donde hay tanta miseria, distancias sociales y económicas tan agresivamente exageradas y tantas políticas represivas, que casi no hubo, después de la Revolución mexicana en la cual el zapatismo fue un movimiento social revolucionario, grandes movimientos revolucionarios y en particular grandes revoluciones agrarias u obreras. Bolivia en 1952 y Nicaragua de 1974 a 1978 son los únicos ejemplos de acción revolucionaria de masa.

Es imposible considerar la violencia en Colombia como un movimiento revolucionario; las Ligas Campesinas brasileñas fueron más mesiánicas que revolucionarias y si el movimiento del Valle de La Convención en el Perú fue un movimiento revolucionario, representó una excepción frente a las guerrillas en zonas rurales dirigidas por activistas políticos urbanos. La debilidad de los actores de clase constituye uno de los elementos estructurales del sistema, lo que indica, por oposición, la importancia de la Unidad Popular chilena que movilizó a partidos y sindicatos de clase.

Desde el punto de vista “positivo”, el elemento más notable es la fuerte capacidad de inversión ya señalada, pero que durante algunos años fue casi “olvidada”. Cabe recordar, en particular, que el empleo manufacturero creció a una tasa de 3.8 por ciento anual entre 1950 y 1980 y subió del 12.5 al 18.1 por ciento de la PEA total.

Este aumento fue levemente superior en el sector manufacturero moderno y más rápido que el crecimiento del empleo manufacturero de los Estados Unidos de 1870 a 1900. El dinamismo de la industria latinoamericana aparece más claramente si se elimina el caso de Argentina, país industrial importante, pero que no participó en las últimas décadas en el progreso general del continente (Aguilar, 1991).

En el terreno social el aspecto más positivo es una *movilización* muy fuerte a través de la importancia de las migraciones, de la apertura de la sociedad urbana y de las

intervenciones del Estado. Esta participación está aprovechada en gran parte por una clase media definida por su nivel de educación. Esta movilización está estrechamente vinculada al sistema político.

En muchos países, la mayoría de los ciudadanos ha recibido derechos políticos mucho antes que en los países centrales, como Gran Bretaña a nivel comparable de industrialización. Esta participación en una política y cultura de masa es aún más sorprendente si se le compara con la elevada tasa de subempleo y pobreza en América Latina.

Estos cuatro elementos constituyen el *modelo de desarrollo latinoamericano*, porque incluyen el conjunto de las fuerzas negativas y positivas que revisamos.

**TABLA 7. Elementos del modelo de “desarrollo” latinoamericano**

	<b>ECONOMÍA</b>	<b>SOCIEDAD Y POLÍTICA</b>
<b>Limitaciones de la Industrialización</b>	Capitalismo limitado dependiente <b>1</b>	Segmentación de los actores sociales <b>2</b>
<b>Componentes de una sociedad industrial</b>	<b>3</b> Tasa alta de inversión	<b>4</b> Alta participación político-cultural urbana

**Fuente:** Investigación propia, *Elementos del modelo de desarrollo latinoamericano*, 1990.

### 3.3.7 Tensiones estructurales

Lo que caracteriza este modelo es la importancia de sus tensiones internas. El modelo central capitalista es homogéneo, en el sentido de que se define por la identificación de un tipo de sociedad, moderna o industrial o capitalista, con un proceso de transformación histórica, definida por la modernización y la racionalización; los modelos estatizantes, en tanto, son dominados por el papel central del Estado industrializados y voluntarista; por el contrario, el modelo latinoamericano combina elementos característicos de la sociedad industrial con otros que no son precondiciones de la industrialización, sino más bien limitaciones provenientes de la dependencia o de la permanencia de los sectores tradicionales. Por eso, ninguna crítica logró eliminar la idea del dualismo.

Las sociedades latinoamericanas están sujetas a un proceso de dualización no solamente entre regiones, sino más bien entre la dinámica interna del sector moderno y la combinación de dependencia y tradicionalismo que resiste a esta dinámica.

Pero es más importante destacar la fuerza de las tensiones que existen entre elementos que pertenecen, uno a la sociedad industrial y el otro al proceso de cambio histórico.

*Tensión entre 1 y 3.* Una tasa alta de inversión, combinada con un capitalismo limitado, significa un rendimiento bajo de las inversiones y en particular un exceso de inversiones no reproductivas.

El consumo ostentatorio, la formación de barrios de clase alta aislados, el nivel de ingreso sumamente alto de la categoría de los gerentes, son aspectos de un desequilibrio tal que no se explica enteramente por la formación de un mercado limitado de bienes durables de alta tecnología.

*Tensión entre 2 y 4.* Los actores sociales no actúan de manera directa frente a otros actores, sino que todos se refieren a un modelo de participación ampliada, análogo a la noción norteamericana de *middle class*, estrechamente vinculada en América Latina al escenario político.

*Tensión entre 1 y 4.* Subempleo y alta participación cultural urbana desplazan el terreno principal de expresión de las demandas sociales de la producción a la ciudad, de tal manera que las reivindicaciones se expresan en términos de consumo -desde el tema de las necesidades básicas y de la pobreza hasta el tema de la extrema riqueza, según la expresión de Fernando Dahse (1979)- más que en términos de relaciones de producción.

*Tensión entre 2 y 4.* Los grupos económicos y políticamente dirigentes tienen una capacidad de acción organizada mayor que la de los grupos intermedios y bajos. Mientras en Europa Occidental las “clases peligrosas” se incorporaron muy rápidamente a las “clases trabajadoras” o fueron reducidas a la definición peyorativa de “lumpen proletariado”, en América Latina los “marginales” o el sector “informal” son categorías constantemente utilizadas, lo que indica el papel central de categorías con poca capacidad de acción colectiva organizada.

### **3.4 Un “desarrollo” difícil**

Conviene agregar al estudio de los modelos de “desarrollo”, definidos en términos todavía económicos y a partir de la naturaleza de la elite que dirige la modernización, un estudio más dinámico de los procesos socioculturales, de los “actos” de desarrollo, para definir de manera completa la especificidad latinoamericana.



El “desarrollo” no es modernización lineal; es salida de un tipo de sociedad, de un orden social y entrada a otro tipo societal, definido a la vez por formas específicas de inversión económica y de demandas sociales.

Esta salida supone, por un lado, una ruptura que puede ser una revolución o un movimiento de reforma religiosa y, por el otro, una cultura racionalizados que corresponde al tema de la modernización, que sufre de ser rechazado por los nacionalistas y culturalistas y de ser identificado con la totalidad del “desarrollo” por los “iluministas” y positivistas.

No hay “desarrollo” si no existen actores que rompan con un orden en crisis y se apoyen en la razón contra la tradición, y si no existe un poder modernizador que permita o fomente la formación de nuevas inversiones y finalmente si no se forman demandas nuevas.

El “desarrollo” supone apertura y ruptura tanto como orientaciones culturales y poder. Si se combinan estos dos ejes de análisis: salida del tipo antiguo de sociedad-entrada al tipo nuevo y apertura-orientación, el esquema general del proceso de desarrollo aparece en el siguiente esquema:

**TABLA 8. Proceso de “desarrollo” en Latinoamérica**

	<b>APERTURA</b>	<b>ORIENTACIONES</b>
<b>Salida</b>	Ruptura (challenge) <b>A</b>	Cultura modernizadora (racionalizador) <b>B</b>
<b>Entrada</b>	<b>C</b> Demandas (mercado)	<b>D</b> Poder modernizador (inversiones)

**Fuente:** Investigación propia, *Esquema general del proceso de desarrollo en Latinoamérica*, 1990.

Este cuadro muestra la existencia de cuatro procesos de “desarrollo”, de cuatro vías para pasar de un tipo societal a otro. De estos cuatros tipos, dos aparecen más simples y tal vez más fundamentales.

El primero da la prioridad a la ruptura y a la formación de nuevas demandas. Es el modelo capitalista, de destrucción creadora, según la idea de (Schumpeter, 1942), de ruptura política o religiosa, tal como la vivieron Gran Bretaña, los Países Bajos y Francia en formas muy distintas.

Este modelo supone la intervención de los dos demás factores, pero pone el énfasis en los factores de apertura, simbolizados por el comercio marítimo. Al contrario, el modelo llamado socialista es voluntarista, da la mayor importancia al progreso de la razón o de las fuerzas productivas, que son su expresión concreta, y al poder modernizador, partido o Estado heredero del despotismo ilustrado de la Europa del siglo XVIII.

Estos dos procesos de “desarrollo” no corresponden al modelo liberal y al modelo revolucionario analizados; representan imágenes más extremas del “desarrollo”, como espíritu empresarial o como voluntad estatal representados por los “*robberbarons*” norteamericanos del siglo pasado o por Pedro el Grande en Rusia o sus herederos contemporáneos.

Más complejos son los tipos intermedios que combinan elementos de apertura con elementos de orientación cultural. El proceso más voluntarista combina un poder modernizante con una ruptura social. La revolución Miji es el ejemplo más perfecto de un proceso voluntarista y nacionalista de desarrollo; el kemalismo en Turquía es otro ejemplo de gran importancia.

El análisis del modelo latinoamericano de “desarrollo” indica claramente cuán alejado está de tal proceso, ya que se caracteriza por una ausencia de ruptura entre oligarquía y nueva burguesía y por una capacidad estatal limitada. Al contrario, el proceso que combina cultura modernizadora y nuevas demandas corresponde bien a las sociedades dependientes.

El Cono Sur y especialmente Argentina al final del siglo pasado fueron fuertemente modernizados y se abrieron a ideas, demandas y formas de organización social, en gran parte importadas desde Europa, identificada en esta época con la modernidad.

¿Pero cómo no darse cuenta que los países más próximos a este tipo modernizante-consumidor de “desarrollo” son precisamente aquellos que conocieron durante el último medio siglo el crecimiento más lento, mientras los países más próximos al modelo japonés-turco, como México y Brasil, mejoraron rápidamente su posición relativa en el continente?

Argentina, Chile y Uruguay generaban 41% de la producción industrial de América Latina en 1950, pero sólo 20.5% en 1978, mientras en el mismo período la producción industrial de Brasil y México subió de 42.1% a 61.8% por ciento del continente.

La modernización pasiva de países exportadores puede darles una ventaja temprana, pero estos países modernos tienen poca capacidad de modernización y utilizan mal la crisis del sistema internacional y sus propios recursos, porque su política se limita a distribuir, de manera generalmente amplia, los resultados de un crecimiento generado desde afuera más que desde adentro. El modelo dependiente de desarrollo puede conducir al estancamiento y a la crisis si no se transforma en un proceso más voluntarista.

De la misma manera que durante largos años los Estados Unidos fueron más modernos que el Japón, mientras éste estaba más modernizador, en América Latina los países más modernos del Cono Sur han perdido terreno frente a los Estados voluntaristas, modernizadores, como Brasil y México.

A la imagen neutra de modelo dependiente de “desarrollo” se agrega ahora la imagen más dramática de la oposición entre un proceso más moderno, más abierto y más democrático pero rápidamente agotado de “desarrollo” y un proceso más brutal, que crea o mantiene desigualdades sociales mayores pero construye una gran industria y una fuerte capacidad estatal y privada de decisión y de innovación económica.

No se trata solamente de oponer dos grupos de países, sino de manera más amplia, de describir los obstáculos al “desarrollo” que provienen de una ausencia de ruptura social y política o del consumismo político y de observar la crisis y las limitaciones más y más visibles de este proceso consumista de “desarrollo”, antes de considerar en qué forma y en qué circunstancia aumentan en América Latina la voluntad y la capacidad de un “desarrollo” concebido como acción desarrollista.

## **CAPÍTULO 4**

### **REDES INNOVADORAS DE LOS NUEVOS ACTORES SOCIALES**

*Las redes sociales pueden y deben existir para reconstruir y fortalecer la dimensión microsocial de la existencia, ya que la dimensión macrosocial está siendo destruida por cambios “deseables” y “necesarios” para el “desarrollo globalizado” (De Souza, 2005).*

#### **4.1 Introducción**

El estudio y el análisis de avanzada de las nuevas tecnologías en los movimientos sociales ocupan una posición central en el presente capítulo, el mismo que responde, en cuanto a análisis y teoría, al título del trabajo aquí desarrollado.

En la primera parte de este estudio se intenta dar una breve definición al concepto de movimientos sociales para justificar su aparecimiento y el porqué de sus luchas, como complemento de lo expuesto en el Capítulo 2.

Posteriormente, se intenta identificar cuáles son las características principales de las nuevas formas de organización de los movimientos sociales, considerando la creciente incorporación de las nuevas Tecnologías de Información y Comunicación (TIC) en sus estrategias de planificación, articulación y acción social, ante la deslegitimación de instrumentos la clase política tradicional.

Se destaca aquí que tales tecnologías no sólo se convirtieron en de fundamental importancia para la organización y articulación de tales colectivos sociales como también proporcionaron la formación de nuevos movimientos sociales y nuevas formas de activismo por la falta de representatividad política.

Estas pasan a caracterizarse por una actuación cada vez más en forma de red, por la formación de amplias coaliciones y por el enlazamiento o agregación de grupos identitarios que se manifiestan y convocan principalmente a través de Internet.

Desde el análisis de un ejemplo en concreto se pretende identificar el surgimiento de una nueva “cultura” en los movimientos sociales como resultado de la apropiación estratégica de las TIC, apuntando para ciertas tendencias en las formas de acción colectiva. Para el estudio de caso se retomará brevemente la caída del gobierno de Lucio Gutiérrez, ya que en este ejemplo es claro identificar el uso de nuevas formas de acción colectiva.

Por fin, este proceso de conformación de los nuevos movimientos sociales y del uso de las nuevas tecnologías de información, en referencia a la utilización del Internet, permitirá generar una estructura descentralizada en red en el ámbito de la acción colectiva, partiendo de la premisa de crisis de legitimidad y representación política que afecta a la ciudadanía, hasta la convergencia de políticas alternativas, a veces en forma de movimientos sociales, otras en forma de política insurgente dentro del sistema político.

#### **4.2 El contexto de los movimientos sociales**

Si se tuviera que optar por una definición del término movimientos sociales, considerando los tan variados abordajes existentes, se podría decir que el mismo se refiere a *formas de organización basadas en un conjunto de valores e intereses comunes, con el objetivo de definir y orientar las formas de actuación social de protesta que emergen en el seno del capitalismo contemporáneo* (Vakaloulis, 2000).

Tales formas de acción colectiva tienen como objetivo, a partir de procesos legítimos o frecuentemente no-institucionales, ejercer mecanismos de presión para cambiar el orden social existente en desacuerdo con las políticas gubernamentales afectan a la sociedad civil. Pero este mismo mecanismo de protesta es aprovechado también por grupos oligárquicos de poder para defender sus propios intereses, y se muestran camuflados en la manifestación de aquellos que reclaman equidad político-social.

La concepción de movimientos sociales estuvo durante buena parte del tiempo asociada a los movimientos de carácter revolucionario cuyas acciones y luchas políticas se encuadraban dentro de un espectro político frecuentemente más radical.

Hasta los años 70, era frecuente la asociación de las luchas políticas de los movimientos sociales a un supuesto cuadro de lucha de clases en el interior de las sociedades capitalistas, por lo tanto, dentro de un contexto mucho más amplio, relacionado con el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción existentes. Los movimientos sociales eran identificados básicamente como un producto de la acción histórica de la sociedad, frente a las contradicciones del sistema capitalista.

Tal interpretación de la naturaleza de los movimientos sociales fue particularmente característica en los abordajes marxista-estructuralistas. Esa lectura fue volviéndose anticuada en la medida que los movimientos sociales pasaron a proliferarse, ganando una notable complejidad y alcance, con el surgimiento de organizaciones y colectivos que luchaban por las causas más diversas. Surgió entonces el término “nuevos movimientos sociales” para designar tales colectivos que no encontraban una interpretación satisfactoria en la mayoría de las interpretaciones predominantes.

Los “nuevos” movimientos sociales serían principalmente los movimientos feministas, pacifistas, ambientalistas, contra la proliferación nuclear, entre otros. Tales movimientos, en su mayoría de base urbana, estaban muy alejados del carácter

clasista de los movimientos sindical y campesino, inclusive porque reunían sectores diversos de la sociedad en favor de una misma causa.

La diversificación de los movimientos sociales ocurrió en un proceso íntimamente vinculado a la profundización de los mecanismos e instituciones democráticas en las sociedades occidentales capitalistas. No existían movimientos sociales en las sociedades “sin clases” socialistas debido a la propia represión que el régimen ejercía sobre cualquier movimiento reivindicativo cuyo origen estuviera fuera del espacio de control del gobierno o del partido.

Tales regímenes impedían que las tensiones sociales pudiesen venir a manifiesto a través de canales o “escapes” espontáneos de la sociedad civil que no fuesen aquellos permitidos. En tal contexto, el “movimiento social” estaba, en tesis, incorporado a las estructuras del gobierno, ya que él debería confundirse con el propio proceso revolucionario, expresión última de la voluntad de las masas y base del gobierno “proletario”.

Con el proceso de apertura política después de la crisis del bloque soviético, se vio que subsistían bajo el cemento del socialismo organizaciones civiles de todo tipo. Gracias a las nuevas libertades conquistadas, poco a poco, algunos actores sociales pudieron organizarse en torno de identidades políticas.

El “súbito” surgimiento de más de mil organizaciones sociales, agremiaciones políticas y otros colectivos civiles en la ex-Unión Soviética, en el inicio del proceso de democratización, es una prueba contundente de eso.

Eso puso en evidencia el hecho de que, aunque pudiesen ser una expresión de la lucha de clases o de la desigualdad social, los movimientos sociales nunca habrían dependido de ellas para existir. Al contrario, su fortalecimiento y proliferación



estuvieron más asociados a la maduración o transformación de las instituciones democráticas y a la propia capacidad de organización de la sociedad civil.

Hoy se observa que las demandas de los movimientos sociales son muy variadas, específicas e inclusive, peculiares a ciertos contextos sociales, históricos y culturales. El error del abordaje marxista de la acción social fue la aceptación casi dogmática de un tipo de interpretación basada en las estructuras sociales de clases y sus antagonismos y tratar poco de la cuestión de las identidades, valores y de los mecanismos y dinámicas del sistema político y social.

#### **4.3 La acción colectiva como táctica contestataria**

En varias oportunidades se ha señalado que existe un fenómeno de crisis institucional, es decir, una disfunción y deterioro de las estructuras del Estado, lo cual a su vez genera un conjunto de distorsiones dentro del funcionamiento de la democracia y de la representación como tal.

Los partidos han terminado en severas crisis de transformación, como lo señala (Sartori, 1980), en un proceso de transformación orgánica y funcional por efecto perverso y degenerativo de la democracia representativa; dicha degeneración se caracteriza por que:

- Los partidos han dejado de ser la comunidad de comunidades donde la solidaridad ha sido desplazada por los intereses, es decir, los partidos dejaron de ser portadores del bien común para convertirse en portadores de intereses.

- Los partidos han sido desplazados del lugar que habían ocupado en cuanto a la formación de la opinión, junto a la creciente desideologización de la política, lo cual incide en el debate y la discusión.
  
- Se observa una baja pronunciada en la variable “identificación partidista”.
  
- Los partidos políticos han sido afectados por las transformaciones sociales y económicas que han producido un cambio, por lo menos en cuanto a la composición de los diversos sectores sociales.

En este sentido podemos decir que la crisis actual del estado de partidos democráticos se manifiesta como un complejo sistema de transformaciones funcionales y orgánicas que afectan sobre todo a los partidos políticos y su clase política.

La crisis y el agotamiento de las formas y actores tradicionales no es en lo más mínimo un hecho aislado sino que tiene su impacto en los ciudadanos, en nuestra cultura política y el propio funcionamiento de la democracia, en la cual observamos el surgimiento de nuevas formas de acción colectiva que surgen y se articulan, con el fin de subsanar los problemas de representatividad y canalización de ciertos intereses y demandas de un colectivo insatisfecho que ha comenzado a cuestionar la política tradicional, es decir, aquella política desarrollada únicamente por medio de la forma partido.

En este sentido, centenares de organizaciones oriundas de diversos universos culturales, lingüísticos e identitarios, con base en la infraestructura de la red mundial, consiguen agregar eficiente y eficazmente el descontento popular para generar amplias y complejas sinergias en acciones globales.

La red se convirtió en un espacio público fundamental para el fortalecimiento de las demandas de los actores no-Estado que consiguen contornear la desigualdad de recursos para ampliar el alcance de sus acciones y desarrollar estrategias de lucha más eficaces (Machado, 2003).

Las redes y los movimientos que se oponen a la globalización neoliberal posibilitan la coordinación y la planeación de acciones y movilizaciones a escala mundial que han puesto en entredicho y han sacado a la luz las facetas más perversas del modelo neoliberal como el militarismo y las guerras de agresión, la depredación de la naturaleza, las políticas de los organismos multilaterales, la violación de los derechos humanos, las formas más extremas de explotación del trabajo, etc.

Así tenemos, por ejemplo, durante la guerra informativa de la invasión de Irak, mientras la gran *mass media* estadounidense se inclinaba hacia una “lectura” claramente pro-Estados Unidos, las agencias de noticias menores, como los medios informativos árabes, los *bloggers*, los colectivos sociales anti-guerra, los diversos activistas y la prensa independiente daban otras versiones del conflicto.

Ese grupo específico “*mass media alternativa*” difundía noticias e imágenes que normalmente no llegaban a los telespectadores por las emisoras de TV y grandes agencias internacionales. Sus contenidos se proliferaban rápidamente por la red, alcanzando a millones de personas conectadas, ávidas por informaciones del conflicto.

En ese mismo contexto, una organización con base en la red, la MoveOn.org, consiguió la proeza de organizar la mayor protesta ya realizado en Nueva York, llevando 250 mil personas a las calles para manifestarse contra la guerra, este hecho ocurrió el 15 de febrero de 2003. Esa misma organización, levantó recursos a través

de la web para extender su campaña por distintos medios de comunicación (López, 2003).

Otro ejemplo fue el de la reacción popular a la posición del gobierno español tras el atentado de 11 de marzo de 2003, en España. En vísperas de la elección, el gobierno español intentó a toda costa responsabilizar al grupo separatista vasco ETA por los atentados, reteniendo informaciones y presionando fuertemente a los medios nacionales.

Eso porque había enviado tropas de apoyo a la invasión de Irak, contrariando la inmensa mayoría de la población, que no quería ver el país envuelto en el conflicto y mucho menos incluido en el mapa del terrorismo islámico.

En las horas siguientes a las explosiones, a medida que las informaciones advenidas de los organismos de seguridad se mostraban contradictorias y sospechosas, se observó una gran reacción en cadena. Millones de mensajes vía celular circularon en red protestando contra la acción del gobierno.

La regla común en todos estos casos es la lógica del trabajo en red. Las redes son constituidas por los propios actores sociales que las componen, muchas veces no tienen un “plan pre-concebido o una lógica que las preceda”. Las redes introducen una forma de organización descentralizada, sin jerarquías, se fundamentan en valores compartidos y potencian fuerzas aisladas y dispersas.

Según los estudiosos en el tema, las redes sociales pueden ser de identificación o de correspondencia. Con las primeras, las organizaciones, durante la etapa de exploración y expansión, “descubren” que en otros lugares del planeta existen organizaciones que tienen los mismos valores y objetivos, y establecen relaciones bajo el signo de una identidad común o de semejanza. Con las segundas, en cambio,

las organizaciones también “descubren” que existen otros actores, con los cuales no es posible una identificación mutua, pero sí una coincidencia sobre objetivos puntuales y concretos (Javaloy, 2001).

En un horizonte marcado por la concentración y manipulación de la información y las comunicaciones mundiales, los movimientos y redes sociales perciben que Internet permite disponer de canales propios para difundir sus ideas y sus reivindicaciones sin filtros, controles o manipulaciones de terceros.

Así, en la última década, se constata una explosión de redes, comunidades virtuales y personas que producen, crean, intercambian y difunden información, imágenes, voces y opiniones utilizando herramientas como sitios Web, listas de correo electrónico, chats y foros, weblog, blogs o bitácoras, los teléfonos móviles, entre otros. “Hay todo un flujo de informaciones circulando por fuera de los sistemas formales, que indica que muchos millones de personas han escogido canales alternativos para informarse y opinar” (León & otros, 2001).

En América Latina se han desarrollado experiencias importantes de apropiación y utilización de las Tecnologías de Información y Comunicación (TIC) en el contexto de las luchas sociales, democráticas y ciudadanas desarrolladas en los últimos 15 años.

En Venezuela, como es conocido, el 11 de abril de 2001 se produjo un golpe de Estado fallido que intentó derrocar al Presidente Hugo Chávez, siendo restituido dos días después en el poder por el pueblo que se lanzó a las calles.

En la autoconvocatoria y la repuesta inmediata del pueblo venezolano destaca la conformación de una red que permitió romper el cerco informativo impuesto por los grandes medios utilizando no solo Internet sino los celulares, las radios y la

televisión comunitaria por cable, además de la comunicación cara a cara o los mensajes que llevaban y traían los motociclistas que tanto abundan en Caracas.

En Argentina, en el derrocamiento del presidente Fernando de la Rúa, el 19 de diciembre de 2001, se utilizaron mecanismos alternativos de comunicación para efectuar las convocatorias a los “cacerolazos” y a las movilizaciones tanto de los sectores populares como de las clases medias afectadas por la crisis bancaria y económica.

Los sitios Web, listas electrónicas y foros de discusión sirvieron como mecanismos de convocatoria y debate sobre los problemas del país, reemplazando de alguna manera a las hojas volantes o a las publicaciones partidarias que tradicionalmente eran utilizadas para informar aquello que los medios ocultan.

Durante la insurrección boliviana que culminó con la renuncia del presidente Gonzalo Sánchez de Lozada en octubre de 2003, la radiocomunitaria de la cadena Educación Radiofónica de Bolivia (ERBOL) vinculada a la Iglesia, jugaron un rol clave para difundir informaciones y organizar las protestas, lo cual se combinó con la comunicación electrónica. “Los dirigentes sociales hacían sus convocatorias a la movilización llamando a las radios, que les permitían salir al aire con sus mensajes no censurados”.

Los vecinos de las principales ciudades bolivianas no solo sintonizaban las cadenas radiales más comprometidas con la lucha social, sino que también oficiaban como reporteros espontáneos, ayudados de los teléfonos celulares. Las transmisiones radiales desde los mismos lugares donde se producían masacres de las fuerzas armadas y bloqueos de los pobladores, generalizaron un clima de indignación que finalmente forzó la renuncia del presidente Gonzalo Sánchez de Lozada” (Zibechi, 2005).

Otro ejemplo de utilización de las TIC ocurrió en Ecuador, en abril de 2005, durante la “insurgencia” ciudadana que derrocó al gobierno presidido por Lucio Gutiérrez. Cuando los medios masivos tradicionales ocultaron o minimizaron las movilizaciones del pueblo quiteño, el movimiento ciudadano recurrió a formas alternativas de información que incluyeron la comunicación cara a cara, los teléfonos móviles, las listas electrónicas y los sitios Web. Protagonismo en este hecho también tuvo una Radio de tendencia popular (La Luna), a través de la cual la ciudadanía quiteña se autoconvocó y posteriormente terminaría derrocando al mencionado presidente (Merino, 2005, pág. 97).

En todos estos casos, se ha hecho evidente el cuestionamiento a los grandes medios de información, que por estar ligados al poder, se han mostrado incapaces de responder a las necesidades de información y comunicación de los ciudadanos que demandaban cambios sustanciales en sus países.

Al mismo tiempo, se ha evidenciado que los movimientos populares y ciudadanos utilizan varios medios e instrumentos alternativos como Internet, mensajes de texto, blogs, etc., los cuales han sido combinados adecuadamente en función de los objetivos perseguidos por determinados actores sociales.

Tales hechos conllevan al surgimiento de nuevas formas de organización y articulación de individuos y colectivos en amplias y difusas redes sociales, algo imposible de ocurrir hace algunos años atrás -por lo menos de esa forma y con tanto alcance-. La materia prima básica de esa nueva forma de organización es la información ampliamente generada, distribuida y compartida.

Ese poder resulta de la ampliación de la capacidad de producir, reproducir, compartir, difundir y expresar hechos, ideas, valores, visiones del mundo, experiencias individuales y colectivas en torno a intereses, identidades y creencias.

Tradicionalmente muchos gobiernos y corporaciones conseguían imponer medidas en contra de los intereses colectivos debido a la creencia de la incapacidad de organización y resistencia de los afectados. Sin embargo, con el uso creativo de las nuevas herramientas tecnológicas, las acciones más específicas y circunstanciadas pueden generar, potencialmente, un agregado de fuerzas contrarias de alcance global.

#### **4.4 La Red: Una plataforma de activismo descentralizado**

Las estructuras descentralizadas en red, facilitadas por la velocidad, adaptabilidad y flexibilidad que les otorga las nuevas tecnologías de la información, están haciendo la competencia a las formas más tradicionales de jerarquías verticales.

En ningún lugar resulta tan clara esta tendencia como en el ámbito de la acción colectiva, donde los movimientos sociales transnacionales reflejan la amplia lógica descentralizada del informacionalismo, incluso cuando atacan las raíces del capitalismo informacional.

Manuel Castells (1997) ha identificado una forma de organización y de intervención descentralizada y estructurada en red, característica de los nuevos movimientos sociales, que refleja y contrarresta la lógica en red de dominación presente en la sociedad de la información. No obstante, los estudiosos aún deben explorar los mecanismos específicos a través de los cuales esta lógica descentralizada en red se produce, se reproduce y se transforma en la realidad mediante la práctica de activistas concretos dentro de determinados contextos sociales, culturales y políticos.

La lógica cultural de las redes, consecuencia de la transnacionalidad, implica un conjunto específico integrado por disposiciones culturales y sociales que orientan al



actor hacia: (1) la construcción de vínculos y conexiones horizontales entre diversos elementos autónomos; (2) la circulación libre y abierta de información; (3) la colaboración a través de una coordinación descentralizada y una toma de decisiones mediante democracia directa; y (4) la práctica de redes autodirigidas o autogestionadas (Castells, 2001).

Las redes globales de comunicación constituyen la infraestructura básica de los movimientos sociales transnacionales, y proporcionan el terreno para la producción, contestación y difusión de prácticas y discursos específicos relacionados con el movimiento (Diani, 2003).

De este modo, la red se ha convertido en un ideal cultural poderoso, particularmente entre los activistas por la justicia global más radicales, una lógica que proporciona directrices para la creación de modelos emergentes de democracia política directa a escala local, regional y global.

En el Poder y contrapoder, Castells (2004) señala la aparición de poderosas identidades comunales de resistencia surgidas en oposición a la globalización económica, la reestructuración capitalista y la alteración causada por los flujos financieros y culturales globales, todos ellos rasgos importantes de la era de la información. Sugiere también otra posibilidad: que de la resistencia puedan surgir los brotes de un proyecto de identidad, capaz de generar códigos culturales alternativos que siembren las semillas de una sociedad civil global.

Sin embargo, más allá de la creación de los códigos culturales alternativos, los activistas están generando nuevas formas y prácticas en red que permiten la creación de redes de resistencia global, a la vez que ofrecen modelos diferentes para la creación de una sociedad alternativa, más democrática y configurada globalmente en red.

Las redes están surgiendo también como un ideal cultural en ciertos sectores, lo que supone nuevas formas descentralizadas de hacer política y de ejercer la democracia directa, que reflejan los valores tradicionales del anarquismo y la lógica de las redes informáticas. Los activistas están usando las nuevas tecnologías para plasmar físicamente sus ideales políticos en ámbitos más temporales y duraderos.

Internet no solo proporciona la infraestructura tecnológica a los movimientos sociales, sino que su estructura reticulada refuerza su lógica organizativa. Las redes de activistas, descentralizadas y flexibles constituyen las formas organizativas dominantes dentro de los movimientos por la justicia y la equidad nacional, reflejando la lógica del capitalismo informacional.

Los teóricos del Nuevo Movimiento Social han defendido desde hace tiempo que, al revés que los movimientos obreros verticales y centralizados, los nuevos movimientos feministas, ecologistas y estudiantiles se organizan en redes flexibles, dispersas y horizontales (Cohen, 1985).

Antropólogos como Luther Gerlach y Virginia Hine (1970) afirmaron hace años que los movimientos sociales deberían definirse como descentralizados, segmentarios y reticulados. Así mismo, Gerlach ha sugerido más recientemente que los diferentes grupos de un movimiento [...] forman una red integrada o estructurada reticulada a través de lazos sociales no jerárquicos entre participantes [...] Las redes permiten a los participantes de los movimientos intercambiar información e ideas y coordinar la participación en la acción conjunta.

Cualquier persona o colectivo puede participar mientras suscriba los principios básicos, que incluyen: un claro rechazo al capitalismo y a todos los sistemas de dominación, una postura de confrontación, un llamamiento a la acción directa y la

desobediencia civil, y una filosofía organizativa basada en la descentralización y la autonomía.

Mientras que la lógica de mando de los partidos y sindicatos tradicionales se basan en la captación de nuevos miembros, el desarrollo de estrategias unitarias, la representación política mediante estructuras verticales y la búsqueda de hegemonía, la política basada en redes implica la creación de amplios espacios que actúen como aglutinador para la convergencia de organizaciones, colectivos, y redes diversas en torno a unos cuantos principios básicos, a la vez que mantienen su autonomía y su identidad particular.

En vez de la captación de afiliados, el objetivo pasa a ser la expansión horizontal y la conectividad reforzada, mediante la articulación de los diversos movimientos con estructuras informativas flexibles y descentralizadas que permitan la máxima coordinación y comunicación. Siguiendo esta lógica reticular, los principales activistas se convierten en transmisores e intercambiadores, creando prácticas concretas que suponen la recepción, interpretación y transmisión de información a los diferentes nodos del movimiento y entre redes de movimientos alternativos.

Desde la perspectiva democrática los movimientos radicales basados en redes han articulado un proyecto político más transformador, que trasciende tanto en el mercado como al Estado.

Es así que muchos activistas y movimientos sociales critican enérgicamente la lógica de la representación electoral, señalando que muy pocas personas se identifican con los partidos políticos tradicionales; para ellos, su gestión es la creación de una nueva cultura política, una nueva forma de hacer política, basada en la participación ciudadana de base y la construcción de un sistema político alternativo, lo cual, parece ser mucho más importante.

#### **4.5 Internet como escenario político de lucha**

Jamás en la historia la democracia había estado tan extendida por todo el mundo. Sin embargo, multitud de hechos muestran una creciente y generalizada crisis de legitimidad que afecta a gobiernos, parlamentos, partidos y políticos en la mayor parte de los países, incluidos los Estados Unidos y Europa Occidental (Castells, 2004).

Al considerar Internet como la más reciente tecnología de libertad, se aclama su difusión como salvadora potencial de los males políticos de la representación y la participación. Internet puede, de hecho, ser una plataforma adecuada para la política informada e interactiva, estimulando la participación política y abriendo posibles vías para llevar la toma de decisiones más allá de las puertas cerradas de las instituciones políticas.

Por otro lado, cualquier tecnología se ve configurada por sus usos y por sus usuarios, y esto resulta especialmente cierto en el caso de Internet. De este modo, la burocracia política intentará usar Internet como un tablón de anuncios para la comunicación unidireccional. El cinismo y el individualismo de los individuos desafectos se trasladarán al uso de Internet para mofarse de los políticos y hacer llamamientos a las expresiones insurgentes de valores políticos alternativos.

Por otra parte, una ciudadanía activa puede encontrar en Internet el medio para sortear los filtros de los medios de masas y los aparatos de los partidos y para crear redes con las que afirmar su autonomía colectiva.

Los grupos de base de todo tipo de ideologías encuentran en Internet su mejor medio de comunicación, y los movimientos sociales y la acción colectiva se ven

fuertemente mejorados en su capacidad para influir en la sociedad y en los gobiernos gracias a la utilización de redes informáticas.

Ya inmersos en el siglo XXI, el uso de espacio en Internet es cotizado también por los políticos y lo primero que hacen tras presentarse a elecciones es establecer un sitio web; la gran mayoría no causa efecto en sus cometidos para la captación de adherentes a sus movimientos, el problema parece ser la incapacidad para comprender qué es realmente la política en Internet y cómo funciona. Mientras las campañas se concentran en el modelo de marketing digital, y los internautas se centran en el modelo de capacitación de los votantes, el modelo de democracia virtual, basada en la participación interactiva, queda notoriamente ausente.

En vista de que los medios tradicionales de comunicación no proporcionan la información que la ciudadanía requiere, especialmente en épocas de campaña, la gente busca información digital por que consideran que el contenido en la red es más extenso y que además permite al usuario elaborar sus propios bloques de información sin depender de los medio de comunicación de masas.

La Tabla 9 muestra que el porcentaje de público ecuatoriano que busca información digital aumentó para el año 2011. Este dato sugiere que la gente busca información en Internet cuando no está satisfecha con el contenido informativo de los medios tradicionales.

**TABLA 9. Uso de Internet por motivos políticos en Ecuador, 2007-2012**

<b>CIENCIA Y TECNOLOGÍA USO DE INTERNET</b>	
<b>Indicador</b>	<b>Ámbito: Nacional (En valores absolutos)</b>
SI USÓ 2008	3.263.341,00
NO USÓ 2008	9.413.866,00
SI USÓ 2009	3.175.473,00
NO USÓ 2009	9.737.617,00
SI USÓ 2010	3.814.650,00
NO USÓ 2010	9.324.725,00
SI USÓ 2011	4.175.759,75
NO USÓ 2011	9.136.910,92

**Fuente:**El Nuevo INEC, *Ecuador en Cifras*, Periodo 2007 / 2012.

Las personas que desean una actividad política autónoma pueden escoger Internet porque facilita la participación autónoma; que esto vaya a influir en la política formal o a potenciar alternativas políticas dependerá de la voluntad de los políticos para dar a los ciudadanos pleno acceso a la infraestructura política.

En resumen no se trata de que Internet despierte los deseos de autonomía de las personas. Son las personas que buscan autonomía quienes se dirigen a Internet antes que a otros medios. Si el sistema político se basa en la subordinación a la estructura de partidos, Internet se convierte en un simple tablón de anuncios para colocar mensajes y procesar solicitudes.

Si los ciudadanos están descontentos con la política o se encuentran buscando autonomía en un sistema político que no reacciona, Internet puede ser utilizado por activistas que no se proponen directamente participar en el proceso de representación política. Solamente cuando se cumplan las condiciones de una ciudadanía autónoma

y un canal político formal, abierto y participativo, Internet podrá innovar la práctica de la política.

#### **4.6 Perspectiva de un nuevo modelo social incluyente**

En su empeño por fusionar esfuerzos para potenciar medidas contestatarias como parte de la resistencia contra las medidas que responden a intereses propios de los políticos “tradicionales”, los nuevos movimientos y actores sociales exigen un pronto cambio a la gestión de ordenamiento neoliberal.

Los planteamientos de los nuevos movimientos en sus continuas luchas de carácter social -desde las calles- y desde la red social son claros a la hora de apropiarse de la comunicación: la construcción de un nuevo paradigma social incluyente.

Expresión de este fenómeno -expuesto en capítulos anteriores- son los movimientos juveniles, las redes femeninas, movimientos ecologistas, enlaces indígenas, entre otros, llevado a cabo a través de las nuevas tecnologías.

Bajo este contexto el actual escenario tecnológico-social exige la redefinición de la participación ciudadana y la participación política.

Precisamente, a través de ese espacio tecnológico-social, sean estos mensajes de texto por celulares, Internet, redes sociales, etc., es como se han llevado a cabo muchas convocatorias de sectores sociales para manifestarse ante determinada acción política que atente contra el interés colectivo ciudadano.

En este sentido Martín Barbero (2006) apunta a dos claves: la primera es que cree mucho más en esta integración que se está llevando a cabo a través de las redes sociales y culturales, mediante el intercambio, la solidaridad y la puesta en común.

Y la segunda, es que ya no son sólo las radios o televisoras comunitarias sino toda esa red de artistas, de periodistas, toda esa cantidad de actores que están cada vez más en red; que han entendido el cambio fundamental del paradigma de comunicación (la línea de arriba-abajo, del emisor al receptor) sino que es otra imagen, mucho más compleja, mucho más problemática, mucho más potente de red.

Con la red lo que está en juego son otras formas de proximidad y, por tanto, cambia radicalmente la noción de política integradora. Esta política integradora no es sólo la de los grandes actores sino una política que articula la convocatoria y la movilización de todos los sectores sociales hacia una nueva propuesta de cambio.

Para evidenciar la coherencia entre la política integradora generada desde la red, en este caso Internet, y el nuevo paradigma planteado por los modernos movimientos sociales hacia un modelo social incluyente, se propone el siguiente cuadro donde se distinguen cinco aspectos esenciales: su base ideológica, los valores, la extracción social de los participantes, la organización y las formas de acción.



**TABLA 10. Nuevo paradigma de los movimientos sociales de Internet**

Aspectos de una política integradora	Nuevo Paradigma	Adecuación de Internet al NP
<b>Base ideológica</b>	Visión alternativa de la realidad.	Canales alternativos y de fácil acceso.
<b>Valores</b>	Autonomía personal e identidad, en oposición al control centralizado.  Valores de interés global: derechos humanos, paz, medio ambiente, etc.	Autonomía de la red; reacción contra el control centralizado.  Posibilidad de que los valores impacten a escala global.
<b>Base social (participantes)</b>	No hay estructura de clase: los participantes son de extracción social múltiple.	Coincidencia entre la base social plural de los nuevos movimientos y de Internet.
<b>Organización</b>	Estructura organizacional descentralizada.  Asociaciones horizontales que practican la democracia  Red de interacciones informales.	Internet favorece la opción asamblearia, no jerárquica.  Comunicación horizontal y democracia directa.  Red de interacciones informales.
<b>Formas de acción</b>	Acciones para influir en público y gobernantes.  Acciones que atraigan la atención de los medios de comunicación.	Coordinación de acciones a nivel global: e-mails.  Los mensajes en la red actúan en complicidad con los <i>mass media</i> .

**Fuente:** Varios Autores, *Comportamiento colectivo y movimientos sociales*, 2001.

Como se puede observar, los nuevos actores sociales difieren mucho del “modo clásico” universal, mecánico, y trabajan sobre la base de la interacción -en este caso desde la red- como estrategia, y sobre todo con conciencia ético-social para construir el camino de la sostenibilidad. Pues, la sostenibilidad implica cultivar las relaciones, condiciones y significados que generan, sostienen y dan sentido a la existencia.

En nuestro país los nuevos actores sociales han demostrado hacer uso de las nuevas tecnologías como herramienta para la interacción social al calor de la creciente crisis de representación y la erosión de los mecanismos de participación política.

En el contexto ecuatoriano, el caso que dejó más de una lección a los futuros gobernantes fue el derrocamiento de Lucio Gutiérrez, donde se quedó en claro que la sociedad -principalmente en Quito- se moviliza, se autoconvoca, que planifica y que ejecuta acciones en defensa de un ideal político-social que converge en el bienestar ciudadano, y que, de acuerdo al análisis teórico que se ha venido desarrollando, el poder las redes sociales ha sido determinante para generar cambios, no solo en los aparatos del Estado, sino, también en las prácticas sociales y en el modo de ver, hacer y entender la política nacional.

En este escenario, los medios contribuyen a construir nuevos espacios de representación ya que proporcionan “algunas formas de identidad, de identificación, de proyección y de sublimación” (Barbero, 1994, pág. 34).

La política en los medios de comunicación posee su propio lenguaje y sus propias reglas. Existen razones para creer que hay una conexión entre la política en los medios y sus consecuencias y la crisis de legitimidad política que genera desconfianza con la clase gobernante; en otras palabras, no es que la gente se retire de la política, sino que tiende a desconfiar de los políticos y de la política formal y a participar en una serie de prácticas políticas alternativas o la exploración de movilizaciones políticas fuera del tradicional sistema de partidos.

Detrás de esta inestabilidad, una constante. Se trata, en efecto, de la política en las calles, de las movilizaciones que han precedido a cada destitución y que sirvieron para legitimar los relevos presidenciales del Ecuador. Una tensión constante entre los marcos normativos de la democracia, con sus tiempos y límites, y la idea de que la

democracia es, finalmente, la expresión de la soberanía popular, donde quiera que esta se manifieste.

Los legados de los movimientos sociales para la construcción de un modelo social incluyente destacan propuestas -no solo protestas- como la reforma democrática del Estado: una nueva relación entre gobernantes y gobernados, gestando una ciudadanía gobernante; un nuevo concepto de eficiencia asociado a la eficacia social de las políticas; un ejercicio de transparencia que implica control real sobre la gestión, que rompe con la falaz transparencia que pregona la derecha neoliberal limitada a ofrecer cifras que sólo ellos entienden, etc. (Duterme & otros, 2005).

En el nuevo paradigma social incluyente de los nuevos movimientos sociales, no se contempla formar un “escuadrón” que desaparezca a los partidos políticos, sería atentar contra la institucionalidad democrática del Estado, por el contrario, el modelo social incluyente busca democratizarlos; romper con el descontento generalizado de la clase política que representa, analiza estructurar un nuevo camino de políticas aplicadas a nuestras realidades, elaboradas por nosotros y no por otros.

En el nuevo paradigma social incluyente de los nuevos movimientos sociales, es primordial construir caminos que nos identifiquen con nuestras raíces; el nuevo modelo social incluyente debe acabar con la idea de que existen países “desarrollados” y “subdesarrollados”. Pues jamás fuimos, ni somos, ni seremos “desarrollados” o subdesarrollados”, porque siempre fuimos, somos y seremos “diferentes”.

En el nuevo paradigma social incluyente de los nuevos movimientos sociales, se debe romper con la dicotomía superior-inferior; el nuevo modelo social incluyente debe descartar esa dicotomía que divide, clasifica -arriba-abajo- y jerarquiza, el modelo debe enseñar a “ser nosotros”, no “como los otros”.

Cuando los ciudadanos individuales, las organizaciones de base y los emprendedores políticos se implican en un proyecto autónomo para rediseñar el proceso político, Internet se convierte en una plataforma adecuada para la construcción de modelos emergentes de democracia política a escala local, regional y global.

## CONCLUSIONES

La Comunicación Social será siempre uno de los pilares de la evolución de nuestra sociedad; pues, comunicarse implica generar ideas, crear movimientos o nuevos actores sociales, compartir información, construir y replantear conceptos; busca entablar una relación activa, interactiva, con el receptor. Intercambiar con él sus opiniones, sus valoraciones personales, *sus verdades*.

Necesario ha sido partir desde este concepto -comunicación- para comprender el nuevo orden mundial en una sociedad globalizada, y de esta manera, redireccionar el significado de esta expresión, ya no para dar órdenes de gobernantes a gobernados, o simplemente para ejercer aquella fórmula tan simple como: *emisor – mensaje – receptor*.

Tal vez es así como funcionaba al inicio: hablaban los políticos, ordenaban aquellos que manejaban la política a conveniencia, dictaban leyes para el pueblo, manifiestos, decretos, etc., y éstos estaban obligados a acatar dichas leyes o tales órdenes, caso contrario serían reprimidos incluso mediante la fuerza.

Si, es posible que continúe en teoría dicha expresión de mandato, pues se podría decir que así es el esquema u orden mundial, o al menos eso es lo que los grupos de poder intentan mantener; sin embargo, existen cambios importantes en la sociedad que han revertido dicha fórmula *e – m – r*; ahora, hablando menos y escuchando más.

Y es que la sociedad organizada ha aprendido conforme el tiempo a escuchar más las constantes falencias de quienes han ejercido el poder con el mismo discurso de siempre, y han respondido con manifestaciones y códigos culturales que convergen en procesos, que generan ideas, que crean actores sociales a través de la participación y la acción colectiva: *receptor – mensaje – emisor*.

No sólo ha sido la intromisión de asesores internacionales, básicamente de aquellos que pregonan ser “desarrollados”, en los países que ellos llaman *tercermundistas*, sino, su política capitalista, hegemónica e imperialista, hasta leyes, se han introducido en las convivencias, normas o prácticas sociales de los países de América Latina.

Con el pasar de los años el modelo de “desarrollo” se instauraría en los pueblos gobernados por la oligarquía que vendía sus tierras y entregaba su petróleo a aquellos países hegemónicos, implantando un sistema de consumo masivo como moda universal de quienes imponían las normas de vida en cada una de las regiones.

Ya para 1919, al final de la Primera Guerra Mundial, “las filosofías ancestrales debían ser erradicadas; los lazos de casta, credo y raza tenían que romperse, y grandes masas de personas incapaces de seguir el ritmo del progreso debían ver frustradas sus expectativas de una vida cómoda” (Escobar, 1998, pág. 20). En realidad, aquellos pueblos dejarían de ser lo que eran, en toda su diversidad, para convertirse en un espejo invertido de la realidad del pudiente, del civilizado, del “emancipador” imperio estadounidense.

Y así fue. El 20 de Enero de 1949, después del discurso del Presidente de Estados Unidos Harry Truman (Rist, 1997), las naciones de todo el mundo experimentarían transformaciones al sentir “generoso” de un osado programa para hacer disponible los beneficios del “modelo país” de los avances científicos y progreso industrial para la mejoría y crecimiento de las *áreas subdesarrolladas*, es decir, un “cambio nacional” aplicado a nuestros pueblos.

Con el diseño del nuevo mapa de mundo y las transformaciones del fin de siglo surge la globalización, la misma que sugiere, finalmente, que se formó la comunidad

mundial concretadas en las posibilidades de comunicación e información, pero ¿a qué costo?

Surge a la vista de inmediato que el precio que asume la sociedad-mundo es con la vida, pues el proceso “civilizador”, el plan de “disciplinar” las mentes obedientes y formar cuerpos dóciles no se detiene ni tampoco distingue a hombres, mujeres, niños, ancianos o personas con discapacidad, por lo tanto, la praxis moderna debe ejercer en último caso la violencia, la “guerra justa”.

El tiempo y aquellos que han renunciado al modelo de país “superior” se han encargado de develar que las verdaderas y oscuras intenciones de conquista fue el saqueo de los territorios y el apoderamiento de los recursos naturales, para apropiarse de la misma y conseguir materia prima, y de esta manera asegurar los intereses económicos de Estados Unidos, no necesariamente de su sociedad, sino de sus corporaciones transnacionales.

¡Cuánta hipocresía del que pregona ser “desarrollado”! ¿Este es el modelo que debemos seguir? Esta es la realidad legada por los “civilizados”, que es retomada con más agresividad por los “desarrollados” de turno. Esta es la realidad que los nuevos actores sociales, ahora con ayuda de las herramientas tecnológicas, buscan frenar.

Pero aquellos “desarrollados” no nacen, si no que se hacen súbditos del imperio, pues obedecen a un proceso de formación académica que responde al mantenimiento y producto del sistema hegemónico.

A partir de 1942, la educación de las sociedades “subdesarrolladas” fue diseñada para forjar “seguidores de caminos ya existentes”, los caminos construidos por los intereses del dominador, bajo la pedagogía de la respuesta ya existente, es decir, nuestros sistemas de educación han sido diseñados alrededor de la respuesta y no de

la pregunta. Hemos sido “programados” para responder mecánicamente y no para pensar o reflexionar por nuestra propia cuenta.

No hace falta ser un analista académico para darnos cuenta que nuestro sistema de educación es poco instructivo e ineficaz. Las enseñanzas impartidas en las aulas continúan repitiendo erróneamente la historia de que fuimos “descubiertos”, de que fuimos “conquistados”, de que hemos sido “civilizados”. Y es mediante este mecanismo como se asegura, incluso, la reproducción del régimen capitalista.

Desde niños nos enseñan las “reglas” de moral y de conciencia cívica, lo que significa en realidad, reglas del respeto a la división social-técnica del trabajo, y en definitiva, respeto a las reglas del orden establecido por la dominación de clase.

En otros términos, la escuela (y también otras instituciones del Estado como la iglesia, el ejército, etc.) enseñan las “habilidades” bajo formas que aseguran el sometimiento a la ideología dominante o el dominio de su práctica.

Es así que cada grupo está prácticamente provisto de la ideología que conviene al rol que debe cumplir en la sociedad de clase: el rol de explotado, el rol de agente de explotación, el de agentes de represión o el de los profesionales de la ideología que saben tratar a las conciencias con el respeto, es decir el desprecio, el chantaje, la demagogia convenientes adaptados a los acentos de la moral, de la virtud, de la trascendencia.

Es verdad que muchas de esas virtudes se enseñan en el seno de la familia, en los buenos libros o hasta en las buenas películas, pero lamentablemente ningún aparato ideológico del Estado dispone por tantos años de una audiencia obligatoria, durante cinco o seis días a la semana, a razón de 8 horas diarias, de formación social capitalista.



Frente a esto, los sistemas de educación necesitan pasar por profundos cambios, para forjar un sistema de ideas para la sostenibilidad, y para formar, lo que he recalcado desde un inicio, “constructores de caminos” y no seguidores de ideologías maltrechas.

Ecuador experimenta el proceso de formación de constructores de caminos, pero aún no existe. Este país pequeño ha forjado grandes manifestaciones sociales y ha llevado a cabo procesos de cambios importantes protagonizado, especialmente, por el movimiento indígena desde el primer levantamiento en 1990 hasta el fugaz gobierno de Lucio Gutiérrez en el año 2005.

Luego de un débil intento de aplicación de un modelo de industrialización, coincidente con el inicio de la explotación petrolera, Ecuador, al igual que otros países de América Latina, se vieron enfrentados a la crisis de la deuda externa y los sucesivos ajustes económicos que recibió su estocada final con la crisis bancaria de 1999.

La pretensión de “modernizar” el sistema político en nuestro país quedó atrapada en una estructura de poder esencialmente oligárquica y excluyente. Como consecuencia de ello, el sistema político ecuatoriano se mantiene considerablemente fragmentado. Es la herencia de la política internacional aplicada *en* nosotros y no *con* nosotros.

El movimiento indígena, sobre todo el más representativo que es la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador, CONAIE, toma notoriedad en el escenario político tras su paso por las administraciones de Rodrigo Borja, Sixto Durán Ballén, Abdalá Bucaram, el fugaz paso de Fabián Alarcón, Jamil Mahuad y el de Lucio Gutiérrez, desde el cual, se manifiestan importantes transformaciones en las estructuras de movilización que permite pensar que la “primitiva” base comunal va

siendo sustituida o superpuesta por un complejo de estructuras organizativas vinculadas a la congestión de programas de avance social.

Y es a partir del 2005 donde los nuevos actores sociales surgen con mayor notoriedad, hablando particularmente del Ecuador y sin subestimar los acontecimientos y levantamientos anteriores, por el contrario, es en este año donde la burbuja antigubernamental estalla por el mal manejo del país y la decadencia política se hace más evidente.

Ahora la clase política tradicional conoce el alcance de los nuevos actores sociales y éstos aprovechan todo el potencial de las nuevas herramientas de información para replantear modelos de gobierno donde todos sean sujetos activo-participativos de la política nacional. Ahora, los actores sociales ya cuentan con una herramienta que compita contra los grandes monopolios de los medios de comunicación: Internet.

Queda demostrado que el uso de las nuevas Tecnologías de Información y Comunicación (TIC), proporcionan nuevos horizontes para el activismo político en nuestro país y el mundo. La “apropiación” de espacios en la red mundial por los movimientos sociales ha contribuido para el fortalecimiento de las demandas sociales al ofrecer ciertos tipos de organización, formas de articular acciones y de hacer política que no se conocían antes.

Sin embargo, es preciso resaltar que tales cambios en las estructuras y formas de actuación de los movimientos sociales están en una etapa inicial. Considerando que en otras partes del mundo no hay siquiera conexiones, y en otros, el índice de analfabetismo es grande; no muy lejos, aquí el Internet resulta muy costoso.

Dejando de lado estas realidades, los movimientos sociales articulados en red tienen la posibilidad de constituir, a través de este medio, el proyecto de cambio

social incluyente, desde la realidad ecuatoriana claro esta, pues la coyuntura de otros países difiere mucho del nuestro, y sería interesante poder compartir experiencias sobre los valores universales, como los derechos humanos, las minorías, la libertad de expresión, preservación ambiental y otros, reivindicando las garantías de las leyes del moderno Estado democrático.

En fin, el reto para los nuevos actores sociales es definir estrategias y políticas de comunicación valiéndose de este importante medio que permite generar y extender, sobre el imaginario colectivo, la conciencia de que es posible la construcción de caminos y no seguidores de caminos.

Internet es sólo un instrumento, claro está, pero en el nuevo panorama mundial se definen tres puntos de interacción entre Internet y los movimientos sociales.

Primero, se avizora una emergencia de actores sociales a partir de coaliciones específicas sobre objetivos concretos: defender tal barrio, defender los derechos de la mujer, manifestaciones en determinados lugares, etc.

Segundo, los nuevos actores sociales se desarrollan, cada vez más, en torno a códigos culturales, a valores. Por ejemplo, los movimientos que defienden el medio ambiente, las mujeres, los derechos humanos, son movimientos de valores; por lo tanto, son movimientos que dependen de la capacidad de comunicación, para lo cual Internet es fundamental porque se puede lanzar mensajes como estos: “aquí estoy, éste es mi manifiesto, ¿quién está de acuerdo conmigo?, y ¿qué podemos hacer?”.

Y tercero, Internet permite la articulación de los proyectos alternativos locales mediante protestas globales, que acaban aterrizando en algún lugar, por ejemplo, hoy en Ecuador, mañana en Venezuela, pasado quien sabe donde, pero que se constituyen, se organizan y se desarrollan a partir de la conexión global. Por lo tanto, Internet es la conexión global-local, que es la nueva forma de control y de

movilización social en nuestra sociedad.

En definitiva, estos nuevos actores sociales emergen cuando reconocen la existencia de un problema social común y voluntariamente, como sucedió en Quito, deciden unir sus fortalezas y actuar de forma concertada para detener políticas mal dirigidas, incluso superando sus conflictos de intereses para lograr el propósito común: redireccionar, mediante consensos, el plan de gobierno o simplemente eliminar a ese heredero del sistema hegemónico.

Como hemos sido educados para memorizar las respuestas universales que fueron creadas por el modelo educativo imperante hay que romperlo, para lo cual es necesario *desaprender lo aprendido* y crear otros campos del saber a partir de nuestras historias, de nuestras aspiraciones y de nuestros saberes concebidos para la sostenibilidad de nuestros modos de vida.

Es urgente que en el plan del modelo de inclusión social de los nuevos actores sociales conste un sistema de educación que transforme nuestra forma de ser, de sentir, de pensar y de actuar, para reconstruir nuestros modos de interpretación e intervención bajo un enfoque que asuma el contexto como referencia, la interacción como estrategia y la ética como principio para sostenibilidad.

Que quede claro, en este escrito no se trata de anunciar una nueva fórmula mejor de las que ya están disponibles en torno a la innovación para el “desarrollo”. Pero si es necesario motivar a que existan más actores sociales que construyan caminos que aún no existen, y que no se practique la “mala costumbre” de la “respuesta” a destiempo de cara a las malas políticas practicadas en el país, cuando es posible concienciar y consolidar, a tiempo, un plan social de un mundo “diferente”, entendiendo que no hay desarrollados ni subdesarrollados, sino, países con pueblos propios, diferentes, e ahí donde radica la principal riqueza de cada uno.

Aquí se hace un llamado a construir un proyecto-social-humano significativo que transmita sueños, emociones, que apasione y que se comprometa con sus consecuencias; que se lleve a cabo desde una plataforma tecnológica o no, pero que no se trate de otro plan utópico; que esta vez, sea un sueño hecho realidad, bajo una democracia representativa, no mañosa, complementada por las nuevas tecnologías, como las mismas redes sociales, pero que fomenten la democracia participativa *desde* la gente y *con* la gente.

## LISTA DE REFERENCIAS

- Aguilar, A. (1991). *Capitalismo, atraso y dependencia en América Latina*. México: Diana.
- Almond, G., & Coleman, J. (1967). *La política de las áreas del desarrollo*. Londres.
- Althusser, L. (1984). *Ideología y aparatos ideológicos de estado*. México: Grijalvo.
- Anderson, P. (1992). *El fin de la historia: De Hegel a Fukuyama*. Brasil: Jorge Zahar.
- Aron, R. (1983). *Las etapas del pensamiento sociológico*. Argentina: Eudeba.
- Barbero, J. M. (1978). *Comunicación: Discurso y Poder*. Quito, Ecuador: Época.
- Barbero, J. M. (1994). *Culturas populares e identidades políticas*. Lima, Perú: Calindra.
- Barbero, J. M. (2006). *Comunicación para la integración, prácticas y desafíos en la región Andina* (Primera ed.). Lima, Perú.
- Barrera, A. (2002). Movimiento Indígena Ecuatoriano entre los actores sociales y el sistema político. *Nueva Sociedad*, 17.
- Berman, M. (1988). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Brasil: Siglo XXI.
- Borges, J. (1981). *El libro de arena*. España: Alianza.
- Braudel, F. (1986). *La dinámica del capitalismo*. México: Teorema.
- Burdeau, G. (1979). *La política y el poder*. UCA.
- Cardoso, F. (1977). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Castells, M. (1997). *La ciudad informacional*. España: Alianza.
- Castells, M. (2001). *La galaxia Internet*. España: Areté.
- Castells, M. (2004). *Comunicación, poder y contrapoder en la sociedad red. Los medios y la política*. Reino Unido: Edward Elgar.
- Cohen, J. (1985). *Teoría de los movimientos sociales*. Ecuador: Flacso.
- Cotteret, J. M. (1971). *La Comunicación Política*. París: Maspero.
- Dahse, F. (1979). *El mapa de la extrema riqueza*. Aconcagua, Chile.
- De Certeau, M. (1999). *La cultura en plural*. Buenos Aires: Nueva Visión.

- De Souza, J. (2004). *La farsa del desarrollo: Del colonialismo imperial al imperialismo sin colonias*. Buenos Aires: Espacio.
- De Souza, J. (2005). *Una red, muchos significados y "otros" legados*. Ecuador: Red Nuevo Paradigma.
- De Souza, J., Cheaz, J., Santamaría, J., Mato Bode, M. A., & Valle Lima, S. (2005). *La innovación de la innovación institucional: De lo universal, mecánico y neutral a lo contextual, interactivo y ético desde una perspectiva latinoamericana* (Red Nuevo Paradigma ed.). Ecuador.
- Derrida, J. (1998). *Notas sobre deconstrucción y pragmatismo*. Madrid: Paidós.
- Diani, M. (2003). *Red informática y movimientos sociales* (Diani & McAdam ed.). Estados Unidos.
- Duguit, L. (1943). *Soberanía y Libertad*. Buenos Aires: Tor.
- Duterme, B., & otros. (2005). *Movimientos y poderes de izquierda en América Latina. La izquierda latinoamericana*. España: Popular.
- Easton, D. (1951). *Enfoques sobre la teoría política*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Eisenstadt, S. (1964). *Cambio social: diferenciación y evolución*. Argentina: Amorrortu.
- Escobar, A. (1998). *La invención del Tercer Mundo: construcción y deconstrucción del desarrollo*. España: Norma.
- Española, R. A. (2009). *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid, España.
- Etxezarreta, M. (2001). *Algunos rasgos de la globalización*. Barcelona: Virus.
- Frobel, F. (1980). *La nueva división internacional del trabajo*. España: Siglo XXI.
- Gallardo, H. (1992). *Elementos de política en América Latina*. Costa Rica: Nueva Década.
- Gallardo, H. (1992). *Lo político y la política*. Nueva Década.
- García, N., & Tokman, V. (1982). *Dinámica del subempleo en América Latina*. Texas: Naciones Unidas.
- Gerlach, L., & Hine, V. (1970). *Los movimientos de la transformación social*. Estados Unidos: The Bobbs Merrill Co.
- Gómez, S. (2003). *Los estudios culturales y el concepto de la ideología*. Madrid: DEI.
- Griffin, K. (1971). *Economía política del desarrollo*. Londres: Mac Dorsey.
- Grunwald, J., & Flamm, K. (1985). *La factoría global*. Estados Unidos: The Brookings.

- Haas, E. (1997). *Científicos y el orden del mundo*. Estados Unidos: University of California Press.
- Horkheimer, M. (1976). *Eclipse de la razón*. Brasil: Labor de Brasil.
- Hoy, D. (5 de Mayo de 2005). El abril de los forajidos. *Redacción Quito*.
- Ianni, O. (1999). *Teorías de la globalización*. México: Siglo XXI.
- Iglesias, E. (1983). *Coyuntura internacional y las opciones de América Latina*. El Conejo.
- Javaloy, F. (2001). *Comportamiento colectivo y movimientos sociales*. Madrid: Promolibro.
- Kafka, F. (2010). *Cuentos Completos*. Madrid: Valdemar.
- Kurtz, R. (1992). *El colapso de la modernización*. Brasil: Paz y Tierra.
- Lavau, G. (1969). *Ciencia política* (Segunda ed.). París: Mar.
- León, O., & otros. (2001). *Movimientos sociales en la red*. Ecuador: Alai.
- Lerner, D. (1966). *El cambio de la sociedad tradicional*. Estados Unidos: Free Press.
- Levitt, T. (1983). The Globalization of markets. *Harvard Business Review*, 53(3), 93.
- Lévy, P. (1993). *La inteligencia tecnológica*. Brasil: 34.
- López Vigil, J. I. (2000). *Manual Urgente para radialistas apasionados*. Quito: ISBN.
- López, S. (2003). *Nuevas tecnologías y participación política en tiempos de globalización, ejemplo de una movilización social en la era Internet: la experiencia de la oposición a la guerra de Irak en las redes*. Hegoa.
- Machado, J. (5 de septiembre de 2003). *Internet, activismo político y controles gubernamentales*. Recuperado el 4 de abril de 2013, de <http://www.forumlobal.de/bm/papers/netpol-machado.htm>
- Marcuse, H. (1941). *Razón y evolución*.
- Marx, K. (11 de julio de 1868). Carta a Ludwig Kugelmann. Hannover.
- Marx, K. (1946). *El Capital*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, K. (1987). *El capital*. México: F.C.E.
- Mattelart, A. (1998). *La mundialización de la comunicación* (Primera ed.). España: Paidós.
- McClelland, D. (1976). *Los logros de la sociedad*. Publishers.
- McLuhan, M. (1971). *Contraexplosión*. Barcelona: Paidós.
- McLuhan, M. (1973). *Cultura de masas*. Brasil: Cultrix.



- McLuhan, M. (1991). *La aldea global: transformaciones en la vida y los medios de comunicación mundiales en el siglo XXI*. México: Gedisa.
- McLuhan, M. (1996). *Comprender los medios de comunicación*. Barcelona: Paidós.
- Merino, G. (2005). La rebelión de los forajidos. En G. Merino, *Abril Bombas Mil: La represión desde el poder*. Quito: Abya-Yala.
- Merton, R. (1985). *Teoría funcional estructuralista*. Península.
- Milbrath, L. (1963). *Washington: actividad de las antecámaras parlamentarias*. Estados Unidos: Nolly.
- Neuman, S. (1956). *Análisis y estudio comparativo de los partidos políticos: política moderna*. Charlot.
- Osborne, D., & Gaebler, T. (1996). *La reinversión del gobierno*. Buenos Aires: Paidós.
- Phillipson, R. (1992). *Imperialismo Lingüístico*. Estados Unidos: Oxford University Press.
- Poulantzas, N. (1978). *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*. México: Siglo XXI.
- PREALC. (1985). *Modelos de empleo y política económica*. Santiago de Chile.
- Prélot, M. (2002). *La Ciencia Política*. Buenos Aires: Eudeba.
- Reyes Mata, F. (1989). *Comunicación y cultura en América Latina*. Buenos Aires: UPI.
- Rist, G. (1997). *La historia de desarrollo*. Londres: Libros Zed.
- Sartori, G. (1980). *Partidos y sistemas de partidos*. Madrid: Alianza.
- Saussure, F. D. (1916). *Curso de Lingüística General* (Primera ed.). Siglo XXI.
- Schumpeter, J. (1942). *Capitalismo, socialismo y democracia*. Estados Unidos: Harper and Brothers.
- Sheahan, J. (1990). *Modelos de desarrollo en América Latina: pobreza, represión y estrategia económica*. México: Alianza.
- Smith, A. (1776). *La riqueza de las naciones* (Quinta ed.). Londres: CEE.
- Tokman, V. (2000). *Economía informal en América Latina*. Estados Unidos: Lynne Rienner.
- Touraine, A. (1995). *Comunicación Política y crisis de la representatividad, el nuevo espacio público*. Madrid: Gedisa.
- Touraine, A. (1995). *De la mañana de los regímenes nacionales populares a la víspera de los movimientos sociales*. Madrid: Gedisa.

- Vakaloulis, M. (12 de enero de 2000). Antagonismo social y acción colectiva. *Observatorio Social de América Latina*(2).
- Velasco, P. (6 de mayo de 2005). La rebelión de los forajidos. (G. Merino, Entrevistador)
- Wallerstein, I. (1979). *El moderno sistema mundial* (Segunda ed.). México: Siglo XXI.
- Wallerstein, I. (1979). *El moderno sistema mundial*. México: Siglo XXI.
- Wallerstein, I. (1988). *El capitalismo histórico*. México: Siglo XXI.
- Weber, M. (1978). *El origen del capitalismo moderno*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Weil, E. (1956). *Filosofía política*. Londres: Vrin.
- Wooley, B. (1992). *Mundos virtuales*. Londres: PenguinBooks.
- Wossner, M. (1993). *Responsabilidad y sucesos*. Alemania: Bertelsmann.
- Zibechi, R. (29 de noviembre de 2005). *América Latina en movimiento*. Recuperado el 8 de abril de 2013, de La comunicación nómada: <http://alainet.org/active/9899&lang=es>